



**G. K. Chesterton**

**LAS PARADOJAS  
de MR. POND**



se

Las paradojas de Mr. Pond es una recopilación de novelas policiacas escritas por G. K. Chesterton, publicadas en 1937 poco después de su muerte.

Las historias giran en torno a un funcionario público llamado «Mr. Pond»; nunca se menciona su nombre de pila. Se le describe como un hombre normal y corriente con gran parecido a un pez. Tiene la costumbre de decir paradojas en medio de sus conversaciones causando que muchos lo crean demente. Según Sir Hubert Wotton (uno de los personajes), Mr. Pond no lo hace para sorprender a la gente, pues incluso parece que él no se da cuenta de lo extraño de sus discursos.

Cada paradoja esconde una aventura de la propia vida de Mr. Pond.



G. K. Chesterton

# **Las paradojas de Mr. Pond**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 26.09.15

Título original: *The Paradoxes of Mr. Pond*  
G. K. Chesterton, 1937

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



# LOS TRES JINETES DEL APOCALIPSIS

La singular y a veces inquietante sensación que Mr. Pond me producía, pese a su reglada cortesía y elegante decoro, tal vez se vinculaba a algunos recuerdos de mi niñez... y a la vaga insinuación verbal de su nombre. Era un funcionario gubernamental, viejo amigo de mi padre; y barrunto que de algún modo mi infantil imaginación había mezclado el apellido de Mr. Pond con el estanque del jardín<sup>[1]</sup>. A poco que se reflexionara sobre ello, Mr. Pond se asemejaba curiosamente al estanque del jardín. Durante la mayor parte del tiempo era igual de sereno, igual de límpido y claro, valga la expresión, en sus habituales reflejos de la tierra y el cielo y la hermosa luz del día. Y sin embargo yo sabía que en el

estanque del jardín había algunas cosas raras. Una de cada cien veces, uno o dos días en todo el año, el estanque parecía enigmáticamente distinto; o su lisa tranquilidad era interrumpida por una sombra fugaz o un relámpago; y un pez o un sapo o alguna criatura más grotesca se mostraba al cielo. Y yo sabía que también en Mr. Pond había monstruos: monstruos mentales que emergían sólo un instante a la superficie y luego retornaban a las profundidades.

Se presentaban en forma de comentarios monstruosos en medio de su charla razonable e inofensiva. Algunos interlocutores pensaban que a la mitad de una conversación harto juiciosa se volvía loco de improviso. Pero asimismo no tenían más remedio que admitir que de inmediato regresaba a la cordura.

Quizá, asimismo, esta absurda imaginación caló en mi infantil ánimo porque, en determinados momentos, la propia estampa de Mr. Pond era muy similar a la de un pez. Sus modales eran no sólo asaz corteses sino asaz convencionales; convencionales eran sus ademanes mismos, a excepción de su eventual gesto de tirarse de la puntiaguda barba, gesto que especialmente realizaba cuando por último lo obligaban a ser explícito respecto de alguna de sus sorprendentes afirmaciones peregrinas. En tales momentos solía avizorar cual un búho y mesarse la

barba, lo cual producía la hilarante consecuencia de causar que se le abriera la boca, no menos que si se tratase de la boca de una marioneta manipulada mediante cabellos en vez de alambres. Este raro abrir y cerrar ocasional de la boca, sin que articulara palabra, presentaba una pasmosísima semejanza con los lentos movimientos de las boqueadas de un pez. Pero jamás se prolongaba más allá de unos segundos, durante los cuales, me figuro, Mr. Pond engullía el enojoso requerimiento de sus oyentes de que les aclarara qué diantres había querido significar.

Una tarde Mr. Pond conversaba harto juiciosamente con Sir Hubert Wotton, el conocido diplomático; estaban sentados en nuestro jardín bajo unos enormes toldos de rayas de alegres colores, a modo de parasoles gigantescos, mirando hacia el estanque con que yo lo había relacionado contumazmente. Por un acaso hablaban de una parte del mundo que ambos conocían mucho y que la inmensa mayoría de los habitantes de Europa Occidental conoce muy poco: las vastas tierras anegadizas y pantanosas de Pomerania y Polonia y Rusia y distritos limítrofes, las cuales se extienden, a la cuenta, hasta los desiertos siberianos. Y Mr. Pond recordó que, en una de esas zonas de profundas ciénagas cortadas por lagunas y lentos ríos, hay un estrecho camino único flanqueado por empinados

terraplenes: una senda no peligrosa para el caminante, pero escasa para que la transiten dos jinetes lado a lado. Éste es el principio del relato.

Aconteció en una época no muy lejana, pero en la que aún se empleaban tropas de caballería, aunque ya más para correos que para combates. Baste decir que la acción se desarrolló en una de las muchas guerras que han devastado esa parte del mundo, si es que es posible devastar un desierto. Previsiblemente tal guerra concernía la opresión del estado prusiano sobre la nación polaca, pero, aparte este dato, sería disgresivo formular la política del conflicto o debatir ahora razones y sinrazones. Contentémonos con indicar, para nuestro esparcimiento, que Mr. Pond entretuvo a los oyentes con un enigma:

—Supongo que recordarán ustedes haber oído hablar —dijo Pond— de todo el revuelo desencadenado por Pawel Petrowski, el poeta cracoviano, quien hizo dos cosas bastante peligrosas en aquel tiempo: mudarse de Cracovia a Poznan e intentar ser simultáneamente poeta y patriota. En aquel momento la ciudad adonde se había mudado había sido tomada por los prusianos; se hallaba situada exactamente en el extremo oriental del largo camino flanqueado por terraplenes; como es lógico, el alto mando prusiano se había abalanzado a conquistar la cabeza de puente, de ese puente tan



solitario sobre ese mar de ciénagas. Pero su cuartel general estaba en el extremo occidental del camino: el célebre mariscal Von Grock ostentaba el mando supremo; y los Húsares Blancos, el regimiento en que fuera soldado y que seguía siendo su regimiento predilecto, era el que estaba acampado junto al término occidental del alto camino largo. Excusado es decir que todo era impecable, aun los más ínfimos detalles de los espléndidos uniformes blancos, cruzados por un tahalí del color de la llama; pues esto era anterior a la generalización del empleo de los colores del barro y el lodo para todos los uniformes del mundo. No voy a censurarlos por aquello; a veces pienso que el extinguido tiempo de la heráldica era más hermoso que todo este tiempo nuestro del mimetismo que nos ha sido traído por la historia natural y el culto a los camaleones y escarabajos. Sea como fuere, este insigne regimiento de caballería prusiana usaba su uniforme peculiar... si bien, como ya verán ustedes, ése fue otro ingrediente del fiasco. Mas no sólo fueron los uniformes: fue la uniformidad. Todo fracasó porque la disciplina era excelente. Los soldados de Grock lo obedecieron demasiado bien; por eso no logró lo que se propuso.

—Sospecho que eso es una paradoja —dijo Wotton, exhalando un suspiro—. Resultará muy agudo

y todo lo que usted quiera; pero realmente es un desatino, ¿o no? Oh, ya sé que de una manera generalizadora suele afirmarse que en el ejército germano hay una disciplina excesiva. Pero es imposible que haya un ejército en que disciplina alguna sea excesiva.

—Pero yo no lo afirmo de una manera generalizadora —dijo Pond en son de queja—. Lo afirmo de una manera particularizadora, ciñéndome a este caso particular. Grock fracasó porque sus soldados lo obedecieron. Cierto es que si lo hubiera obedecido *uno* de sus soldados, las cosas no habrían salido tan mal. Pero como lo obedecieron *dos*... caramba, en fin, pobre hombre, su plan se hizo trizas.

Wotton se rió guturalmente:

—Me encanta su novedosa teoría militar. Le parece bien la obediencia de un soldado en todo un regimiento; pero que sean dos los soldados que obedezcan, ya es un exceso de la disciplina teutónica.

—No ofrezco ninguna teoría militar. Me limito a hablar de un hecho militar —replicó Mr. Pond benignamente—. Es un hecho militar que Grock fracasó porque dos de sus soldados lo obedecieron. Es un hecho militar que habría triunfado si uno de ellos lo hubiera desobedecido. Encárguese usted de las teorías militares.

—No soy aficionado a las teorías —dijo Wotton

con cierta sequedad, como ofendido por un pequeño insulto.

En ese momento apareció cruzando el frondoso césped la imponente y fanfarrona figura del capitán Gahagan, el inverosímil amigo y admirador del menudo Mr. Pond. Llevaba una fogosa malva en el ojal y un sombrero de copa gris sobre la roja cabellera; y, aunque era relativamente joven, su andar se caracterizaba por un donoso estilo que parecía salido de una pretérita época de dandis y duelistas. Erguido y recortado contra el sol, su elevada figura de anchas espaldas semejaba la personificación de toda arrogancia. Sentado y de cara al sol, contradecían la anterior impresión sus suavísimos ojos castaños, de suyo tristes y aun un poco nerviosos.

Mr. Pond, interrumpiendo su monólogo, casi se deshizo en un torrente de disculpas:

—Mucho me temo que, como de costumbre, estoy hablando en demasía; el caso es que hablo de ese poeta, Petrowski, que estuvo a punto de ser ejecutado en Poznan, hace ya tiempo. Las autoridades militares destacadas en la ciudad vacilaban, y pensaban dejarlo en libertad si no recibían órdenes punitivas directas del mariscal Von Grock o de esferas aún más altas; pero el mariscal Von Grock estaba muy determinado a que el poeta muriera; y esa misma

tarde envió la sentencia de ejecución. Después fue enviado un indulto; pero como ocurrió que el portador del indulto murió antes de llegar a su destino, el prisionero fue puesto en libertad.

—Pero como ocurrió que... —repitió maquinalmente Wotton.

—... El portador del *indulto*... —añadió Gahagan con algo de mordacidad.

—... Murió antes de llegar a su destino... —musitó Wotton.

—... Pues entonces, desde luego, el prisionero fue puesto en libertad —concluyó Gahagan con voz estentórea y jocosa—. Está más claro que el agua. Y ahora cuéntenos otro de tus cuentos, abuelete.

—Es un suceso estrictamente cierto —protestó Mr. Pond—, y aconteció exactamente como les he dicho. No se trata de ninguna paradoja ni nada por el estilo. Claro que si se ignoran los pormenores, todo esto puede parecer complicado.

—Sí —convino Gahagan—. Creo que necesitaré muchos detalles para comprender que esa historia es simple.

—Ande y nárrenosla de una vez —dijo Wotton, terminante.

Pawel Petrowski era uno de esos hombres nada

prácticos que son de extraordinaria importancia en la política práctica. Su importancia radicaba en que era poeta nacional pero cantor internacional. Vale decir, acertaba a tener una voz bella y poderosa con la cual entonaba sus patrióticos cantos en todos los auditorios de medio mundo. En su propio país, naturalmente, era una tea y un clarín de esperanzas sublevacionistas, máxime entonces, durante una crisis internacional de éstas en que el lugar de los prácticos políticos es ocupado por hombres mucho más o mucho menos prácticos. Pues el auténtico idealista y el auténtico realista tienen en común, cuando menos, el amor por la acción. Y el político práctico vive de formular objeciones prácticas contra cualquier acción. La obra del idealista podrá ser impracticable, e inescrupulosa la del hombre de acción; pero en ninguno de los dos casos puede un hombre haber adquirido su reputación por no hacer nada. Tiene gracia que cada una de las dos tipologías extremas estuviera en cada uno de los extremos de aquel camino largo entre los pantanos: a un extremo, el poeta polaco, prisionero en la ciudad; al otro, el militar prusiano, presidiendo el campamento.

Pues es que el mariscal Von Grock era todo un prusiano, no sólo cabalmente práctico sino además cabalmente prosaico. Jamás había leído un poema; pero no era un lerdo. Poseía ese sentido de la

realidad característico de los militares; y tal sentido lo privaba de incurrir en el error asnal de los políticos prácticos. No se mofaba de la fantasía: se limitaba a aborrecerla. No ignoraba que un poeta, o un profeta, podía ser tan peligroso como una milicia entera. Y había decidido la muerte del poeta. Era su único reconocimiento a la poesía, pero era sincero.

En ese momento estaba sentado a una mesa, en su tienda de campaña; junto a él descansaba el casco con punta de acero que siempre se ponía en público; y su maciza cabeza parecía de todo punto calva, aunque sólo era que estaba esmeradamente rapada. También la cara entera estaba afeitada; conque nada la recubría, salvo unos lentes de alta graduación, que bastaban a infundir un aire enigmático a la faz pesada y caída. Se volvió hacia un teniente que, a su vera, estaba en posición de firmes: un germano de los de cabello pálido y rostro tirando a romo, cuyos redondos ojos azules carecían de cualquier vivacidad.

—Teniente Von Hocheimer —lo interpeló—, ¿ha dicho usted que esta tarde Su Alteza visitará este campamento?

—A las siete y cuarenta y cinco, mi mariscal —contestó el teniente, que parecía poco dado a hablar, cual un animal grande que apenas dominara tal destreza.

—En tal caso estoy aún a tiempo —dijo Grock— de mandarlo a usted con la sentencia de muerte, antes de que Su Alteza se presente aquí. Debemos servir a Su Alteza de todas las formas, pero especialmente ahorrándole molestias innecesarias. Ya las tendrá de sobra con pasar revista a la tropa; cerciórese de que todo se pondrá a disposición de Su Alteza. Una hora después Su Alteza partirá para visitar el siguiente puesto avanzado.

El masivo teniente ofreció tenues signos de vida realizando un amago de venia:

—Desde luego, mi mariscal, todos debemos obedecer a Su Alteza.

—Lo que he dicho es que todos debemos servir a Su Alteza —repuso el mariscal.

Con un movimiento más brusco de lo que era su costumbre, se quitó los gruesos lentes y los arrojó sobre la mesa. Si los estólidos ojos azules del teniente hubieran sido perspicaces, y además les hubiera sido dable redondearse más, se habrían abierto de hito en hito ante la transformación operada merced a aquel gesto. Fue como la remoción de una máscara de hierro. Un momento atrás, el mariscal Von Grock se parecía extraordinariamente a un rinoceronte, con sus pesados pliegues de coriácea mejilla y mandíbula. Ahora era otra distinta clase de monstruo: un rinoceronte con ojos de águila. A casi

cualquier espectador el frío resplandor de esos ojos viejos le habría sugerido que en el mariscal había algo que era no solamente macizo: que, por lo menos, en él había algo acerado y no meramente férreo. Pues todos los hombres viven por un espíritu, aunque sea un espíritu malvado o un espíritu tan ajeno a la comunidad de hombres cristianos que apenas si éstos sabrían decir si es bondadoso o malvado.

—Lo que he dicho es que todos debemos servir a Su Alteza —reiteró Grock—. Hablaré con más claridad y diré que todos debemos salvar a Su Alteza. Para nuestros reyes, ¿no es ya suficiente con ser nuestros dioses?, ¿acaso no ha de bastarles con que otros los sirvan y los salven? Somos nosotros los que deben servir y salvar.

Rara vez el mariscal Von Grock hablaba, o siquiera discurría, en el sentido en que entienden el discurso las personas intelectuales. Y normalmente se verá que, cuando los hombres como él llegan a discurrir en voz alta, prefieren hacerlo dirigiéndole las palabras a su perro. Inclusive hallan cierto deleite paternalista en ostentar ante el perro vocablos elegantes y razonamientos especiosos. Sería injusto equiparar al teniente Von Hocheimer con un perro. Sería injusto para el perro, que es una criatura sensitiva y espabilada. Sería más exacto decir que Grock, en este infrecuente momento reflexivo,



experimentaba la comodidad y la tranquilidad de sentirse como si reflexionase en voz alta ante una vaca o una berza.

—Una y otra vez, en la historia de nuestra Casa Real, ha sido el sirviente quien ha salvado al señor —prosiguió Grock—, y casi siempre sin alcanzar más recompensa que sinsabores, al menos por parte de la opinión pública, que siempre esgrime sentimentalismos contra lo eficaz y lo contundente. Pero, así y todo, los sirvientes hemos sido eficaces y hemos sido contundentes. Reprobaron a Bismarck por engañar a su mismísimo señor en lo del telegrama de Ems; pero aquello convirtió a su señor en amo del mundo. París fue capturada, Austria fue destronada, y nuestra nación quedó a salvo. Esta noche Pawel Petrowski habrá muerto, y nuevamente quedaremos a salvo. Por eso lo envió a usted con esta inmediata sentencia de muerte. ¿Comprende que llevará la orden para la ejecución urgente de Petrowski y que no deberá regresar aquí hasta verla cumplida?

El inexpresivo Hocheimer asintió; aquel mandato lo comprendía muy bien. Y sí tenía algunas de las virtudes de un perro, al fin y a la postre: era valiente como un *bulldog* y podía ser leal hasta la muerte.

—Debe usted coger un caballo y partir sin tardanza —continuó Grock— y esmerarse en que nada lo demore o impida su misión. Sé a punto fijo

que esta noche ese majadero de Arnheim pondrá en libertad a Petrowski a menos que reciba órdenes explícitas. Apresúrese.

Y el teniente asintió de nuevo y salió a la intemperie; y, tras montarse en uno de los soberbios corceles blancos que eran parte del esplendor de aquel regimiento esplendoroso, echó a galopar por el estrecho camino en lo alto de los terraplenes, casi como en el filo de una muralla, el largo camino que se adentraba en el sombrío horizonte, dominando los difusos contornos y tristes colores de aquellos inmensos pantanos.

Casi en cuanto hubo retumbado el último eco del caballo en el camino, Von Grock se incorporó y se puso el casco y los lentes y salió fuera de la tienda de campaña... pero por otra razón diferente. Sus subordinados principales, con uniforme de gala, lo solicitaban ya; y, desde las profundas filas, se oían las saluciones de rigor y las voces de mando. Había llegado Su Alteza el Príncipe.

Su Alteza el Príncipe era, al menos en lo externo, algo así como un contraste con los hombres que ahora lo rodeaban... y aun en otras cosas era algo así como una excepción en su propio mundo. También él llevaba casco con punta de acero, pero de otro

regimiento, negro con destellos de acero azul; y había algo entre incongruo y desacostumbradamente idóneo, de alguna anticuada manera, en la combinación de ese casco con la larga, oscura, desplegada barba, en medio de todos aquellos prusianos bien rasurados. Como para hacer juego con la larga, oscura, desplegada barba, llevaba un largo, oscuro, desplegado manto, azul con una restallante estrella de la más elevada Orden Real; y bajo el manto azul vestía uniforme negro. Aunque germano donde los hubiera, era de una muy diferente tipología de germano; y algo en su rostro orgulloso pero soñador corroboraba la leyenda de que la única verdadera pasión de su vida era la música.

A decir verdad, el austero Grock creyó poder vincular con esa remota excentricidad el, para él, asaz fastidioso y exasperante hecho de que el Príncipe no cumpliera inmediatamente el debido protocolo de pasar revista a la tropa, formada ya en todo el laberíntico orden prescrito por la etiqueta marcial de su nación, sino que impacientemente procediera a abordar la cuestión que Grock deseaba eludir: la cuestión de ese polaco intolerable, su popularidad y su amenaza; pues el Príncipe había oído entonar algunos cantos de este sujeto en auditorios de toda Europa.

—Es una locura pensar en ejecutar a un hombre

tal —dijo el Príncipe, adusto bajo su casco negro—. No es un polaco cualquiera. Es una institución en toda Europa. Sería llorado y mitificado por nuestros aliados, por nuestros simpatizantes, por nuestros mismísimos compatriotas. ¿Aspira usted a ser como las mujeres dementes que asesinaron a Orfeo?

—Alteza —dijo el mariscal—, sería llorado... pero estaría muerto. Sería mitificado... pero estaría muerto. De todas las acciones que planea realizar, no podría realizar ni una sola. Todas las acciones que actualmente realiza, cesaría de realizarlas para siempre. La muerte es un hecho irrefutable, y a mí me gustan los hechos.

—¿No sabe usted nada de lo que es el mundo? —demandó el Príncipe.

—Nada me preocupa el mundo —contestó Grock— más allá de los lindes de la frontera.

—¡Dios mío —exclamó Su Alteza—, usted habría hecho ahorcar a Goethe por una indisciplina ante Weimar!

—Por la seguridad de su Casa Real —anunció Grock— yo jamás vacilaría un instante.

Hubo un breve silencio, y abrupta e imperiosamente el Príncipe dijo:

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que no he vacilado un instante —respondió con firmeza el mariscal—. Ya he

despachado órdenes para la ejecución de Petrowski.

El Príncipe se irguió cual una gran águila oscura, y el ondear de su manto fue como un batir de enérgicas alas; y todos los circunstantes percibieron que una ira indescriptible lo había trocado en hombre expeditivo. Ni tan siquiera miró a Von Grock: soslayándolo, habló con recia voz al subjefe militar, general Von Voglen, hombre fornido y de cabeza cuadrada, quien había permanecido en un discreto segundo término, inmóvil como una piedra.

—General, ¿quién de su división tiene el mejor caballo?, ¿quién es el mejor jinete?

—Arnold von Schacht tiene un caballo que vencería a cualquiera de los de carreras —respondió con prontitud el general—. Y lo cabalga con tanta destreza como un equitador de hipódromo. Pertenece a los Húsares Blancos.

—Excelente —dijo el Príncipe, con pareja resolución imprevista en la voz—. Que salga enseguida en persecución del soldado que porta esas absurdas órdenes y que lo detenga. Yo le redactaré una autorización que, creo, ni este ínclito mariscal discutirá. Traigan recado de escribir.

Se sentó, replegando el manto, y le trajeron papel y tinta; y escribió tajantemente y rubricó la orden que anularía todas las órdenes anteriores y garantizaría el indulto y la libertad del polaco Petrowski.

Luego, en medio de un silencio de muerte, que el viejo Grock arrostró sin pestañear, cual ídolo pétreo de los tiempos prehistóricos, majestuosamente el Príncipe salió del recinto con su capa y su sable. Estaba tan hondamente disgustado que nadie osó recordarle la formalidad de pasar revista a la tropa. Mas Arnold von Schacht, joven ágil de ensortijados cabellos y aire algo aniñado, pero con más de una medalla en su immaculado uniforme de los Húsares, entrechocó los talones y cogió el escrito del Príncipe; a continuación, sin pérdida de tiempo, subió a su caballo y se internó presuroso en el estrecho camino largo, cual una flecha de plata o una estrella fugaz.

Con despaciosa serenidad el viejo mariscal volvió a su tienda de campaña; con despaciosa serenidad se quitó el casco y los lentes y tornó a dejarlos sobre la mesa. Luego llamó a uno de sus auxiliares de guardia y le ordenó traerle urgentemente al sargento Schwartz, de los Húsares Blancos.

Unos instantes después, se presentaba ante el mariscal un hombre cadavérico y espigado, con la mandíbula surcada por una gran cicatriz, demasiado moreno tratándose de un germano, como si el tono de su tez hubiera sido obscurecido por años de batallas y humo y tormentas. Hizo la venia y se cuadró, en

tanto calmadamente el mariscal alzaba la mirada hacia él. Y aunque era muy vasto el abismo que mediaba entre aquel mariscal del Imperio, que tenía generales a sus órdenes, y aquel sufrido suboficial, lo cierto es que, de todos los hombres que han hablado en este relato, sólo éstos dos se escudriñaron y se comprendieron más allá de las palabras.

—Sargento —dijo el mariscal, escueto—, dos veces ya lo he visto a usted antes de ahora. Una, creo, cuando ganó el primer premio del Ejército en el certamen de tiro al blanco con carabina.

Silencioso, el sargento asintió.

—La otra —continuó Von Grock—, cuando lo procesaron por ejecutar de un tiro a esa estúpida anciana que rehusó informarnos sobre una emboscada. El incidente dio mucho que hablar, aun en nuestros propios círculos. En favor de usted, no obstante, se movilizó una influencia. Mi influencia.

Otra vez el sargento asintió, sin dejar de permanecer silencioso. El mariscal siguió su alocución de un modo distanciado pero chocantemente sincero.

—Su Alteza el Príncipe ha sido malinformado y descaminado en punto a un aspecto esencial de su propia seguridad y de la de la Patria. A instancias de tal tergiversación, acaba de despachar una temeraria orden para que pongan en libertad al polaco

Petrowski, que debería ser ejecutado esta noche. Repito: que debería ser ejecutado esta noche. Al punto usted ha de salir en pos de Von Schacht, que es quien porta la orden de indulto, e interceptarlo.

—Muy difícil me será darle alcance, mi mariscal —dijo el sargento Schwartz—. Monta el caballo más veloz del regimiento y es un consumado jinete.

—No he dicho que le dé alcance. He ordenado que lo intercepte —declaró Grock. Luego habló más despacio—: De diversas maneras cabe interceptar a un hombre: mediante gritos o disparos. —Se hizo aún más minuciosamente lenta su voz, pero sin una pausa —: La descarga de una carabina puede emplearse para dar el alto.

Y entonces el tétrico sargento asintió por vez tercera; pero continuó sin despegar los siniestros labios.

—El mundo cambia —dijo Grock— no por lo que se comenta o por lo que se reprueba o ensalza, sino por lo que se hace. Ya nada es igual tras un acto. En este momento el acto necesario es la eliminación de un hombre. —Inopinadamente clavó en el sargento sus brillantes ojos acerados y agregó—: Hago alusión, claro está, a Petrowski.

Y el sargento Schwartz sonrió aún más siniestramente; y también él, luego de alzar la lona de la entrada de la tienda de campaña, salió a la



intemperie y montó a caballo y partió.

El último de los tres jinetes era aún menos propenso a ejercitar ociosamente la fantasía que el primero. Pero como, siquiera de un modo imperfecto, no dejaba de ser humano, inevitablemente hubo de notar, esa noche y en esa misión, el lóbrego influjo de paisaje tan inhumano. Cabalgando por la cima de aquel terraplén abrupto, alrededor se extendía infinitamente algo mil veces más inhumano que el mar. Pues ahí nadie podía nadar, ni navegar, ni hacer nada humano; sólo se podía hundirse en el lodo, y sin apenas opción de oponer resistencia. Indefinidamente el sargento acusó la presencia de un fango primigenio que no era sólido ni líquido ni pasible de adoptar una forma; y acusó su presencia en el fondo de toda forma.

Era ateo, como tantos millares de sagaces hombres obtusos de la Germania septentrional; pero no era de esos paganos joviales capaces de ver en el progreso material una apoteosis de la naturaleza. Para él el mundo no era un campo en que cosas verdes o vivientes nacían y evolucionaban y fructificaban: era un mero abismo donde al final todas las cosas vivientes se hundirían eternamente como en un pozo insondable; y semejante convicción le procuraba aplomo para todos los extraños deberes que le encomendaban en un mundo tan detestable. Las

pintas verdigrises de la achaparrada vegetación, vistas desde arriba como un mapa, más parecían el gráfico de una enfermedad que de una prosperidad; y las estancadas lagunas habrían podido ser de veneno en vez de agua. Evocó algún escándalo humanitario contra los envenenadores de lagunas.

Pero las reflexiones del sargento, como casi todas las de los hombres no dados a reflexionar, tenían su raíz en alguna inconsciente opresión sobre sus nervios y su inteligencia práctica. Lo que sucedía es que el recto camino resultaba no sólo desolado, sino además inconcebiblemente largo. Imposible creer que había cabalgado tanto sin avistar ni remotamente al hombre en cuya persecución había salido. Desde luego el caballo de Von Schacht había de ser velocísimo para haber corrido tanto; pues, a fin de cuentas, sólo había salido un ratito antes que él. Schwartz no esperaba darle alcance, como ya había declarado él mismo; pero un ajustado sentido de la distancia le había indicado que en breve lo avistaría. Y algún rato después, cuando comenzaba a desesperar y el yermo paisaje se teñía de fracaso, lo avistó por fin.

A lo lejos, en briosa carrera, surgió un punto blanco, que muy despacio fue agrandándose y volviéndose una figura blanca. Se agrandó de esta traza porque Schwartz se las industrió para espolear

briosamente a su propio caballo; y cobró un tamaño aceptable la raya anaranjada que cruzaba el uniforme blanco característico del regimiento de los Húsares. El ganador del premio de tiro del Ejército había acertado blancos más distantes que aquél.

Apuntó la carabina, y un violento disparo espantó, en muchas leguas en derredor, a las aves silvestres de las silentes ciénagas. Pero el sargento Schwartz no reparó en ellas. Su atención la absorbió ver, aun desde esa lejanía, que al instante la enhiesta figura blanca se arrugó como si el fugitivo se deformara. Pendió sobre la montura como un jorobado; y Schwartz, con su exacta visión y con su larga experiencia, se sintió seguro de que su víctima había sido alcanzada en el cuerpo... y casi seguro de que lo había sido en el corazón. Después, merced a un segundo balazo, derribó al caballo; y en un blanco relámpago todo el conjunto ecuestre tembló y resbaló y cayó y desapareció hacia el oscuro pantano.

El duro sargento estaba cierto de haber rematado su misión. Generalmente los hombres duros como él se aplican mucho en sus actos; por lo mismo sus actos suelen ser tan errados. Había profanado esa camaradería que es el alma de los ejércitos; había matado a un gallardo oficial que cumplía el deber; había engañado y desacatado a su soberano y perpetrado un ruin asesinato sin la disculpa de una

involucración personal; mas había obedecido la orden de un superior marcial y había contribuido a la muerte de un polaco. Ahora estas dos últimas circunstancias embargaron su alma; y ensimismadamente emprendió el regreso para informar al mariscal Von Grock. No dudaba de la perfección de la obra concluida. A buen seguro el hombre que portaba el indulto estaba muerto... y aun si de milagro estuviera sólo agonizante, era impensable que reanimara su muerto o agonizante caballo y llegara a su destino a tiempo de suspender la ejecución. No; en vista de la coyuntura, lo más útil y ducho era volver a la sombra de su mentor, el urdidor de la desesperada añagaza. Con todas sus energías se acogía a la energía del agosto mariscal.

Y verdad es que el agosto mariscal tuvo esta grandeza: que después de la monstruosidad que había cometido, o hecho cometer, se abstuvo de cualquier miedo a afrontar los hechos en el lugar del crimen o a la incriminadora contingencia de seguir en relación con su sicario. En efecto, cosa de una hora después, él y el sargento trotaban por el camino largo, hasta determinado punto en que el mariscal desmontó, aunque intimidándole al subordinado que prosiguiera la marcha. Dio instrucciones al sargento para que fuera hasta la meta originaria de los mensajeros y comprobara si en aquella ciudad todo estaba en

calma tras la ejecución o si persistía algún riesgo de agitación popular.

—¿Fue aquí, pues, mi mariscal? —inquirió el sargento con voz queda—. Me pareció que fue más adelante; pero es lo cierto que este infernal camino semejaba alargarse como una pesadilla.

—Fue aquí —respondió Grock, y con morosidad descabalgó de su montura y a renglón seguido se aproximó al borde del pretil y miró hacia abajo.

Sobre los pantanos había salido la luna y se había elevado magnificando su resplandor e iluminando las aguas oscuras y la escoria verdosa; y en un cañaveral inmediato, al pie del terraplén, yacían, formando una especie de luminosa y radiante ruina, los restos mortales de uno de los soberbios corceles blancos y jinetes blancos de su antiguo regimiento. Y la identidad no podía ser puesta en duda: la luna casi aureolaba el ensortijado cabello dorado del joven Arnold, el segundo jinete, mensajero del indulto; y bajo la misma luz sobrenatural brillaban no sólo el tahalí y los botones, sino también las notorias medallas que declaraban su historial y los galones y símbolos de su grado. Bajo tan mágico velo de luz, habría podido tratarse de la blanca armadura de Sir Galahad; y ningún contraste podía ser más horrible que el que había entre la hermosa juventud yacente abajo y la inusitada figura granítica que la

contemplaba desde arriba. Una vez más Grock se había quitado el casco; y aunque tal vez este gesto fuera la vaga reverberación de un sentimiento funeral de respeto, su efecto ostensible fue que el enorme cráneo rapado y el pescuezo de paquidermo relumbraran pétreamente bajo la luna cual los de un monstruo antediluviano. Rops, o algún otro fantasioso grabador de las sombrías escuelas teutonas, habría podido dibujar semejante cuadro: una enorme bestia, tan inhumana como un escarabajo, contemplando las rotas alas y la immaculada armadura áurea de algún derrotado campeón de los querubines.

Grock no rezó ninguna plegaria ni murmuró ninguna piedad; pero de un modo difuso su alma se conmovió igual que en algún instante se conmueve aun la vasta ciénaga oscura; y, tal como suele acaecerles a semejantes hombres cuando por vez primera sienten vagamente una misteriosa necesidad de justificarse, trató de formular su fe única y confrontarla con el universo desnudo y la luna insistente:

—Antes y después del hecho, la Voluntad Germana es la misma. No la mudan las vicisitudes ni el tiempo, a diferencia de la de quienes se arrepienten. Está fuera del tiempo, como una cosa de piedra que con una sola cara mirara hacia atrás y hacia adelante.

El silencio que siguió duró lo suficiente para complacer su fría vanidad con una especie de impresión ominosa; como si una figura pétreo hubiera hablado en un valle de silencio. Pero la soledad volvió a estremecerse con un remoto susurro que era el creciente redoble de un galope; de manera que unos momentos después se le presentaba de regreso el sargento, tras furiosa carrera por el alto camino largo, y su rostro atezado y accidentado ya no era sólo tétrico sino también horrible a la luz de la luna.

—¡Mi mariscal —exclamó, haciendo la venia con llamativa tiesura—, he podido ver al polaco Petrowski!

—¿Es que no lo han enterrado aún? —preguntó el mariscal, sin alzar la mirada y todavía sumido en cierta abstracción.

—Si lo enterraron —dijo Schwartz—, entonces ha alzado su losa sepulcral y resucitado de entre los muertos.

Schwartz miraba la luna y la ciénaga; pero, en realidad, aunque distaba de ser un visionario, no veía lo que miraba, sino más bien lo que había estado viendo. Había estado viendo, sin margen de error, a Pawel Petrowski recorriendo sano y salvo la eufórica avenida principal de esa ciudad polaca festivamente iluminada en toda su extensión; imposible llamarse a engaño sobre la esbelta

compleción y la romántica melena y la afrancesada barba que figuraban en tantísimas revistas y álbumes. Y detrás había visto la ciudad pletórica de banderas y antorchas y al pueblo entero inflamado de triunfante adoración al héroe, aunque acaso menos hosco contra las autoridades de lo que podría temerse, por cuanto festejaba la salvación de su mártir.

—¿Quiere usted decir —gritó Grock con estridencia súbita en la voz— que han osado desacatar mi orden?

Schwartz se cuadró y dijo:

—Ya lo habían puesto en libertad porque no habían recibido órdenes de ninguna clase.

—¿Pretende hacerme creer, después de todas las peripecias de hoy —dijo Grock—, que de nuestro campamento no les había llegado mensajero alguno?

—Ningún mensajero en absoluto —dijo el sargento.

Hubo una pausa mucho más larga, y luego Grock dijo ásperamente:

—¿Qué ha ocurrido, en nombre del Infierno? ¿Sabría explicarlo usted?

—He visto algo —dijo el sargento— que me parece que lo explica.

Cuando Mr. Pond hubo llegado hasta estas alturas de la narración, se interrumpió con una calmosidad exasperante.



—Y bien —dijo Gahagan con impaciencia—, ¿sabría explicarlo *usted*?

—Pues se me hace que sí —dijo Mr. Pond tímidamente—. Miren ustedes, yo también hube de esclarecer el asunto, cuando la información llegó hasta mi departamento ministerial. De veras todo fue originado por un exceso de obediencia prusiana. También fue originado por un exceso de otro defecto prusiano: el desdén. Y es que entre todas las pasiones que ciegan y descarrían y pierden al hombre, la peor es la más fría: el desdén.

»Grock había hablado con demasiada espontaneidad ante la vaca, había hablado con demasiado descuido ante la berza. Desdeñaba a los simplones, aun los pertenecientes a su plana mayor; con que se había espontaneado ante Von Hocheimer, el primer mensajero, sin otorgarle mayor importancia que a un mueble, tan sólo porque parecía un simplón; pero el teniente no era tan simplón como parecía. El teniente entendió, en igual medida que luego lo entendió ese cínico sargento que llevaba toda la vida realizando trabajos sucios, lo que el augusto mariscal quería significar. También Hocheimer comprendió la personal ética del mariscal, según la cual un hecho era irrefutable aunque fuese indefendible. Conoció que lo que su superior deseaba esencialmente era la muerte de Petrowski, que la deseaba a todo trance, al

precio de cualquier engaño a príncipes o asesinato de soldados. Y cuando se percató de que lo perseguía un veloz jinete, ni el propio Grock habría inferido con mayor inmediatez que debía de portar un indulto del Príncipe. Von Schacht, muy joven pero muy valeroso oficial, cabal personificación de toda esa más noble tradición germana que este relato ha negligido en exceso, merecía la elección que lo había convertido en heraldo de una más noble política. Cabalgó con la celeridad de esa generosa equitación que ha legado a Europa el sustantivo mismo de caballeridad, y le ordenó al otro, con el tono de la trompeta de un heraldo, que se detuviera y diera media vuelta. Y Von Hocheimer obedeció. Tiró de las riendas del caballo, se detuvo, se dio media vuelta en su silla; pero su mano apuntó con la carabina como si fuese una pistola, y le metió una bala al mozalbete entre ceja y ceja.

»Luego tomó a aguijar el caballo, portando la sentencia de muerte del polaco. Detrás de él, el segundo jinete y su cabalgadura se habían desplomado por el terraplén, quedando expedito el camino. Por tan expedito y despejado camino pasó raudo a su vez el tercer jinete, extrañándose de la inacabable longitud de su recorrido; hasta que por fin avistó el inequívoco uniforme de un húsar que avanzaba como una exhalación en la lejanía, y

entonces le disparó. Sólo que no mató al segundo jinete, sino al primero.

»Por eso no llegó ningún mensajero aquella noche a la ciudad polaca. Por lo mismo el prisionero salvó la vida y fue puesto en libertad. ¿Les parece que andaba yo tan desnortado al aseverar que a Von Grock dos soldados lo obedecieron lealmente y más le habría valido que lo desobedeciera alguno?».

# EL CRIMEN DEL CAPITÁN GAHAGAN

Es obligado reconocer que había quienes juzgaban pesado a Mr. Pond. Sentía debilidad por hablar en largas parrafadas, no a causa de ninguna petulancia sino de un gusto literario de ribetes clasicistas; y es que inconscientemente se le había pegado el estilo de Gibbon o Butler o Burke. Ni siquiera sus paradojas eran lo que se suele decir brillantes. Desde hace tiempo el calificativo «brillante» es la más temible arma arrojadiza de los críticos; pero no era una acusación de brillantez lo que podía menoscabar y ningunear a Mr. Pond. Así, pues, en el episodio que seguidamente se estudiará, cuando Mr. Pond dijo (refiriéndose, me apena decirlo, a la mayor parte del sexo femenino, al menos en su más moderna fase):

«Van con tanta prisa que no llegan nada lejos», no intentó un epigrama. Y en cierto modo lo que dijo no pareció epigramático, sino simplemente extraño y obscuro. Y las mujeres a quienes se lo dijo, en especial la Honorable<sup>[2]</sup> Violet Varney, no le encontraron ningún sentido a la frasecita. Opinaron que Mr. Pond, cuando no era aburrido, era nada más que extravagante.

En ocasiones, con todo y eso, Mr. Pond no vacilaba en expresarse con parrafadas larguísimas. Por consiguiente había triunfo y gloria muy grandes en todo aquél que lograba impedir que Mr. Pond incurriese en sus luengas parrafadas; y este laurel cuadra a la persona de Miss Artemis Asa-Smith, venida desde Pentápolis (Pennsylvania). Dicha señorita había viajado con el fin de entrevistar a Mr. Pond, para la revista *Alta tensión*, acerca de sus presuntas opiniones sobre el misterio Haggis; y apenas si le permitió meter baza en toda la conversación.

—Creo —comenzó Mr. Pond, con cierta incomodidad— que su publicación pregunta respecto de lo que algunos denominan Ejecución Privada y yo asesinato, pero...

—Olvídese de ello —dijo percutantemente la joven—. Para mí ya es maravilloso el simple hecho

de estar aquí sentada junto a todos los secretos de su Gobierno; y si... —Prosiguió su monólogo, pero en un estilo de puntos suspensivos. Como no dejaba que la interrumpiera Mr. Pond, parecía creer que era compensatorio interrumpirse a sí misma. Enseguida dio la extraña impresión de que jamás fuera a concluir su explicación; y de hecho no concluyó ni una sola de sus frases.

Todos hemos oído hablar de que hay periodistas norteamericanos que profanan secretos de familia, derriban puertas de alcoba y cosechan información a la manera de salteadores. Verdad es que los hay; pero también los hay muy otros. Hay, o hubo, según se acuerda este escritor, una suficiente cantidad de periodistas inteligentes propicios a tratar de cosas inteligentes... y además ha habido una Miss Asa-Smith. Era bajita y morena; era más bien hermosa, y habría sido hermosísima si no hubiese solido pintarse los labios con tonalidades de terremotos y eclipses. Las uñas las llevaba pintadas de cinco colores diferentes, como las pinturas de la caja de acuarelas de un niño; y tan ingenua era como un niño. Asimismo era tan parlanchina como un niño. En Mr. Pond advirtió algo paternal y fue ella quien se lo contó todo a él. Él no hubo de contarle nada. No fueron exhumadas tragedias enterradas de la familia Pond, ni fueron hurtados secretos de crímenes cometidos en la

alcoba de Mr. Pond. La conversación, por llamarla de alguna manera, primordialmente giró en torno a los días de iniciación de la reportera en Pennsylvania: sus primeras ambiciones e ideales; dos cosas éstas que, como muchas de sus fábulas locales, ella parecía figurarse que eran una sola. Era feminista y se había sumado a Ada P. Tuke en su cruzada contra los clubes y las tabernas y el egoísmo del macho. Había escrito una obra teatral; y se moría de ganas de leérsela a Mr. Pond.

—Respecto de lo de la Ejecución Privada —incidió Mr. Pond educadamente—, creo que en momentos de desesperación todos nos hemos sentido tentados de...

—Pues bien, yo siento desesperación por leerle esta obra, y... ya verá cómo la he compuesto. Mire usted, mi obra es rabiosamente *moderna*. Pero ni aun los más modernos se habían atrevido a algo así... quiero decir, a comenzar en el agua y luego...

—¿Comenzar en el agua? —Hizo de eco Mr. Pond.

—Sí, tal vez le parecerá que eso es muy... oh, ya sabe. Supongo que en el teatro no tardarán en aparecer en traje de baño todos los personajes... pero seguirán entrando en escena por la derecha o por la izquierda: por uno de los laterales, ya sabe... y todos esos recursos apolillados. Mis personajes

entran desde arriba, lanzándose, con una zambullida. Vaya, eso sí que es lanzarse... quiero decir, a las aguas de la innovación. Mire, mire, mi obra se inicia de este modo. —Y se puso a leer muy rápidamente: «*Escena*: El mar ante el Lido.

*Voz de TOM TOXIN* (desde arriba). —Mira qué sensación causo si...

(Desde arriba *TOXIN* se zambulle al escenario, en traje de baño de color verde oliva).

*Voz de la DUQUESA* (*desde arriba*). —Chaval, la única clase de impresión que tú causarás jamás...

(*Desde arriba la DUQUESA se zambulle, en traje de baño de color escarlata*).

*TOXIN* (*subiendo a la superficie, farfulla con la boca llena de agua*). —Farfullo mi farfolla... la única clase de impresión según tus...

*DUQUESA*. — ¡Eres un abuelito!». —Ella lo llama abuelito, ¿entiende?, porque hay una anticuadísima tonada cómica donde se dice que lo único que puede causar impresión es el dinero... aunque en realidad ambos son jovencísimos, faltaría más, y un poco... ya sabe. Pero...

Mr. Pond intervino con delicadeza pero con firmeza:



—Acaso tendrá usted a bien, Miss Asa-Smith, prestarme el original o enviarme una copia, para permitirme gozar del placer de leerla con calma. Así, de viva voz, todo es demasiado rápido para antiguallas como yo; y además ninguno de los personajes parece ser capaz de concluir una frase. Por cierto, ¿cree usted poder persuadir a nuestros actores y actrices consagrados para que desde una gran altura se lancen a un mar de cartón-piedra?

—Oh, seguramente algunos de los más viejos y retrógrados pondrán peros —contestó ella—, porque... y desde luego no me imagino que esa gran actriz trágica que tienen en este país, Olivia Feversham... aunque en realidad no es tan vieja y todavía está guapa, sólo que... ¡pero es tan shakespeariana! Eso sí, he logrado que la Honorable Violet Varney me *prometa*... y su hermana es muy amiga mía, aunque claro está que... y hay cantidad de actores no profesionales que lo harían por pura diversión. Ese Gahagan es buen nadador, y alguna vez ha actuado en teatro, y... pero además, ¡qué caramba!, se someterá si Joan Varney intercede.

El semblante de Mr. Pond, paciente y estoico hasta ahora, silenciosamente se puso muy alerta y vivaz. Con novedosa seriedad dijo:

—El capitán Gahagan es un gran amigo mío, que ya me ha presentado a Miss Varney. En cuanto a la

hermana de ésta, la que es actriz...

—... No le llega a Joan ni a la altura del zapato, ¿a que no? De todas formas... —dijo Miss Asa-Smith.

Mr. Pond se había formado su opinión. Le caía bien Miss Asa-Smith. Le caía muy bien. Y el pensar en la Honorable Violet Varney, la inglesa distinguida, hacía que la norteamericana le cayera aún mejor. La Honorable Violet era una de esas mujeres acaudaladas que pagan para poder ser malas actrices; y obstaculizan a las mujeres pobres que podrían ser pagadas por ser actrices buenas. Ciertamente era muy capaz de zambullirse en traje de baño, o en cualquier otro atuendo, o en ninguno, si éste último fuera el único camino para triunfar sobre las tablas y bajo los focos. Era muy capaz de participar en la absurda obra teatral de Miss Asa-Smith y de decir similares tonterías sobre la modernidad y el emanciparse de la tiranía del macho opresor. Pero había una diferencia, y que no redundaba en favor de la Honorable Violet. La pobre Artemis suscribía modas idiotas porque era una periodista trabajadora que necesitaba ganarse el sustento; y lo único que hacía Violet Varney era quitarles el sustento a otras. Las dos hablaban con ese estilo que consiste en una sarta de frases inconclusas. Era el único lenguaje que Mr. Pond estimada merecedor del apelativo de inglés

chapurreado. Pero si Violet omitía la conclusión de sus frases, era porque parecía estar demasiado hastiada para concluir las; en tanto que, en el caso de Artemis, no parecía sino que ella estaba demasiado ansiosa por pasar a su frase siguiente. En ella había, extrañamente, un algo, un espíritu de vida de Estados Unidos, que sobrevive a toda crítica.

—Joan Varney es mucho más maja que su hermana —insistió Artemis—, y podríamos apostar a que el amigo de usted, Gahagan, opina igual que yo. ¿Le parece que acabarán en bodorrio? Es un hombre muy extraño, ya sabe.

Mr. Pond no lo negó. El capitán Gahagan, ese hombre fanfarrón y zascandil y a veces hirsuto, frecuentador habitual de todos los lugares de jarana, era extraño en muchos sentidos: sobre todo en su casi inverosímil afecto por el morigerado y sobrio Mr. Pond.

—Hay quien dice que es un sinvergüenza —aseveró la franca reportera—. No soy yo quien lo dice; pero lo que sí digo es que es un hombre impredecible. Y no termina de declarársele a Joan Varney, ¿verdad? Hay quien dice que en realidad es el amante de la gran Olivia, la única gran actriz trágica que tienen ustedes los ingleses. Pero resulta tan divertida de puro trágica...

—Quiera Dios que no tenga que participar en

ninguna auténtica tragedia —dijo Pond.

Mr. Pond sabía lo que decía; pero no experimentaba ni asomo de premonición de la peliaguda tragedia de vida y muerte auténticas en que iba a participar Olivia Feversham antes de que hubiesen transcurrido veinticuatro horas.

Mr. Pond pensaba únicamente en su amigo irlandés, tal como lo conocía; pero muy próximo estaba de averiguar lo que no le conocía. Peter Patrick Gahagan vivía la vida moderna, acaso con exceso: era un partícipe de los clubes nocturnos y corredor de automóviles deportivos, todavía relativamente joven; pero, con todo y eso, era un sobreviviente de otra era. Pertenecía a la época de una más byroniana elegancia. Cuando W. B. Yeats escribió: «La Irlanda romántica ha muerto ya: con O'Leary está en la tumba», no conocía a Gahagan, quien aún no estaba en la tumba. Por un centenar de razones pertenecía a esa tradición pretérita; había sido soldado de caballería; y también había sido miembro del Parlamento, el último que emulara a los antiguos oradores irlandeses de cláusulas bien construidas. Al igual que todos ellos, por la razón que fuese, adoraba a Shakespeare. Isaac Butt trufaba de Shakespeare sus discursos; Tim Healy podía citar al bardo con tamaña exactitud que su poesía terminó por parecer viva conversación de sobremesa; Russell

de Killowen no leía otros libros. Pero Gahagan, semejantemente a ellos, era shakespeariano de una manera dieciochesca: la manera de Garrick; y ese siglo XVIII que él evocaba tenía visos bastante paganos. Pond era incapaz de descartar que Gahagan estuviera teniendo una aventura con Olivia o con cualquier otra mujer; y, si así era, podía estar fraguándose una tormenta. Pues Olivia estaba casada, y no con un marido impasible.

Frederick Feversham era algo peor que un actor fracasado: era un actor que había triunfado antiguamente. Ahora estaba olvidado del teatro y recordado solamente en los tribunales. Hombre avinagrado y atrabiliario, todavía cetrinamente apuesto, se había vuelto famoso, o familiar, en calidad de litigante permanente. No paraba de presentar querellas contra personas a las cuales acusaba de pequeñas zancadillas y de ofensas lejanas y confusas: empresarios y rivales y gente así. Aún no tenía una especial queja contra su esposa, más joven que él y aún popular en su oficio. Pero es que mantenía mucho menos trato con su esposa que con su abogado.

Por un tribunal tras otro pasaba Feversham, en pos de sus legítimos derechos y seguido perrunamente por su abogado, Luke, de la firma Masters, Luke & Masters: hombre joven de lacios

cabellos rubios y cara de palo. Dicha cara de palo jamás transparentaba lo que pensaba de las querellas de su cliente o hasta qué punto conseguía moderarlas. Pero trabajaba con eficacia por su cliente; e inevitablemente los dos se habían vuelto compañeros de armas en cierto modo. De una cosa estaba seguro Pond. Ni Feversham ni Luke iban a perdonar a Gahagan si este errático caballero cometía algún ultraje. Pero esta vertiente del problema estaba destinada a hallar una resolución peor de lo que él soñaba. Veinticuatro horas después de la entrevista de Pond con la reportera, se enteró de que Frederick Feversham había sido muerto.

Como otras personas litigiosas, Mr. Feversham había legado un problema judicial de una categoría como para mantener los honorarios de muchos abogados. Mas no era el problema de un testamento impugnado o una rúbrica ilegible. Era el problema de un rígido cadáver con la mirada desorbitada, yacente junto a la verja de un jardín y clavado allí por un florete cuya punta roma había sido afilada. El legalista Frederick Feversham había sufrido por lo menos una ilegalidad definitiva e irrefutable: lo habían asesinado de una estocada cuando arribaba a su hogar.

Mucho antes de que determinados hechos, lentamente esclarecidos, fuesen expuestos ante la

policía, le fueron sometidos a Mr. Pond. Esto puede semejar raro, mas hubo buenas razones; de hecho Mr. Pond, como tantos otros funcionarios gubernamentales, tenía influencias algo recónditas e insospechadas; su dominio público era muy privado. Se ha llegado a saber de jóvenes muy conspicuos que le han tenido temor, debido a particulares circunstancias. Pero explicar eso equivaldría a explorar el laberinto de la menos constitucional de las constituciones. Sea como fuere, su primera noticia de los sucesos asumió la vulgar forma de una ordinaria carta legal con el membrete de la conocida firma Masters, Luke & Masters, donde se expresaba la esperanza de que Mr. Luke fuera recibido por Mr. Pond para debatir cierta información antes de que fuese preciso que tal información llegara hasta las autoridades policiales o la prensa. Con pareja formalidad Mr. Pond contestó que lo complacería recibir a Mr. Luke a cierta hora del día siguiente. Luego se sentó a dejar vagar la mirada, con esa expresión de ojos muy abiertos que movía a algunos amigos suyos a compararlo con un pez.

De esta traza predeterminó unos dos tercios de lo que debía decirle al abogado.

—Lo cierto es, Mr. Pond —dijo el abogado, con voz confidencial pero asimismo ponderada, cuando por fin, al día siguiente, se instaló al lado opuesto de

la mesa de Mr. Pond—, lo cierto es que las consecuencias de este asunto, doloroso en todos los aspectos, pueden ser especialmente dolorosas para usted. A casi todos nos es imposible aceptar que un amigo íntimo pueda verse bajo sospecha en un caso como éste.

Los gentiles ojos de Mr. Pond se abrieron como platos, e inclusive su boca realizó el pasajero movimiento que algunos juzgaban tan similar al de un pez. Probablemente el abogado presumió que se sentía atónito ante la primera insinuación de que su amigo estaba involucrado en el caso; pero la verdad es que lo que se sentía era levemente extrañado de pensar que pudiese haber alguien que no hubiese concebido tales sospechas desde bastante antes. Sabía que eran corrientes las frases de esa índole en los relatos policiacos más convencionales, que le agradaban grandemente como alternativa a Burke y Gibbon. En un centenar de páginas impresas había leído frases así: «Ninguno de nosotros podía creer que aquel deportivo joven tan apuesto hubiese cometido un crimen» o «Parecía descabellado atribuirle el asesinato a un hombre como el capitán Pickleboy, crema y nata de la mejor sociedad». Siempre se había preguntado cuál podía ser el sentido de palabras tales. Para su honrado y desencantado espíritu dieciochesco, no parecían



poseer sentido alguno. ¿Por qué los hombres apuestos y distinguidos no habrían de cometer asesinatos, igual que todo hijo de vecino? Estaba muy trastornado, en su fuero interno, por este caso concreto; pero nunca había comprendido semejante manera de hablar.

—Lamento decir —continuó el abogado en voz queda— que la investigación privada que, por nuestra cuenta, hemos realizado ya, pone a su amigo el capitán Gahagan en una coyuntura que exige explicaciones.

«¡Sí —pensó Pond—, y, cielo santo, vaya si el propio Gahagan necesita ser explicado! Precisamente eso es lo arduo de él... pero, ¡Dios mío, qué obtuso es este hombre!». En suma, lo peor era que Pond apreciaba muchísimo al capitán Gahagan pero, en la medida en que uno se preguntase si había hombres capaces de asesinar, se inclinaba a pensar que Gahagan *era* hombre capaz de asesinar: era mucho más capaz de cometer un asesinato que de ser tacaño con un cochero.

De improviso, con extraordinaria vividez, se dibujó en el cerebro de Pond la figura de Gahagan, tal como lo había visto la última vez, caminando con sus anchas espaldas y sus largas zancadas, y con el inusitado cabello rojo oscuro bajo el sombrero de copa gris seductoramente ladeado, y sobre él un espacio de cielo donde las nubes del atardecer

desfilaban en una especie de disoluto cortejo escarlata, trasunto del propio pobre Gahagan. No: aquel irlandés era un hombre a quien se podía perdonar setenta veces siete, pero no era un hombre a quien se pudiera absolver a la ligera.

—Mr. Luke —dijo inesperadamente Pond—, ¿ahorraremos tiempo si le cuento, de entrada, todo lo que sé que hay en contra de Gahagan? Mariposeaba en torno a Mrs. Feversham, la gran actriz; no sé por qué, pues yo personalmente creo que está realmente enamorado de otra mujer. Sin embargo no cabe duda de que le consagraba a la actriz una porción enorme de su tiempo: horas y horas, y además horas sumamente avanzadas. Pero si Feversham lo pilló haciendo algo inconveniente, Feversham no era hombre de dejarlo escapar sin un juicio y un escándalo y Dios sabe cuántas cosas más. No es mi intención criticar al cliente de usted; no obstante, para decirlo pronto y mal, durante su vida entera casi se alimentó de juicios y escándalos. Pero si Feversham era hombre de amenazar o extorsionar, abiertamente le concedo que Gahagan era hombre de devolver el golpe físicamente y tal vez de matarlo, máxime si estaba en juego la reputación de una dama. Todo esto es lo que hay en contra del capitán Gahagan; y desde ahora mismo le confieso que no creo que haya sido así.

—Por desdicha eso no es todo lo que hay en contra del capitán Gahagan —replicó suavemente Luke—, y mucho me temo que el cúmulo de datos que voy a comunicarle hará que incluso usted crea que sí fue así. Acaso la más acusatoria averiguación de nuestras investigaciones sea la siguiente. Está irrecusablemente probado que el capitán Gahagan ofreció tres declaraciones contradictorias e incompatibles sobre sus actos, o más bien sus intenciones, de la noche de autos. Aun cuando le atribuyéramos la mayor veracidad posible en este punto, ha debido decir como mínimo dos mentiras por cada verdad.

—Siempre he notado que Gahagan es bastante veraz —repuso Pond— excepto cuando miente por divertirse; lo cual es de veras el marchamo de un hombre que no prostituye el sublime arte de la mentira a los viles utilitarismos de la necesidad. En todas las indispensables cosas prácticas, a mi parecer siempre ha sido no sólo franco sino además muy exacto.

—Aunque se admita lo que dice usted —comentó con desconfianza Mr. Luke—, todavía habría que contar con esto: si comúnmente es franco y veraz, ha debido ser un motivo mortal y desesperado lo que lo instó a mentir.

—Y ¿a quién mintió? —preguntó Pond.

—Aquí es donde todo el asunto se hace tan penoso y delicado —dijo el abogado meneando negativamente la cabeza—. Aquella tarde, por lo visto, Gahagan habló a varias damas.

—Es lo que generalmente hace —dijo Pond—. ¿O fueron ellas quienes hablaron? Si una de tales damas, sin ir más lejos, fue la deliciosa Miss Asa-Smith de Pentápolis, me aventuraría a afirmar que fue ella quien le habló a él.

—Es extraordinario —dijo Luke con cierta sorpresa—. No sé si usted es adivino; pero desde luego una de ellas fue una tal Miss Asa-Smith de Pentápolis. Las otras dos fueron la Honorable Violet Varney y, *last but not least*, la Honorable Joan Varney. Curiosamente, fue con la última con quien él habló primero; lo cual, supongo, no es sino lógico. Es de reseñar que sus palabras a esta última señorita, en concordancia con la insinuación de usted sobre que Gahagan siente un amor verdadero por ella, parecieron ser las más impregnadas de sinceridad.

—Oh —dijo Mr. Pond, y se mesó pensativo la barba.

—Joan Varney —observó gravemente el abogado — declaró muy resuelta, antes de saber que había alguna anomalía o tragedia en este caso, que el capitán Gahagan se marchó de su casa diciéndole: «Me voy de visita a la casa de los Feversham».

—Y usted pretende que esto se contradice con sus palabras a las otras dos —apostilló Mr. Pond.

—Categoricamente —aseveró Luke—. La otra hermana, célebre en el mundo teatral bajo su desnudo nombre de Violet Varney, paró al capitán cuando éste se disponía a salir e intercambió con él algunas frases convencionales. Pero, cuando ya salía, lo oyó decir claramente: «No voy a ir de visita a la casa de los Feversham; aún siguen en Brighton», o algo muy parecido.

—Y ahora pasemos —sonrió Mr. Pond— a mi joven amiga procedente de Pentápolis. ¿Qué pinta aquí, si puede saberse?

—El capitán se topó con ella al pie de las escaleras tras salir por la puerta principal —contestó Mr. Luke, sonriendo también—. Pletórica de entusiasmo, acudía a entrevistar a Violet Varney en calidad de «actriz y ciudadana». Ni ella ni Gahagan son personas que pasen inadvertidas... o que no se adviertan entre sí. Conque Gahagan también conversó con ella unos momentos; al cabo de los cuales se marchó, tocándose atentamente el gris sombrero de copa, diciendo que se iba sin más tardanza a su club.

—¿Está usted seguro? —preguntó Mr. Pond, ceñudo.

—Está segura ella; porque aquello la hizo montar en cólera —respondió Luke—. Parece ser que abriga

ideas feministas al respecto. Opina que todo macho que acude a un club lo hace para referir anécdotas ultrajantes sobre mujeres y después emborracharse hasta caer al suelo. Tal vez la influyera asimismo cierto sentimiento profesional: acaso le habría gustado tener una entrevista más larga con él, fuese para sí propia o para *Alta tensión*. Pero yo juraría que es muy sincera.

—Oh sí —dijo taxativamente, pero con cierta tristeza, Mr. Pond—, es de todo punto sincera.

—Pues ahí tiene —sentenció Luke, quien también habló con un deje de decorosa tristeza—. Se me antoja que la explicación psicológica es evidentísima a tenor de las circunstancias. El capitán le anunció adonde iba realmente a la mujer con quien acostumbra mantener confidencias; en realidad quizá no planeó el crimen hasta un poco más tarde... o quizá el crimen no fue del todo planeado o premeditado. Pero cuando pasó a hablar con mujeres menos íntimas ya había intuido cuan imprudente era revelar que iba a casa de los Feversham. Su impulso segundo fue decir, con precipitación y con excesiva torpeza, que no iba a casa de los Feversham. Luego, en su tercer encuentro, ya ha ideado una mentira competente, inofensiva y suficientemente imprecisa, y dice que se va a su club.

—Podría ser así —observó Pond—, pero

podría... —Y por primera vez Mr. Pond incurrió en el censurable hábito de Miss Asa-Smith y no llegó a concluir su frase. En vez de ello se quedó mirando en lontananza con sus muy abiertos ojos similares a los de un pez; luego hundió la cabeza entre las manos y, como pidiendo excusas, dijo—: Por favor, discúlpeme que reflexione unos instantes. —Y tornó a sepultar las despobladas cejas entre los dedos.

El pez barbudo retornó a la superficie con una expresión extrañamente novedosa, y dijo en tono intenso y casi brusco:

—Parece usted empeñadísimo en atribuirle el crimen al pobre Gahagan.

Por primera vez las facciones de Luke se tensaron hasta volverse duras y aun ásperas:

—Naturalmente deseamos entregar a la Justicia al asesino de nuestro cliente.

Pond se le aproximó un poco y su mirada fue penetrante al reiterar:

—Pero usted desea que el asesino sea Gahagan.

—Yo le he explicado las pruebas incriminadoras —dijo Luke, frunciendo el entrecejo—, y usted conoce a las testigos.

—Ahora bien, por raro que parezca —dijo Pond muy lentamente—, usted no ha hecho resaltar lo que en las declaraciones de estas testigos hay de decisoriamente incriminador en contra de él.

—Son sobradamente incriminadoras de por sí; ¿a qué se refiere usted? —Se sobresaltó airadamente el abogado.

—Me refiero al hecho de que son testigos *involuntarias* —contestó Pond—. No puede tratarse de un complot. Mi querida amiga yanqui es tan sincera como la luz del día y jamás formaría parte de un complot. El capitán es de esos hombres que agradan a todas las mujeres. Agrada incluso a Violet Varney. En cuanto a Joan Varney, lo ama. No obstante, todas aportan testimonios que lo contradicen o que, cuando menos, muestran que él se contradijo. Pero todas yerran.

—¿Qué diantres quiere usted decir —exclamó Luke con inopinada irritación— al afirmar que todas yerran?!

—Que yerran por completo acerca de lo que el capitán le dijo a cada una —aclaró Mr. Pond—. ¿Les preguntó usted si él les dijo alguna cosa más?

—¿Qué más hace falta que dijera?! —gritó el abogado, ya realmente furibundo—. Todas están dispuestas a jurar que les dijo lo que le he referido a usted: que se iba a casa de los Feversham, que no se iba a casa de los Feversham, que se iba a su supuesto club... y que después se largó presuroso dejando encolerizada a una señorita.

—Helo ahí —observó Pond—. Usted afirma que



el capitán dijo tres cosas diferentes. Yo sostengo que les dijo lo mismo a las tres mujeres. Alteró el orden de los términos pero no dejó de ser una misma cosa.

—Sí que alteró el orden —repuso Luke casi con encono—. Pero si se sienta en el banquillo de los acusados comprobará si la ley de perjurios establece que alterar los términos de una declaración no modifica las cosas.

Se produjo una pausa, y por último Mr. Pond dijo serenamente:

—Así, pues, ahora lo sabemos todo sobre el crimen del capitán Gahagan.

—¿Quién dice que lo sabemos todo? Yo no lo sé todo. ¿Lo sabe usted?

—Sí —dijo Mr. Pond—. El crimen del capitán Gahagan consistió en no comprender a las mujeres, especialmente a las mujeres modernas. Rara vez los hombres con personalidad de Tenorios conocen a las mujeres. ¿No sabe usted que en realidad el bueno de Gahagan es tatarabuelo de usted?

Mr. Luke hizo un ademán como de repentina y auténtica alarma; no era el primero que por un instante creía que Mr. Pond se había vuelto loco.

—¿No comprende usted —insistió Mr. Pond— que el capitán pertenece a esa vieja estirpe de galanes enamoradizos que decían: «Mujer, mujer maravillosa» sin saber nada de ella, con lo cual

incrementaban escandalosamente los privilegios femeninos? Eso sí, ¡con qué arte piropeaban! «No te desvanezas, oh beldad estigia». Aunque acaso, como parece sugerirlo el semblante de usted, esto no venga mucho a cuento. Pero ¿sabe lo que quiero decir si afirmo que Gahagan es un Tenorio de antaño?

—¡Al menos sí sé que mata hombres como un Tenorio de antaño —exclamó Luke con virulencia— y que ha matado al noble caballero, tan profusamente agraviado, que fuera cliente y amigo mío!

—Parece usted una pizca excitado —dijo Mr. Pond—. ¿Ha probado a leer *La vanidad de los deseos humanos* de Samuel Johnson? Es muy sosegante. Créame, son muy sosegantes esos escritores del siglo XVIII que yo desearía citarle. ¿Ha leído la obra teatral de Addison sobre Catón?

—Lo que usted parece es loco —dijo el abogado, ahora grandemente pálido.

—O, si no —prosiguió Mr. Pond con ameno desapego—, ¿ha leído usted la obra teatral de Miss Asa-Smith sobre la duquesa en traje de baño? Todas las frases están llamativamente cercenadas... como el traje de baño.

—¿Pretende usted significar algo? —inquirió el abogado con voz desfallecida.

—Huy, sí, pretendo significar mucho —contestó Pond—. Es que es menester cierto rato para

explicarlo... al igual que para explicar la vanidad de los deseos humanos. Lo que pretendo significar es lo siguiente. Mi amigo Gahagan es muy afecto a esos antiguos escritores y oradores, no menos que yo; son disquisiciones en que hay que aguardar a la conclusión, epigramas con lo esencial en la coda. Uno de los elementos que originariamente nos unieron en amistad fue nuestro común amor por el estilo dieciochesco: equilibrios y antítesis y tal. Pues si usted se sumara a nuestra costumbre y leyera, digamos, ese socorrido diálogo del *Catón*: «No les es dable a los mortales garantizarse el éxito, pero, Sempronio, nosotros haremos algo mejor: lo mereceremos», notaría que la frase puede parecerle mala o buena, pero que hay que aguardar a su conclusión; porque comienza con una trivialidad y acaba en algo sublime. Pero las frases modernas no concluyen jamás, ni nadie aguarda a que concluyan.

»Ahora bien, siempre las mujeres han sido más o menos así. No es que no piensen: piensan más rápidas que nosotros. A menudo hablan mejor. Pero no *escuchan* igualmente bien. Se aferran tan impacientemente a lo primero que oyen, lo exprimen tantísimo y se dedican tan alocadamente a deducirle consecuencias, que a veces ni siquiera notan que les hayan dirigido otras palabras además. Pero Gahagan, por su filiación clasicista, por su oratoria clasicista,

siempre se preocupa de concluir debidamente sus frases, adjudicándole la misma importancia a lo que dice para terminar que a lo que dice para empezar.

»Me tomo la libertad de plantearle, como dicen los jurisperitos, que lo que en realidad el capitán Gahagan le dijo a Joan en la despedida primera fue esto: “Voy a ir a casa de los Feversham; no creo que hayan regresado todavía de Brighton, pero de todas formas iré a comprobarlo. Si aún no han regresado, me iré a mi club”. Esto fue lo que dijo Peter Gahagan; pero no fue esto lo que escuchó Joan Varney. Ella escuchó que él iba a ir a casa de los Feversham y de inmediato, muy naturalmente, creyó adivinarlo todo (o demasiado): algo así como «Va a ir a verse con esa mujer», aunque sus restantes palabras especificaran que casi seguramente aquella mujer aún no había regresado. Le dio igual el resto, lo de Brighton y lo de su club, y más tarde no lo recordó siquiera. Ahora vamos a la despedida segunda.

Lo que Gahagan le dijo a Violet Varney fue esto: «En realidad no merece la pena que me pase por casa de los Feversham; no habrán regresado de Brighton; pero quizá vaya a comprobarlo; si aún no han regresado, me iré a mi club». Violet es mucho menos literal y exacta que Joan, y además sintió también celos de Olivia, aunque de una forma mucho menos

personal: exclusivamente porque Violet es una sedicente actriz. También ella oyó la palabra Feversham, y se limitó a reparar en que el capitán decía que no merecía la pena ir a visitarla; de lo cual dedujo que a él no le apetecía visitarla. La encantó esto, y se dignó pararse a intercambiar unas palabras con Gahagan; pero no se dignó prestar una mínima atención a todo lo restante que él dijo.

«Examinemos ahora la despedida tercera. Lo que Gahagan le dijo a Miss Artemis Asa-Smith en la calle fue esto: “Me voy a mi club; prometí ir a visitar a unos amigos, los Feversham, pero no creo que hayan regresado todavía de Brighton”. Esto fue lo que dijo. Lo que Artemis escuchó, vio y anatematizó con mirada llena de fuego, fue a un macho irredento, insolente, egoísta, perdulario, que osaba envanecerse públicamente de su propósito de ir a un infame club de esos donde las mujeres son calumniadas y los hombres se embrutece de alcohol. Después de su consternación ante tamaña confesión desvergonzada, es patente que fue incapaz de reparar en si él siguió hablando para decir alguna insignificancia. Él no era otra cosa que un hombre que iba a un club.

Como se ve, estas tres declaraciones veraces de Gahagan son intrínsecamente iguales. Todas comunican parejo contenido, formulan idéntico propósito, enuncian las mismas motivaciones de los

mismos actos.

Pero suenan de todo punto distintas según las palabras que figuren en primer lugar, máxime al modo de ver de estas mujeres modernas tan impacientes, acostumbradas a aferrarse únicamente a las palabras que desfilan primero... porque después de ellas no suele haber nada más. La escuela dramática Asa-Smithiana, en que cada frase se corta nada más nacer, aunque nos parezca totalmente ajena a la tragedia de *Catón*, no ha sido nada ajena a la tragedia del capitán Gahagan. Entre estas tres mujeres, con la mejor intención del mundo, habrían podido causar que mi amigo fuera ajusticiado, y pura y simplemente porque sólo piensan a base de frases a medias. Destrozan corazones, destrozan vidas, y todo por no manejar otro lenguaje que su inglés desvirtuado. ¿No le parece que hay mucho que decir en loor de ese mohoso gusto arcaizante del capitán y mío, en loor de esa literatura que nos obliga a leer hasta el final lo que un hombre ha escrito y a escuchar al completo cualquier cosa que se nos diga? ¿No prefiere usted que las declaraciones importantes se las hagan con el lenguaje de Addison o Johnson en vez de con la farfulla de Mr. Toxin y la zambullidora duquesa?».

Durante aquel monólogo, ciertamente largo, el abogado había ido inflamándose paulatinamente,

pleno de nerviosa irritación.

—Eso es pura imaginación —dijo casi enfebrecido—. No ha demostrado usted nada de lo que ha dicho.

—En efecto —respondió Mr. Pond con seriedad —, como bien dice usted, ha sido obra de mi imaginación. Cuando menos, me dediqué a intuirlo. Pero luego hablé por teléfono con Gahagan y corroboré la verdad de sus palabras y acciones de aquella tarde.

—¿La verdad?! —espetó Luke con acritud inusitada.

Pond lo escudriñó detenidamente. Bien examinada, aquella cara de palo, que era el rasgo que más resaltaba en Mr. Luke, principalmente era producto de una artificiosa expresión de fijeza, así como de la tiesa lisura de sus cabellos que parecían pintados con algún pegajoso mejunje amarillo, alguna pasta gomosa. De veras sus párpados eran hieráticos y a menudo se mostraban entrecerrados; pero, por debajo, los ojos verdigrises aparecían extrañamente minúsculos, como si estuvieran lejanos, y se empecinaban en corretear y brincar cual diminutas moscas verdes. Cuanto más observaba Mr. Pond aquellos ojos velados pero intranquilos, menos le gustaban. Le volvió a las mientes el pensamiento de un verdadero complot contra Gahagan, aunque desde

luego no urdido por Artemis o Joan. Por último interrumpió el silencio bruscamente:

—Mr. Luke —dijo—, usted está preocupado, como es natural, por su difunto cliente; pero cabría pensar que siente un interés algo más que puramente profesional. Ya que tiene tan estudiados los asuntos de su cliente, ¿sabría darme cierta información sobre él? ¿Aquel día *habían* regresado de Brighton Mr. Feversham y esposa? ¿Estaba Mrs. Feversham en su casa aquella noche, fuera o no a visitarla Gahagan?

—No estaba —contestó Luke escuetamente—. Ambos planeaban regresar juntos de Brighton a la mañana siguiente. No tengo ni idea de por qué se le ocurrió a Feversham regresar solo aquella noche.

—Casi se diría que alguien lo convocó —dijo Mr. Pond.

Bruscamente el abogado Mr. Luke se levantó de su asiento y le volvió la espalda.

—No veo qué utilidad tienen todas estas especulaciones tuyas —dijo, y tras un envarado ademán de despedida cogió su bombín y se marchó de la casa con una celeridad que no semejó muy lógica.

Al día siguiente Mr. Pond se acicaló aún más convencional y esmeradamente que de costumbre y fue a visitar a varias damas: frivola solemnidad ésta que no era nada acostumbrada en él. La primera dama



a la cual visitó fue la Honorable Violet Varney, a quien hasta entonces sólo había visto de lejos, y quedó civilizadamente descorazonado al verla de tan cerca. Era lo que, según había oído él, últimamente se da en llamar una rubia platino. Sin duda una sofisticada remembranza de su propio nombre de pila era lo que la hacía pintarse labios y mejillas con un color más violeta que púrpura, confiriéndose un aspecto que sus: amigos denominaban etéreo y sus enemigos horroroso. Aun de tan lánguida dama Mr. Pond consiguió: ciertas aclaraciones conducentes a la reconstrucción de las auténticas frases de Gahagan... si bien las frases de la propia dama tuvieron su habitual aspecto de agotarse indolentemente casi antes de haberse iniciado. Luego Mr. Pond se reunió con Joan, la hermana, y en su fuero interno se maravilló de esa cosa extraña que es la humana personalidad, la cual es independiente de crianzas y configuraciones.

Pues Joan tenía muy parecidos recursos de estilo: la misma voz alta y templada, las mismas frases semiesbozadas e inconclusas; pero, por fortuna, no tenía el mismo carmín violeta ni, decididamente, las mismas miradas o ademanes o mente o alma. Al punto Mr. Pond, pese a todos sus anticuados prejuicios, conoció que en esta joven las «nuevas virtudes» eran efectivamente virtudes, fuesen nuevas

o no. Realmente era valerosa y generosa y amiga de la verdad, sin embargo de que así lo afirmaran las revistas del corazón. «Es estupenda —se dijo Mr. Pond para sus adentros—. Vale tanto como el oro. Mucho más que el oro. ¡Y, oh, muchísimo más que el platino!».

En la última estación de su peregrinaje recaló en el monstruoso y ridículo gran hotel que tenía el honor de hospedar a Miss Artemis Asa-Smith, de Pennsylvania. Ella lo recibió con ese abrumador entusiasmo de que hacía gala por doquier en toda ocasión; y en el caso de ella Mr. Pond tuvo bien pocas dificultades para arrancarle la confesión de que cabe dentro de lo posible que un hombre que frecuenta un club no sea un asesino. Aunque naturalmente esta declaración fue menos personal e íntima que la de Joan (sobre la cual Mr. Pond siempre se negaría a participarle detalle a nadie), la ardorosa Artemis siguió conquistando su aprecio con sus muestras de sentido común y buen talante. Ella comprendió la influencia sobre su propio ánimo de la ordenación de los puntos mencionados por Gahagan; y de esta guisa la indagación de Mr. Pond tuvo pleno éxito. Las tres damas, pese a sus diversos grados de implicación y concentración, atendieron íntegramente a su teoría de lo que en realidad les había dicho Gahagan; y convinieron en que muy probablemente

era aquello lo que les había dicho Gahagan. Cumplido que hubo esta parte de su tarea, Mr. Pond se entregó a un breve rato de descanso, y acaso trató de hacer acopio de fuerzas, antes de afrontar su diligencia última... que también tenía forma de visita a una dama. Bien puede excusársele su leve desfallecimiento; pues su diligencia última le exigía atravesar el entristecido jardín donde había yacido un hombre asesinado, de camino hacia aquella elevada mansión siniestra donde, solitaria, seguía residiendo la viuda: la gran Olivia, reina de la tragedia, ahora doblemente trágica.

Mr. Pond cruzó, no de buena gana, el sombrío trecho, junto a la verja y bajo el acebo, donde el pobre Fred Feversham había sido clavado en tierra por un espadín amañado; y, en tanto seguía el tortuoso senderito que llevaba hasta la puerta de la sobria y despojada mansión de ladrillo que se alzaba como una oscura torre contra un fondo de estrellas, interiormente les daba vueltas a dificultades mucho más arduas que las que hasta ahora lo habían preocupado en el comparativamente más sencillo problema de las presuntas incoherencias de las despedidas de Gahagan. Detrás de todas estas fruslerías acechaba algo realmente angustioso, que ahora precisaba esclarecimiento. Alguien había asesinado al infeliz Fred Feversham; y no dejaba de

haber fundadas razones para orientar las sospechas hacia Gahagan. A fin de cuentas, Gahagan acostumbraba pasar días enteros, y aun la mitad de sus correspondientes noches, en compañía de la actriz; parecía horriblemente lógico, incluso escalofriantemente probable, que ambos hubiesen sido sorprendidos por Feversham y hubiesen escogido el método más cruento para escapar del trance.

Con frecuencia la Feversham había sido equiparada a la Siddons. Su conducta pública siempre había aparecido rebosante de dignidad y decencia. Para ella un escándalo no habría sido una agradecida publicidad, como sí lo habría sido para Violet Varney. En realidad era ella quien, de los dos, tenía el motivo más atrozante para haber... ¡pero, Santo Dios, menuda posibilidad! En caso de que Gahagan fuese de veras inocente... ¡vaya sacrificio el que estaría realizando! Cualesquiera fuesen sus tachas, no cabía duda de que era todo un caballero capaz de dejarse ajusticiar antes que acusar a su Dama... Con creciente espanto Mr. Pond levantó los ojos para contemplar la torre de lóbrego ladrillo, preguntándose si la mujer a quien iba a visitar era una asesina. Pero dejó nerviosamente a un lado este pensamiento morboso y procuró volver a concentrarse en los datos. En rigor de verdad, ¿qué

había en contra de Gahagan o la viuda? Se le antojó, tras obligarse a reflexionar con frialdad, que lo cierto era que todo se reducía a una cuestión de tiempo.

Ciertamente Gahagan había pasado con Olivia una gran cantidad de *tiempo*: éste era el único síntoma visible de que sintiera una pasión hacia ella. Había síntomas muchísimo más visibles de que Joan era la mujer hacia la cual sentía pasión. Pond habría jurado que el irlandés estaba realmente enamorado de Joan. Se abalanzaba sobre ella; y ella, de acuerdo con las pautas habituales de la moderna juventud, se abalanzaba a su vez sobre él. Pero estos encuentros, por no llamarlos colisiones, eran no menos breves que estrepitosos. ¿Por qué un enamorado agraciado por tal conquista se dedicaba a pasar tanto *tiempo* con una mujer mucho mayor que ella?... Estas meditaciones convirtieron a Pond en un autómatas que maquinalmente saludó al mayordomo y ascendió la escalinata y se acomodó en la estancia donde se le solicitó que aguardara unos momentos a Mrs. Feversham. Tomó distraídamente un viejo libro gastado, aparentemente de cuando la actriz había sido colegiala, pues en la blanca página de apertura se veía inscripto con letra muy escolar: «Olivia Malone<sup>[3]</sup>». Quizá la gran actriz shakespeariana afirmara descender del gran crítico shakespeariano. Pero, así y todo, debía de ser irlandesa... al menos

de tradición.

Examinando el ajado libro en la penumbrosa antesala, iluminó su espíritu un fúlgido relámpago de percatación serena y entera; en lo atañadero a este preciso relato, fue la última de las paradojas de Mr. Pond. Lo invadió una claridad extensa y completa, pero las palabras capaces de reflejarla se formularon en su cerebro con el desconcertante laconismo de un jeroglífico:

«El Amor nunca necesita tiempo. Pero la Amistad siempre necesita tiempo. Cada vez más y más y más tiempo, hasta muy después de la medianoche».

Cuando Gahagan llevaba a cabo esas chifladuras que pregonaban su pasión hacia Joan Varney, casi no necesitaba tiempo. Cuando se lanzó sobre ella en paracaídas, mientras ella salía de la iglesia de Bournemouth, naturalmente el descenso fue raudo. Cuando rompió un pasaje de regreso que le había costado centenares de libras, a fin de permanecer media hora más con ella en la isla de Samoa, únicamente se trató de media hora más. Cuando cruzó a nado el Helesponto en imitación de Leandro, fue para disfrutar de exactamente treinta y cinco minutos de conversación con Hero. Pero es que el Amor es así. Es cosa de grandes momentos; y se alimenta del recuerdo de momentos. Quizá es un débil espejismo; quizá, por el contrario, sea eterno y esté más allá del

tiempo. Pero la Amistad insume tiempo. Cuando el pobre Gahagan tenía una auténtica amistad espiritual con una persona, estaba dispuesto a quedarse hablando con ella hasta muy después de la medianoche. Y ¿con quién había tanta probabilidad de que tuviera una auténtica amistad espiritual como con una actriz irlandesa que estaba versada especialmente en Shakespeare? Aún no había acabado Mr. Pond de pensar eso, cuando escuchó la hermosa voz finamente irlandesa de Olivia saludándolo; y supo que había dado en el clavo.

—¿Sabía usted —preguntó con enlutada sonrisa la viuda, luego de que él, con gran tacto, después de darle el pésame, hubiera encaminado la charla hacia la cuestión del capitán Gahagan—, sabía usted que nosotros los pobres irlandeses tenemos un vicio secreto? Se llama Poesía; o más bien debería decir que se acostumbra llamarlo Recitales. Los hábitos sociales los han reprimido en todos los salones ingleses; y ésa es la mayor de las calamidades para los irlandeses. En Londres no hay posibilidad de que las personas se pasen la noche entera recitándose poesías, como sí se hace en Dublín. El pobre Peter siempre acudía a visitarme para hablar de Shakespeare hasta la mañana siguiente; pero al final yo siempre tenía que echarlo. Cuando un hombre me visita *a mí* y se pone a recitar la totalidad de *Romeo*

y *Julietta*, eso pasa de castaño a oscuro. Pero usted ya comprende. Al pobrecillo los ingleses no lo dejan declamar a Shakespeare.

Mr. Pond ya comprendía mucho. Conocía bastante al ser humano como para saber que todo hombre necesita un amigo, y si es posible una amiga, con quien poder charlar hasta ponerse morados. Conocía bastante a los dublinese como para saber que ni los diablos ni la dinamita pueden impedirles declamar poesías. Todas las negras nubes de reflexiones morbosas sobre aquel asesinato, que lo habían abrumado en el jardín, se dispersaron al primer sonido de esta poderosa voz bonancible de una irlandesa. Pero un rato más tarde empezaron a adensarse de nuevo, aunque a mayor distancia. Al fin y a la postre, como había pensado él antes, *alguien* había asesinado al infeliz Fred Feversham.

Ahora estaba segurísimo de que ese alguien no había sido la esposa de Feversham. Estaba casi seguro de que no había sido Gahagan. Aquella velada Mr. Pond regresó a casa dándole innumerables vueltas al problema; pero su insomnio duró una sola noche. Pues al día siguiente el periódico matutino informaba del inexplicable suicidio de Mr. Luke, miembro de la conocida firma Masters, Luke & Masters; conque Mr. Pond se reprendió indulgentemente por no haber pensado en que era



obvio que un hombre que no hace sino desmenuzar y perseguir a los demás porque se siente estafado, un día puede muy bien descubrir que lo ha estafado su propio abogado. Feversham había convocado a Luke para aquella reunión nocturna en su jardín con el fin de anunciárselo; pero Mr. Luke, hombre preocupado por su prestigio profesional, tomó enérgicas medidas para evitar que Mr. Feversham se lo revelara a nadie.

—Esto me ha hecho sentirme mal —dijo Mr. Pond, tímida y casi trémulamente—. Durante la conversación que sostuvimos pude ya advertir que estaba inquietantemente atemorizado; y, ¿saben una cosa?, mucho me temo que yo fui lo que lo atemorizó.

# CUANDO LOS MÉDICOS ESTÁN DE ACUERDO

Las paradojas de Mr. Pond eran de peculiarísima especie. Llegaban al extremo de resultar paradójicas infracciones de la ley de las paradojas. La paradoja ha sido definida como «la verdad puesta cabeza abajo para llamar la atención». Se ha dado en vindicar la paradoja, aduciendo que si hay tantísimas falacias aceptadas que siguen inalterablemente en pie, se debe a que carecen de cabeza sobre la cual pudieran hacer el pino. Mas hay que admitir que es cierto que los literatos, como otros mendicantes y saltimbanquis, frecuentemente intentan llamar la atención. Colocan en lugar destacado, en medio de un diálogo de una obra teatral, o al inicio o al término de un párrafo narrativo, ocurrencias de esa índole

portentosa... como cuando Bernard Shaw escribió: «La Regla Áurea es que no hay ninguna Regla Áurea»; o cuando Osear Wilde observó: «Puedo resistirlo todo excepto la tentación»; o cuando un escritor mucho más romo (indigno de ser equiparado a los antedichos y que actualmente expía sus errores tempranos aplicándose a la nobilísima causa de dejar constancia de los aciertos de Mr. Pond) apostilló en defensa de principiantes y chapuceros y zoquetes varios como él mismo: «Si merece la pena hacer una cosa, merece la pena hacerla mal». A quehaceres así se rebajan los literatos; y luego los críticos les amonestan que «hablan para causar efecto»; y luego los literatos les replican: «¿Para qué diantres habríamos de hablar entonces? ¿Para no causar ningún efecto?». Es un espectáculo deplorable.

Pero Mr. Pond pertenecía a un universo más elevado y sus paradojas eran harto diferentes. Imposible imaginarse a Mr. Pond haciendo el pino. Y tan arduo como imaginárselo haciendo el pino era imaginárselo intentando llamar la atención. Era el hombre más discreto del mundo tratándose de un hombre de mundo: era un funcionario gubernamental menudo y pulcro; no tenía nada de llamativo salvo una barba que parecía no sólo arcaizante sino además vagamente foránea, y aun algo francesa, aunque él

fuese más inglés que nadie. Pero, si a eso vamos, la respetabilidad francesa es mucho más respetable que la inglesa; y Mr. Pond, aunque cosmopolita en ciertos aspectos, era cabalmente respetable. Otro rasgo suyo tenuemente francés era la serena modulación de su discurso: una cadenciosa corriente monotónica que jamás desafinaba en una sola vocal. Y es que los franceses llevan sus aspiraciones de igualdad hasta la igualdad silábica. Con este armonioso flujo, teñido de elegantes alusiones a Viena, estaba una vez conversando con una dama; y cinco minutos más tarde ésta se reintegró con palidísimo semblante a su círculo de amigos; y en voz baja les participó el horrible secreto de que aquel hombrecillo tan afable estaba loco.

La peculiaridad de su conversación radicaba en lo siguiente: en medio de un apacible flujo oral repleto de sentido, hacían súbita aparición unas pocas palabras que daban la impresión de formar ni más ni menos que un sinsentido. No parecía sino que repentinamente se hubiese averiado el mecanismo de un gramófono. Era un sinsentido del cual el propio hablante no semejaba apercibirse siquiera; conque a veces tampoco sus oyentes notaban que hubiera algo insensato en discurso tan sensato. Pero a quienes sí lo notaban les parecía haberlo oído decir algo semejante a «Claro, como le faltaban las piernas,

ganó holgadamente la maratón» o «Como no había nada que beber, todos se emborracharon enseguida». En líneas generales, dos clases de gentes lo interrumpían con una mirada o una pregunta: los muy tontos y los muy listos. Los tontos porque sólo lo absurdo se despegaba de un nivel de inteligencia que los superaba; de hecho esto era en sí mismo un ejemplo de la verdad de una paradoja: la única parte que entendían de la conversación era la misma parte que no entendían. Y los listos lo interrumpían porque sabían que, detrás de cada una de esas insólitas contradicciones tan compactas, había una muy insólita anécdota, cual la insólita anécdota que será relatada aquí.

Su amigo Gahagan, aquel gigantesco dandi irlandés de pelo rojizo y guasona locuacidad, afirmaba que Pond intercalaba tan insensatas frases únicamente para comprobar si sus oyentes le prestaban atención. Pond nunca ratificó tal cosa; de manera que sus motivos continuaron siendo un misterio. Pero Gahagan afirmaba que existe una tribu entera de modernas mujeres intelectuales que exclusivamente han aprendido el arte de orientar hacia quien hable un semblante todo interés y atención, en tanto sus cerebros se hallan de tal modo ausentes que alguna frasecita como «Puesto que estaba en la India, lógicamente visitó Toronto» les

entra por un oído y les sale por el otro sin inmutar a su paso el cultivado cerebro que hay entre medias. Fue durante una pequeña cena dada por el bueno de Wotton a Gahagan y Pond y otras personas más, cuando por primera vez tuvimos una vislumbre del verdadero sentido de estos desafortunados paréntesis en tan moderado conversador. Lo cierto era, para empezar, que Mr. Pond, pese a su barba francesa, era muy inglés en su costumbre de presuponer, por deferencia a los demás, que él mismo podía resultar algo aburrido. No gustaba de narrar largos y mayormente fantasiosos relatos acerca de sí propio, como sí los narraba su amigo Gahagan, aunque Pond gustase muchísimo de oírlos cuando los narraba Gahagan. Sin duda Pond había tenido algunas singularísimas experiencias personales; pero, como no deseaba convertirlas en novelas largas, sólo salían a la luz en forma de cuentos breves; y a veces estos breves cuentos eran tan brevísimos que resultaban punto menos que ininteligibles. Si es cuestión de describir semejante excentricidad, será preferible comenzar con el ejemplo más sencillo, como si se tratase de un diagrama en un libro de divulgación. Así, pues, comenzaré por el breve cuento, acechante en una aún más breve frase, que tan largamente desconcertó al pobre Wotton durante aquella precisa velada. Wotton era un diplomático a

la antigua usanza, de ésos que parecían hacerse más nacionales cuanto más trataban de ser internacionales. Aunque distaba de ser militarista, resultaba muy militar. Preservaba la paz a fuerza de frases tajantes bajo un tieso bigote gris. Se caracterizaba por el prognatismo de su mentón.

—Me han informado —aseveraba Wotton— que los polacos y los lituanos han llegado a un acuerdo sobre Vilna. Era una pugna muy antigua, realmente; y me figuro que en el fondo tanta razón tenían los unos como los otros.

—Es usted inglés hasta la médula, Wotton —dijo Gahagan—, y para sus adentros estará diciéndose: «Todos los extranjeros son iguales». Mucha razón tiene si con eso quiere decir que todos los extranjeros somos diferentes de ustedes. Los ingleses son los lunáticos de la tierra, que saben que todos los demás estamos locos. Pero a veces diferimos algo entre nosotros, ¿sabe usted? Hasta de los irlandeses es sabido que nos diferenciamos un poquito unos de otros. Pero ustedes ven que el Papa condena a los bolcheviques, o que la Revolución Francesa hace trizas al Sacro Imperio Romano, y sin embargo no cesan de decirse para sus adentros: «¿Realmente hay alguna diferencia entre Tararí y Tarará?»<sup>[4]</sup>.

—No había diferencias —terció Pond— entre

Tararí y Tarará. Recordarán ustedes que quedó perfectamente claro que estaban de acuerdo. Pero asimismo han de recordar en qué estaban de acuerdo.

Wotton pareció un poco amostazado y por último refunfuñó:

—Pero si estas naciones se han puesto de acuerdo, presumo que habrá cierta paz.

—Los acuerdos son cosas extrañas —dijo Pond—. Por lo común, afortunadamente, todos los hombres están siempre en desacuerdo hasta que un día mueren pacíficamente en la cama. Muy rara vez los hombres están de acuerdo total y completamente. Una vez conocí a dos hombres que llegaron a estar tan completamente de acuerdo que lógicamente uno mató al otro; pero por regla general...

—«Llegaron a estar tan completamente de acuerdo»... —Hizo de eco Wotton dubitativamente—. ¿No quiere usted significar... está seguro de no haber querido significar: «Llegaron a estar tan completamente en desacuerdo»?

Gahagan emitió una especie de carraspeo de risa:

—Oh no —dijo—, no es eso lo que quiere significar. No sé qué diantres ha querido significar; pero nada tan juicioso como eso.

Mas Wotton, con su ponderada ecuanimidad, persistió en procurar reducir al hablante a una aseveración más responsable; y el desenlace fue que



de mala gana Mr. Pond fue inducido a revelar qué había querido significar realmente, y nos hizo saber el cuento entero.

Desde el principio el enigma estuvo incluido dentro de otro enigma: el misterioso asesinato de Mr. James Haggis, ciudadano de Glasgow, que hará no muchos años ocupó los periódicos escoceses e ingleses. Manifiestamente era un caso extraño, que hubo de dar paso a consecuencias aún más singulares. Haggis era un sujeto notorio y acaudalado, concejal del ayuntamiento y dignatario de la iglesia presbiteriana<sup>[5]</sup>. Nadie negaba que aun en tales cometidos había sido a veces más bien impopular; pero, para hacerle justicia, a menudo había sido impopular a fuer de leal a ideales impopulares. Era de esos viejos progresistas que resultan más rígidos y dogmáticos que cualquier retrógrado; y, aunque teóricamente defendía un programa de austeridad y reformas, terminaba imponiendo que casi toda reforma era demasiado costosa para las exigencias de la austeridad. De esta traza su veto había desbaratado el generalizado apoyo suscitado por la admirable campaña del viejo Dr. Campbell para combatir la epidemia en los barrios pobres durante los momentos más críticos. Pero acaso sería una inferencia desmesurada colegir

de sus objeciones económicas que era un demonio que disfrutaba viendo niños pobres morir de tifus. De igual modo, era hombre famoso en los sínodos presbiterianos por su rechazo de toda revisión moderna de la doctrina del calvinismo; pero sería una interpretación demasiado torcida de sus ideas teológicas deducir que en lo más hondo abrigaba el deseo de que todos sus semejantes quedasen condenados eternamente antes de haber nacido.

Por lo demás, era reconocidamente honrado en los negocios y fiel a su esposa y su familia; conque hubo una general reacción en loor de su memoria cuando se lo encontró con señales de una puñalada en el corazón sobre el escueto césped del lúgubre cementerio adjunto a su templo predilecto. Imposible imaginarse a Mr. Haggis involucrado en alguna romántica venganza escocesa y así caído bajo una daga, o en alguna romántica cita interrumpida por un puñal; y circuló la general opinión de que ser dejado apuñalado e insepulto entre los muertos sepultados era castigo exorbitante por haber sido un economista escocés algo tacaño y chapado a la antigua.

Mr. Pond había acertado a estar presente en una pequeña cena donde se produjo un gran debate sobre aquel asesinato en cuanto misterio. El anfitrión, Lord Glenorchy, tenía el pasatiempo de leer sesudos libros de criminología; la anfitriona, Lady Glenorchy, tenía

el menos pernicioso pasatiempo de leer esos más fundamentados y científicos libros que se denominan novelas policiacas. También honraron la reunión con su presencia, como dicen las crónicas de sociedad, el comandante MacNabb, jefe de policía, y Mr. Launcelot Browne, exitoso abogado londinense a quien le parecía mucho más aburrido ser procurador que jugar a ser detective; también figuraron entre la concurrencia el venerable y venerado Dr. Campbell, cuya labor en pro de los menesterosos ya ha sido encomiada, aunque todavía no debidamente, y un joven amigo suyo apellidado Angus, a quien se tenía entendido que estaba instruyendo y adiestrando en general para sus exámenes de medicina y su carrera científica.

Es lógico que a la gente responsable la encante ser irresponsable. Todas estas personas se deleitaron formulando en privado teorías de las que no tendrían que responder en público. Hombre humanitario, el comandante disfrutó acusando a alguien a quien no tendría que hacer ahorcar. El abogado se regocijó analizando la demencia de alguien cuya condición demente jamás podría demostrar. Y Lady Glenorchy se sintió cautivada por la posibilidad de considerar al pobre Mr. Haggis (nada menos que a él) como protagonista de un relato truculento. Hubo hilarantes conatos de atribuirle el crimen al ministro

presbiteriano unionista, conocido sublapsariano que naturalmente —o, más aún, inevitablemente— estaría destinado a clavarle una daga a un supralapsariano<sup>[6]</sup>. Lord Glenorchy se mostró más serio, por no decir monótono. Ya que en sus libros de criminología había aprendido el descubrimiento capital de esta ciencia, o sea que la deformidad mental y moral sólo se da entre la gente pobre, sospechó una conspiración de los comunistas locales (todos con los pulgares y las orejas deformes) y eligió como culpable a un agitador socialista de la localidad. Mr. Angus osó discrepar: a su juicio el culpable era un expresidiario, o profesional del delito, de quien se sabía que estaba en la ciudad y que había sido, a excepción de agitador socialista, todo cuanto puede resultar alarmante. Fue entonces cuando se sometió la cuestión, no sin cierta reverencia, al canoso y sabio médico anciano, que tenía tras de sí toda una vida de caridad y buenas acciones. Uno de los numerosos motivos por los cuales el Dr. Campbell parecía salido de un mundo extinto y acaso más noble, era que no sólo hablaba con acento escocés sino además en dialecto escocés. Sus palabras, pues, serán recogidas aquí con dificultad y no sin temor y temblor. —Puess bienn, me prreguntan ustedess kiénn apuñaaleó a Jamie Haggis. Y sinn rodeos lio less

diggo ke noo tengo interræss en descubriir kiénn apuñaleó a Jamie Haggis. Si lo sabeese, noo lo revelaría. Triste cosa ess, sinn duda, ke loss amiigoss y bienchorres de la maltrecha umannidad kedenn ignorrados y sinn serr debidamente agasajaados; pero, al igual ke loss albañiiles ke edificarron nuestra ggrandioosa catedrral y loss emineentes poetass ke compusierron nuestrass baladass de *Otterburn* y *Sir Patrick Spens*, el ombre ke realizó el onorrable acto de matarr a Jamie Haggis noo recibirá omenaaje perrsonal porr eyo en toda su viida; incluso ess posiible ke yegue a sufrirr algúnn sinsaborr. Connke no obtendrránn usteedes mi parecerr... fuerra de decirr ke ace mucho tiempo ke aguardaba lio a un ombre con tal discernimieento y arrojo filantrópico.

A continuación siguió esa clase de silencio en que la gente no sabe a punto fijo si debe reírse ante una deliberada manifestación de ingenio; pero antes de que nadie se resolviera a hacerlo, el joven Angus, que tenía la mirada clavada en su venerable mentor, habló con el arrebató del estudiante apasionado:

—Espero que no estará usted diciendo, Dr. Campbell, que un asesinato es bueno sólo porque algunos actos u opiniones del asesinado sean malos.

—Siii ke estooy dicieéndolo, enn caso de ke seann lo suficienmente malos —respondió con

tranquilidad el benigno Dr. Campbell—. Al fin y a la postre no existe ninguna medida para separar el bien y el mal. *Salus populi suprema lex.*

—¿No sirven para eso los Diez Mandamientos? —preguntó el joven, con el semblante algo acalorado, lo cual quedaba acentuado por su roja cabellera que se le elevaba de la cabeza cual rígidas llamas.

El santo filántropo de plateados cabellos le sostuvo la mirada con una sonrisa de todo punto benévola; pero en sus ojos hubo un extraño centelleo cuando contestó:

—Sí, los Diez Mandamientos constituyen una piedra de toque. Lo que los médicos venimos a hacer es un Test de Inteligencia.

En este momento se hizo oír Lady Glenorchy, fuese por casualidad o porque estaba algo disgustada ante los derroteros de la discusión.

—Pues bien —dijo—, si el Dr. Campbell no desea pronunciársenos, supongo que cada cual habrá de contentarse con sus respectivas sospechas. No sé si a ustedes les agrada eso de fumar cigarrillos a mitad de una cena; es una moda a la que yo no consigo acostumbrarme.

En este punto de su narración, Mr. Pond se retrepó en su asiento con un movimiento más brusco de lo que solía permitirse.

—Claro está que siempre hacen eso —dijo con una acolchada contundencia—. Se las admira y considera muy atinadas cuando lo hacen.

—¿Cuándo quiénes hacen qué? —dijo Wotton—. ¿De qué diantres habla usted ahora?

—Hablo de las anfitrionas —dijo Pond con aire mustio—. Las maravillosas anfitrionas. Las anfitrionas que tienen gran predicamento social. Interfieren en la conversación en su idea de que es lícito interrumpirla en cualquier momento. Exactísima es la definición de una buena anfitriona: hacer que dos personas hablen cuando no les apetece y callarlas cuando empieza a apetecerles hablar. Pero a veces causan los perjuicios más horribles y mortales. Es que abortan conversaciones que no vale la pena reanudar. Y eso es horrible, como un asesinato.

—Pero, si no vale la pena reanudar una conversación, ¿por qué es horrible abortarla? —preguntó el concienzudo Wotton, en su laborioso seguimiento.

—Caramba, es horrible abortarla *precisamente* por eso —respondió Pond, casi con violencia, tratándose de persona tan mansa—. La conversación debería ser sagrada porque es tan leve, tan tenue, tan fútil si se quiere; en todo caso, tan frágil y sencilla de destruir. Acortar su vida es peor que un asesinato: es

un infanticidio. Es como matar a un niño que trata de entrar en la vida. Ya no cabrá devolverlo a la vida, aunque se levante de entre los muertos. Una buena conversación ociosa ya no podrá ser recompuesta una vez que se la hace añicos... porque es imposible recuperar todos los añicos. Me acuerdo de una bonita conversación en casa de los Trefusis, que se originó a cuenta de un trueno por encima de la casa y un gato que maulló asustado en el jardín y alguien que hizo un chiste un poco facilón acerca de una posible catástrofe. Y entonces Gahagan formuló una teoría de veras preciosa partiendo de gatos y catástrofes y cosas así, y habría podido iniciar una espléndida conversación sobre un problema político en el Continente.

—La cuestión catalana, supongo —dijo riéndose Gahagan—; pero temo haberme olvidado totalmente de mi preciosa teoría<sup>[7]</sup>.

—Es justamente lo que yo digo —declaró Pond con melancolía—. Sólo habría podido ser formulada entonces; habría debido ser sagrada porque no valía la pena reanudarla. La anfitriona nos la apartó totalmente de la cabeza, y encima tuvo el desparpajo de manifestar que podíamos retomarla en cualquier otro momento. ¿Realmente podíamos? ¿Podíamos hacer un pacto con el nubarrón para que volviera a tronar sobre el mismo techo, y atar al gato en el



jardín para tirarle de la cola en el momento preciso, y dar de beber a Gahagan champaña suficiente para inspirarle una teoría tan volátil que ya se le ha olvidado? Cuando se inició aquella discusión, se trataba de entonces o nunca; y su interrupción tuvo consecuencias en verdad catastróficas. Pero eso, como suele decirse, ya es otra historia.

—En otra ocasión tiene usted que contarnos esa otra historia —dijo Gahagan—. En el momento presente sigo en mi curiosidad acerca del hombre que asesinó a otro porque estaba de acuerdo con él.

—Sí —convino Wotton—; nos hemos desviado del asunto, ¿verdad?

—Eso dijo Mrs. Trefusis —se lamentó Mr. Pond, contristado—. Supongo que no todos saben apreciar lo sagrado de la conversación realmente superflua. Pero si se sienten ustedes hondamente interesados por el primer asunto, nada me cuesta reanudarlo... aunque preferiría no revelar pormenorizadamente cómo llegué a esclarecerlo. Fue algo más bien confidencial: la que se denomina una confesión. Disculpen mi pequeña digresión sobre el tino de nuestra anfitriona: tiene algo que ver con lo que ocurriría posteriormente y no carezco de razones para mencionarlo.

»Con gran despreocupación Lady Glenorchy cambió de tema: de asesinatos a cigarrillos; y la

sensación primordial de todos fue que nos habíamos quedado sin un interesantísimo altercado sobre los Diez Mandamientos. Una superfluidad, demasiado alada y etérea como para que a los espectadores les volviera a las mientes en otro momento. Pero hubo otra superfluidad que a mí sí me volvió a las mientes entonces; y preservó mi interés por un asesinato en el que habría podido pensar muy poco, como diría De Quincey. Recordé haber consultado una vez el apartado dedicado a Glenorchy en el *Quién es quién* y haber visto que está casado con la hija de un adinerado terrateniente de Lowesoft, un pueblo del condado de Suffolk».

—Lowesoft, Suffolk. Obscuras alusiones —dijo Gahagan—. ¿Indican de por sí algo maligno y ominoso?

—Indican —dijo Pond— el ominoso hecho de que Lady Glenorchy no es escocesa. Si hubiese introducido el tema de los cigarrillos a la mesa de su padre en Suffolk, habrían podido borrarse del pensamiento y de la memoria de todos unas nimiedades tales como los Diez Mandamientos. Pero yo tenía conciencia de estar en Escocia y de que el asunto no había hecho más que comenzar. Ya les he dicho que el viejo Campbell era el tutor o preparador del joven Angus para su doctorado en medicina. Para un mozalbete como Angus era un gran honor tener

como mentor a Campbell; pero incluso para toda una autoridad como Campbell también debía de ser gratisimo tener como discípulo a Angus. Pues siempre había sido un discípulo muy industrioso y deferente y espabilado, capaz de recompensar los esfuerzos del anciano; y, después de la noche de que hablo, semejó tornarse más industrioso y espabilado que nunca. Lo cierto es que le prestó tanta atención a su maestro que suspendió los exámenes. Esto fue lo primero que me persuadió de que mi conjetura era exacta.

—Y muy clara, asimismo —dijo Gahagan con malicia—. Le prestó tanta atención a su maestro que suspendió los exámenes. Otro comentario que a algunas personas podría antojárseles que requiere desarrollo.

—Es muy sencillo, en realidad —dijo Mr. Pond candorosamente—. Mas, con el fin de desarrollarlo, tendremos que replegarnos momentáneamente sobre el misterio del asesinato de Mr. Haggis. En la localidad se desató una especie de fiebre detectivesca; pues todos los escoceses adoran discutir y tenían ante ellos un enigma a todas luces fascinante. Un punto esencial del misterio era la herida, que en un principio se creyó hecha por alguna clase de puñal o daga, pero que seguidamente los expertos dictaminaron que hubo de ser causada por

otro distinto instrumento de forma algo extraña. Por lo demás, se rastreó todo el distrito en busca de cuchillos y espadas; y transitoriamente las sospechas recayeron sobre cualquier joven impulsivo de allende los límites de las Highlands que conservara una histórica ternura hacia la tenencia de dagas escocesas. Todos los especialistas médicos convinieron en que el instrumento había sido algo más sutil que una daga, aunque ninguno de los especialistas médicos se prestó a siquiera conjeturar cuál había sido el arma. Sempiternamente era buscada alguna pista en el cementerio y en su iglesia. Y por entonces el joven Angus, que había sido frecuentador fiel de aquella precisa iglesia, e inclusive una vez había inducido a su anciano tutor y amigo a asistir una tarde a los oficios de su clérigo, imprevistamente dejó de frecuentarla; más aún, ya no volvió a asistir a ninguna iglesia. Así que comprendí que yo continuaba por buen camino.

—Ah —dijo Wotton, perplejo—, ¿así que comprendió que continuaba usted por buen camino?

—Temo no haberme percatado de que estaba usted en camino alguno —dijo Gahagan—. Si he de ser sincero, mi querido Pond, le diré que entre todas las narraciones errabundas y desnortadas y digresivas que yo haya escuchado jamás, la más errática es la narración que estamos teniendo el

privilegio de escucharle. Primeramente nos cuenta usted que dos escoceses empezaron una conversación acerca de la moralidad del asesinato y no pudieron terminarla; luego se lanza a despotricar contra las anfitrionas de sociedad; más adelante desvela el ominoso hecho de que una de ellas es natural de Lowesoft; después vuelve sobre uno de los susodichos escoceses y afirma que lo suspendieron en los exámenes porque le prestó demasiada atención a su maestro; por último, tras un pequeño inciso sobre la rara forma de una daga nunca vista, nos dice que el tal escocés ya no va a la iglesia y que usted continúa por buen camino. Con franqueza, si de veras halla algo sagrado en las conversaciones superfluas, me atrevo a decir que por lo menos en ese respecto sí que va por buen camino.

—Yo sé —dijo Mr. Pond flemáticamente— que todo lo que he estado diciendo se halla muy ligado a la clave del asunto... aunque, claro está, ustedes ignoran la clave del asunto. Una narración siempre parece errática y superflua mientras no se llega a la clave del asunto. Por eso es por lo que son tan fastidiosos los periódicos. Todas las noticias políticas, y la mayoría de las noticias policiales (aunque son de categoría algo más elevada que las políticas), se hacen muy confusas y hasta insensatas por la obligación de relatar cosas sin relatar la cosa.

—Pues bien, en tal caso —dijo Gahagan— procuremos extraerle algún sentido a todo ese sinsentido, que ni siquiera cuenta con la excusa de los sinsentidos periodísticos. Sometamos a prueba uno de los sinsentidos de usted: por ejemplo, ¿por qué dice que Angus fue suspendido porque le prestó tanta atención a su maestro?

—Porque no le prestó atención a su maestro —contestó Pond—. Yo no he dicho que le prestó atención a su maestro. Por lo menos no he querido decir que le prestó atención en temas académicos. He querido decir que estuvo demasiado tiempo junto a su maestro. He querido decir que pasó días y noches junto a su maestro; pero no habló con él de nada relacionado con los exámenes de medicina.

—Entonces, ¿qué hacía? —preguntó Wotton ariscamente.

—¡Él y su maestro proseguían la conversación! —exclamó Pond, con voz que resultó casi un grito—. Apenas si paraban para comer y dormir; mas lo que hacían era proseguir la conversación: la conversación interrumpida durante la cena. ¿Es que nunca han conocido a un escocés? ¿Acaso creen que con una sarta de cigarrillos, y un par de frases inoportunas, una mujer de Suffolk puede impedir que dos escoceses prosigan su discusión una vez iniciada? La reanudaron al ponerse los abrigos y

sombreros; la continuaron con toda intensidad mientras atravesaban la verja; y sólo un poeta escocés es capaz de describir lo que siguió:

*And the tane went hame with the ither; and then,  
The tither went hame with the ither again.*

(Y a ambos el tono les llegó al alma; y después La sogá les llegó al alma también).

»Y durante horas y días y semanas y meses no abandonaron la interminable discusión sobre la tesis formulada por el Dr. Campbell: que cuando un hombre bueno está inequívocamente seguro de que un hombre malo está obrando en detrimento del bien común y haciendo el mal a un nivel fuera del alcance de la ley o cualquier otra iniciativa reglamentaria, el hombre bueno tiene derecho moral a asesinar al hombre malo y con ello no hace sino acrecentar su propia bondad».

Durante unos instantes Pond hizo una pausa, mesándose la barba y mirando hacia la mesa; seguidamente continuó:

—Por razones que ya he mencionado pero no explicado...

—Eso es lo malo de ti, hijo mío —dijo Gahagan paternalmente—. Siempre hay una enorme cantidad de cosas que has mencionado pero no explicado.

—Por tales razones —recomenzó Pond calmosamente—, estoy en condiciones de saber

muchas cosas de la evolución de aquella empecinada y absorbente controversia, de la cual nada supo nadie más. Pues Angus era un sincero buscador de la verdad que deseaba satisfacer su alma y no meramente labrarse una fama; y Campbell era hombre lo bastante insigne como para sentir igual anhelo de convencer a un estudiante que de convencer a una muchedumbre desde una tribuna. Pero no voy a detallar por extenso la evolución de la controversia. A decir verdad, no soy lo que se dice imparcial respecto de la controversia. Cómo puede alguien formarse una opinión y seguir siendo lo que se dice imparcial en una controversia, está fuera del alcance de mis entendederas. Pero supongo que cualquiera verá que yo no podría describir con equidad la discusión... porque el bando con que simpatizo no fue el que ganó.

»Las anfitrionas de sociedad, especialmente las nacidas en Lowesoft, nunca adivinan hacia dónde se orienta una conversación. La interrumpen no con una indirecta sino con un proyectil; y encima esperan que no estalle. De todas formas, yo sí adivinaba hacia dónde se orientaba la conversación iniciada durante la cena en casa de los Glenorchy. Cuando Angus sugirió los Diez Mandamientos como piedra de toque y Campbell dijo que servían de Test de Inteligencia, adiviné lo que se avecinaba a renglón seguido. Al



instante siguiente el Dr. Campbell habría dicho que nadie que posea algo de inteligencia hace caso ya de los Diez Mandamientos.

»¡Si serán engañosas las canas y ese patriarcal encorvamiento de la vejez! En alguna página Dickens describe a un patriarca que no necesitaba otra virtud que sus canas. Cuando desde el lado opuesto de la mesa el Dr. Campbell sonrió a Angus, para casi todos no hubo en aquella sonrisa más que una benevolencia patriarcal y paternal. Pero en su mirada yo alcancé a advertir un centelleo que me dijo que el anciano no era menos pugnaz que el joven de roja cabellera que tan desafiantemente lo había interpelado. De alguna extraña manera, por si fuese poco, súbitamente me pareció ver a la ancianidad misma como si fuera un disfraz. Las canas se habían convertido en una peluca blanca, empolvada como las del siglo XVIII; y el rostro sonriente que había debajo era el rostro de Voltaire.

»El Dr. Andrew Glenlyon Campbell era un verdadero filántropo; también lo fue Voltaire. No siempre hay certeza de si la filantropía significa amor al hombre o a la humanidad. Hay alguna diferencia. Creo que le importaba menos el individuo que el pueblo o el mundo; de ahí sin duda su graciosa excentricidad de glorificar un acto de ejecución privada. Pero, de todas formas, yo adiviné que

pertenecía a esa inexorable saga de escoceses descreídos que va desde Hume hasta Ross o Robertson. Y, otras consideraciones aparte, estos descreídos son obstinados y creen inquebrantablemente en sus convicciones. También Angus era obstinado y, como ya he dicho, era devoto feligrés del mismo sombrío templo que el malogrado James Haggis: vale decir, era uno de esos irreductibles sectarios ardorosos del puritanismo del siglo XVII. Y así el escocés ateo y el escocés calvinista discutieron y discutieron y discutieron, hasta que razas más plácidas habrían podido suponer que cayeron muertos de cansancio. Pero no fue por su desacuerdo por lo que murió ninguno de los dos.

»Ahora bien, todas las ventajas estaban, en el conflicto, de parte del hombre más viejo y más culto; y hay que tener presente que el más joven sólo disponía de una versión algo escueta y provinciana del credo que defendía. Como ya he dicho, no los abrumaré con los razonamientos del uno y del otro; confieso que casi me abruma a mí mismo. Sin duda el Dr. Campbell dijo que los Diez Mandamientos no podían ser de origen divino puesto que dos de ellos ya fueron mencionados por el virtuoso emperador Foo Chi, de la Segunda Dinastía, o que alguno es creación de Sinesio de Samotracia y figuraba en el código perdido de Licurgo».

—¿Quién fue Sinesio de Samotracia? —inquirió Gahagan, con aspecto de repentina y apasionada curiosidad.

—Fue un personaje mítico de la Era Minoica, descubierto en el siglo xx d. C. —Contestó impertérrito Pond—. Acabo de inventármelo; pero ya saben ustedes a qué tipo de cosas me refiero: la irrealdad del monte Sinaí demostrada basándose en un paralelismo con los mitos del Arca que se posó sobre el monte Ararat y la montaña que no vino a Mahoma. Pero es que la crítica textual afecta realmente a una religión que sólo se base en textos. Yo sabía hacia dónde tendería el conflicto; y supe cuándo terminó. Lo supe cuando Robert Angus dejó de acudir a cualquier iglesia a santificar las fiestas.

Mejor será describir más directamente el desenlace de la discusión; si bien, todo sea dicho, el propio Mr. Pond lo describió en forma inexplicablemente directa... casi como si misteriosamente hubiera estado presente o lo hubiera contemplado en una visión. En cualquier caso, parece ser que el aula-quirófano de la Facultad de Medicina fue el escenario de la etapa final del desacuerdo y el acuerdo. Los dos habían ido allí, muy avanzada la noche, cuando estaba cerrada la Facultad y desierta el aula, porque Angus creía haberse olvidado parte de su instrumental, que por descontado no convenía

dejar al alcance de cualquiera. En el lugar vacío no había más ruido que el eco de sus pisadas, y poquísima luz excepto los tímidos rayos de luna que se filtraban por las rendijas entre las cortinas de las ventanas. Angus logró dar con su instrumento quirúrgico y ya se volvía hacia la empinada escalera que subía por entre las filas semicirculares de pupitres, cuando Campbell le dijo incidentalmente:

—Puede usted comprobar lo que le indiqué sobre los salmos aztecas en el...

Angus arrojó el instrumento sobre la mesa cual un hombre que tirara la espada, y con novedoso y transfigurado aire de sinceridad y determinación se volvió hacia su acompañante:

—No se preocupe usted más por salmos y cosas así: bien puedo confesarle que, lo que es yo, ya no las necesito. Es usted demasiado fuerte para mí... o, mejor dicho, la verdad es demasiado fuerte para mí. He defendido mi pueril pesadilla hasta donde he podido; pero por último usted me ha despertado. Usted lleva razón, no puede menos que llevarla; no veo manera de refutarlo.

Tras una pausa, Campbell repuso muy cordialmente:

—No voy a pedir excusas por haber luchado por la verdad; pero, amigo mío, a luchar usted como un bravo por el error.

Habríase dicho que jamás el anciano blasfemador había hablado sobre el particular con un tono tan afable y admirativo; conque semejó extraño que el joven converso no reaccionase ante tal manifestación. Alzando la mirada, Campbell comprobó que inopinadamente se había desviado la atención de su neófito; miraba fijamente el instrumento que había vuelto a tomar en la mano: un bisturí de hechura inhabitual, para operaciones especiales. Al fin dijo con voz ronca y apenas audible:

—Un cuchillo de forma rara.

—Recórrdese la autoopsia de Jamie Haggis — dijo el anciano, con un benigno asentimiento de cabeza—. Siii, lo a desscubrido usted, me parece.

Y, luego de un breve silencio, agregó con pareja serenidad:

—Aorra ke emoss yegaado a estarr de acueerdo, aorra ke pensamoss lo miismo sobrre la necesidaad de la cirugia política, bienn estaá ke seepa usted toda la verrrdad. Siii, muchacho, lio fui kienn lo iizo... y conn unn bissturí como éese. Akeeya tarrde enn ke usted me yevoó a la iglessia... vaaya, fue la prrimera vez, crreo, ke e sudo ipoócrita; peero desspués de loss oficios me kedeé a rezarr, y me pareció ke tuvo usted essperanzas de ke me convirtiera. Pero lio me abiía kedaado a rezarr porrke Jamie se abiía kedaado a rezarr; y cuando se

levantoó, lo seguí y lo mateé en el cementerio.

Angus no dejaba de mirar ensimismado el bisturí; entonces dijo de improviso:

—¿Por qué lo mató?

—Ueelga prreguntarlo, aorra ke estaamos de acuerrdo sobre filosofía moraal —repuso con sencillez el anciano médico—. No fue siino unna operración kirrúrrgica. Tal como amputaamos un deedo parra salvarr todo unn cuerrpo, también debemoss amputarr unn oombre parra salvarr el cuerrpo sociaal. Lo mateé porrke acia el maal, e inumannamente estorraba algo bueno parra la umannidad: el prrolecto de aussilio sanitarrío a loss pobrres. Y me figuro ke, aorra ke a reflessionado ussted, opinarrá lo miismo.

Siniestramente Angus asintió.

Dice el refrán: «¿Quién decidirá, si los médicos están en desacuerdo?». Pero en aquel tenebroso y sombrío quirófano los médicos estaban de acuerdo.

—Sí —dijo Angus—, ahora opino lo mismo. Además he tenido una experiencia muy similar.

—¿Cómo diice? —inquirió el otro.

—He tenido trato diario con un hombre de quien creía que hacía el mal —respondió Angus—. Y sigo creyendo que usted ha hecho el mal, aunque estuviera al servicio de la verdad. Me ha convencido de que mis creencias no eran más que sueños; pero no de

que soñar sea peor que despertar. Destruye usted brutalmente los sueños del humilde, se mofa de las débiles esperanzas del afligido. Me parece usted cruel e inhumano, tal como Haggis le pareció cruel e inhumano a usted. Es usted honrado según su criterio, pero también lo era Haggis según el suyo. No fingía creer en la salvación por las obras, tal como usted no finge creer en los Diez Mandamientos. Él era bueno con los individuos concretos, aunque la multitud sufriera; usted es bueno con la multitud, pero ha sufrido un individuo concreto. Aunque, al fin y a la postre, también usted no es más que un individuo concreto.

Algo en estas últimas palabras, que habían sido pronunciadas con mucha suavidad, hizo que de pronto el viejo doctor se intranquilizara y comenzara a retroceder hacia los peldaños. Angus saltó como un gato montes y le cerró el paso con enorme brusquedad; siguió hablando, pero ahora con voz más exaltada:

—Día tras día, he sentido la tentación y el impulso de matarlo; y sólo me contenía la superstición que esta noche ha acabado usted de aniquilar. Día tras día, ha ido usted pulverizando esos escrúpulos que eran lo único que lo defendía de la muerte. ¡Gran pensador; agudo razonador; hombre necio! Más le valdría que esta noche yo todavía

creyera en Dios y en su mandamiento que prohíbe el asesinato.

Con consternación el anciano trató de zafarse de las manos que lo aferraban, pero era demasiado débil y Angus lo arrojó de golpe sobre la mesa de operaciones, donde quedó semidesvanecido. En torno a ellos y por encima de ellos las desiertas gradas de pupitres concéntricos brillaban con los exiguos y glaciales rayos de luna, tan desoladas como el Coliseo bajo la luna: un anfiteatro vacío donde no había voz humana que gritase «*Habet!*». El asesino de roja cabellera tenía alzado aquel bisturí de tan rara hechura como el cuchillo pedernalino de algún sacrificio prehistórico; y aún siguió hablando con el exaltadísimo tono del delirio:

—Una sola cosa preservaba la paz entre los dos y lo protegía: que estábamos en desacuerdo. Ahora estamos de acuerdo; ahora tenemos la misma concepción de la teoría... y de la práctica. Puedo yo obrar igual que obraría usted. Puedo yo obrar igual que obró usted. Quedamos en paz.

Y tras pronunciar esta última palabra asestó el golpe; y Andrew Campbell se movió por vez última. En su templo frío, sobre su altar sin Dios, se agitó y luego quedó yerto; y el asesino se ahinó y luego huyó del edificio y de la ciudad y cruzó nocturnamente la frontera de las Highlands para



escondese en las montañas.

Narrado que hubo Pond esta historia, lentamente Gahagan se incorporó hasta quedar de pie en toda su gigantesca estatura y sacudió la ceniza de su cigarro en un cenicero.

—Tengo cierta sospecha, Pond —dijo—, de que no es usted tan digresivo como puede parecer. No es tan digresivo, quiero decir, ni siquiera respecto de nuestra conversación inicial sobre ciertos asuntos políticos europeos.

—Tararí y Tarará estaban de acuerdo... en declararse la guerra —dijo Pond—. Demasiado fácilmente quedamos satisfechos diciendo que polacos o prusianos o cualesquiera otros extranjeros han llegado a un acuerdo. Pocas veces preguntamos en qué han llegado a estar de acuerdo. Pero un acuerdo puede ser desastroso, a menos que sea un acuerdo con la verdad.

Wotton lo consideró con no poca inquietud interior; pero finalmente resolvió, suspirando de alivio, que aquello sólo era metafísica.

## POND EL PANTALEÓN

—No, no y no —dijo Mr. Pond, con ese atemperado avinagramiento que lo caracterizaba en ciertas ocasiones en que se le objetaba alguna duda respecto de la meridiana exactitud de sus afirmaciones o razonamientos—. No he dicho que era un lápiz rojo y que por eso hacía trazos tan negros. Lo que he dicho es que relativamente era un lápiz rojo o que se asemejaba a un lápiz rojo, en contra de la inclinación de Wotton a verlo como un lápiz azul; y *precisamente* por eso hacía trazos tan negros. Este distingo puede parecer minúsculo; pero le aseguro que los más graves errores provienen de esta manía de sacar de contexto un comentario y después reproducirlo con insuficiente fidelidad. A las verdades más palmarias y cristalinas, reproducidas de esa manera, se las hace

sonar casi absurdas.

—Casi —dijo el capitán Gahagan, con solemne asentimiento de cabeza y mirando al hombrecillo que tenía enfrente, como sí más bien fuera un misterioso monstruo en una cisterna.

Mr. Pond estaba en su cisterna privada, o despacho privado, dentro de una colmena de despachos gubernamentales, sentado a su mesa y ocupado en la tarea de corregir con lápiz azul las galeradas de un informe oficial; de aquí había surgido la conversación sobre colores de lápices. En suma, Pond despachaba su trabajo matinal como de costumbre; Peter Gahagan no hacía nada, también como de costumbre; su masiva figura estaba repantigada en un asiento que parecía venirle pequeño; era adicto a Mr. Pond y sobre todo era adicto a ver trabajar al prójimo.

—Acaso yo me asemejo a Polonio —dijo Pond, humildemente; y, en verdad, su barba arcaizante, su expresión de buho y su porte chambelanesco volvían casi ajustada esta descripción—. Acaso yo me asemejo a Polonio... pero no soy Polonio; lo cual es justamente el quid que deseo ilustrar. Hamlet le dijo a Polonio que había visto en el cielo una nube que se asemejaba a un camello. El efecto habría sido un poco diferente si Hamlet hubiese declarado, con seriedad y convicción, que había visto un camello en

el cielo. En este supuesto, bien habría podido excusársele a Polonio el considerar definitivamente probada la locura del Príncipe. Se ha dado el caso de que algún irritado funcionario ha expresado la opinión de que usted, mi querido Gahagan, entra en estas oficinas como un búfalo y «se queda aquí chapaleando durante todo el infinito día estival», como diría un poeta pasado de moda. Pero si las autoridades del zoo vinieran a llevárselo arguyendo que usted es un búfalo, sin duda este departamento no les otorgaría permiso sin efectuar indagaciones complementarias.

—Seguro que ya han redactado ustedes un dossier sobre mí —dijo Gahagan— con cifras y estadísticas oficiales sobre el número de mis patas, por no hablar de mis cuernos, todo ello corregido con lápiz rojo y azul... y ciertamente empleando trazos muy negros para describirme. Pero esto me retrotrae al motivo originario de mi sincero pasmo. Usted no semeja haberse apercebido de lo que hay de verdaderamente raro en su propia afirmación. En todo caso, yo no alcanzo a entender qué quiere decir eso de un lápiz relativamente rojo.

—Hasta esa expresión podría ser defendida —observó Mr. Pond, con una tenue sonrisa—. Usted diría, sin ir más lejos, que mis correcciones de esta galerada han sido hechas con un lápiz azul, y sin

embargo... —Le mostró que el lápiz tenía punta roja. Pareció un simpático truco de prestidigitador, hasta que le dio la vuelta y dejó ver que era uno de esos lápices que casi todas las papelerías venden, mitad rojos y mitad azules—. Ahora bien, supongamos que yo utilice la mina azul hasta que se haya gastado casi por entero (y de veras son innumerables las erratas que puede contener un sencillo informe sobre el bimetalismo en Beluchistán); entonces usted diría que el lápiz es relativamente rojo, aunque todavía quizá un poco azul. Si casi se gastara la parte roja, usted diría que el lápiz es prácticamente azul, aunque sin dejar de ser un tanto rojo.

—¡Yo no diría nada de ese jaez! —exclamó Gahagan con inopinada irritación—. Lo que diría es lo que acabo de decir: que lo insólito de usted es que permanece ciego a lo que ha habido de totalmente insensato en su propia afirmación. No es capaz de advertir la paradoja que hay en lo que ha dicho. No ve el busilis de sus frases.

—El busilis de mis frases —dijo Mr. Pond, con dignidad—, que creí haber dejado suficientemente claro, es que la gente es muy inexacta reproduciendo afirmaciones, como en el caso del camello y «algo semejante a un camello».

Peter Gahagan continuó mirando de hito en hito a su amigo, cual búfalo sorprendido en un momento

muy rumiante; por último se incorporó pesadamente, y con una especie de retintín cogió su sombrero gris de copa y su bastón.

—Muy bien —dijo—, no voy a descubrirle ese busilis. Sería como quebrar un vidrio o punzar una burbuja perfectamente redonda. Horadar la esférica perfección pura de su lunática indolencia sería como mancillar la inocencia de un niño. Si real y verdaderamente usted no se percata de cuándo dice desatinos, si ni siquiera nota en qué fragmento de lo que dice está el desatino, creo que mi deber es dejar tranquilo su desatinado intelecto. Me voy a hablar de esto con Wotton. Él no tolera desatinos, tal como muchas veces él mismo lo ha recalcado con ardor.

Y, blandiendo el bastón, majestuosamente salió del despacho y se encaminó al importantísimo departamento presidido por Sir Hubert Wotton... a fin de gozar del aleccionador espectáculo de otro amigo que realiza su trabajo cotidiano y es interrumpido por un ocioso.

No obstante, Sir Hubert Wotton era de una tipología algo distinta de la de Mr. Pond, pues aun cuando pudiese encontrarse ajetreado, jamás terminaba alborotado. Mr. Pond solía inclinarse hacia la afilada punta de su lápiz azul; Sir Hubert era visible tras la encendida punta de un cigarro, que paladeaba con reflexivo ceño al tiempo que

manejaba los papeles de su mesa. Acogió la entrada del gallardo capitán con sonrisa resignada pero no inelegante, y le indicó que tomara asiento.

Gahagan se sentó cruzando las manos sobre su bastón apoyado contundentemente en el suelo.

—Wotton —dijo—, ya he resuelto el enigma de las paradojas de Mr. Pond. Cuando él dice esas cosas de loco no se da cuenta. En su excelente cerebro hay un punto ciego, o en determinados instantes una nube encapota su espíritu; y olvida incluso haber dicho algo raro. Prosigue disertando sobre la parte razonable de su discurso; jamás se para a aclarar lo único que haya de verdaderamente irrazonable. Con absoluta tranquilidad me ha hablado de un lápiz que era rojo claro, o algo semejante, y por lo tanto escribía muy negro. Traté de llamar su atención sobre tamaña incoherencia; pero me hizo caso omiso. Pasó a hablar de la posibilidad de que un lápiz azul no sea un lápiz azul; pero extrañamente echó al olvido todo lo de los trazos negros.

—¡Los trazos negros! —dijo Wotton; y tan bruscamente se erizó que se le desprendió la ceniza del cigarro sobre su siempre immaculado chaleco. Con arrugado ceño enmendó tal profanación; y luego, tras un breve silencio, habló de esa forma tajante que eventualmente lo revelaba menos convencional de lo que parecía:

—La mayoría de los que dicen paradojas sólo quieren alardear. No así Pond: él las dice porque no quiere alardear. Ya sabe usted que parece un hombrecillo muy sedentario, rutinario, como si jamás se hubiera desuncido de su despacho y su máquina de escribir; pero en realidad ha vivido algunas experiencias sumamente extraordinarias. Nunca habla de ellas; nunca quiere hablar de ellas; pero sí quiere siempre hablar de razón y filosofía y esas cosas teóricas de los libros: ya sabe usted cuánto lo entusiasma leer toda esa literatura racionalista del siglo XVIII. Pero cuando, en el decurso de una disertación sobre cosas abstractas, tropieza con algo concreto que él mismo haya *hecho*... vaya, lo único que sé decir es que en tal caso procura empequeñecerlo. Procura comprimirlo en un espacio diminuto, y entonces lo que dice suena puramente contradictorio. Casi todas esas frases que parecen de loco no son sino resúmenes de alguna aventura dentro de una existencia que la mayoría de la gente calificaría como muy poco aventurera.

—Creo entender lo que quiere usted decir —dijo Gahagan, luego de una pausa de iluminadora reflexión—. Sí, tiene razón. No espere usted, desde luego, que normalmente me deje embaucar por todas esas ampulósidades suyas sobre la natural modestia de todo hombre que se haya educado en una escuela



pública. Lo que casi siempre hacen tales tipos es alardear de no alardear. Pero en Pond ello sí es auténtico. De veras odia ser destinatario de la atención ajena; en este sentido podría decirse que nació para el Servicio Secreto. Y usted quiere decir que únicamente se pone tan misterioso, de esa forma tan rara, cuando lo que desea es preservar el secreto de sus servicios. En otras palabras, quiere usted decir que hay una anécdota detrás de cada paradoja de Pond. Ciertamente eso es exacto... al menos en todos los casos en que yo he llegado a saber la anécdota.

—Yo lo sé todo de la anécdota de este caso —dijo Wotton—, que fue una de las mayores hazañas que jamás realizó Pond. Era una cuestión de importancia capital: uno de esos asuntos públicos que hay que mantener muy en privado. Pond brindó dos consejos, que algunos juzgaron extrañísimos y que resultaron extrañísimamente idóneos; y acabó por hacer un descubrimiento asaz extraordinario. No sé cómo es posible que lo haya aludido ahora; pero estoy segurísimo de que habrá sido sin querer. Cuando se habla del asunto en su presencia, él siempre se hurta a toda prisa y cambia de tema. Pero ciertamente salvó a Inglaterra; además casi perdió la vida.

—¿Qué?! —exclamó Gahagan con no pequeño

asombro.

—El tipo debió de hacerle cinco disparos — prosiguió Wotton, evocador— antes de dar vuelta al arma y descerrajarse el sexto.

—Caramba, me deja usted turulato —dijo con refinamiento el capitán—. Siempre creí que Pond era la más amable de las comedias caseras; nunca habría creído que figuró en un melodrama universal. Más lógica me habría parecido su inserción en una pantomima navideña. Pero de alguna manera hoy parece obstinarse en estar relacionado con el teatro. Él mismo acaba de preguntarme si yo lo consideraba Polonio; y supongo que tendrá adversarios que dirán que se asemeja más a Pantaleón<sup>[8]</sup>. Me hace gracia imaginármelos a usted y él trasplantados por arte de magia a una pantomima navideña: «El arlequín Hubert y el estanque<sup>[9]</sup> de las hadas», con un final en que aparezcan un verdadero Payaso, un fuego al rojo vivo y el Pantaleón que por último deja fuera de combate al Policía. Discúlpeme estas extravagancias; ya sabe que mi deplorable cacumen sólo es fértil para lo inverosímil.

—Es gracioso que lo califique usted de inverosímil —dijo Sir Hubert Wotton, frunciendo el entrecejo—, pues lo que acaba de imaginar es casi exactamente lo que nos sucedió en la realidad.

Sir Hubert Wotton hizo gala de cierta renuencia y deliberada imprecisión respecto de los pormenores oficiales de la anécdota... aun al narrarla al cabo de tantos años a tan íntimo amigo. Especialmente en Inglaterra, hay sucesos trascendentales que jamás salen en los periódicos y que por lo visto nunca han de figurar en los libros de Historia. Baste decir aquí que en cierta época hubo bajo la superficie, aunque muy a punto de salir a la superficie, una conspiración con miras a dar un *coup d'état*, la cual contaba con el apoyo de una potencia europea de similar orientación ideológica. Había por medio tráfico de armas, sabotajes clandestinos y planes para la sustracción de documentos oficiales; y se temía que cierto número de funcionarios subalternos habían sido sobornados o adoctrinados por los conspiradores. Por consiguiente, cuando se presentó el problema del traslado de varios secretísimos documentos oficiales (sobre cuyo contenido Wotton no dejó de mostrarse más bien nebuloso) desde uno de los grandes puertos septentrionales británicos hasta determinado Ministerio en Londres, la primera reunión que se convocó fue muy pequeña y selecta, presidida por Sir Hubert y celebrada en el algo más reservado despacho de Mr. Pond. De hecho, Mr. Pond era el funcionario encargado del desarrollo de la operación. La única otra persona presente en todo

momento fue uno de los principales funcionarios de Scotland Yard; Wotton había traído consigo a su secretario, para formalizar y explicar determinados detalles, pero en cierto momento hubo de hacerlo salir con un recado. Dyer, el detective de Scotland Yard, hombre de anchas espaldas, cuadrada cabeza y bigote cual cepillo de dientes, explicó claramente, aunque un tanto maquinalmente, las precauciones y disposiciones que estimaba indispensables para proteger el traslado de los documentos hasta su destino. Quería un furgón blindado, con una ametralladora, cierta cantidad de hombres armados, un cacheo policial de todos los que interviniesen en el envío, primero, y la recepción, después, de la caja o paquete... y varias otras exigencias por el estilo.

—Pond pensará que todo eso resultará enormemente caro —dijo Wotton, con compadecida sonrisa—. Pond es como un viejo progresista en esto de la austeridad económica. Pero sí aceptará que en este caso nuestro deber es exhibir un especial cuidado.

—N... no —dijo Mr. Pond, contrayendo los labios en un gesto de discrepancia—. Creo que en este caso yo no exhibiría un especial cuidado.

—¿Que no exhibiría un especial cuidado?! —Hizo de eco el atónito Wotton.

—Desde luego que no lo *exhibiría* —dijo Mr.

Pond—. En casos así, nadie en sus cabales tomaría precauciones tan espectaculares, tal como nadie mandaría por correo certificado una carta importante.

—Pues excúseme mi demencia —dijo Sir Hubert—, pero lo cierto es que he oído hablar de que suele mandarse por correo certificado toda carta importante.

—Así se hace, en verdad —dijo Mr. Pond, con disconforme desapego—. Pero sólo cuando se trata de impedir que se pierda la carta. En nuestro caso se trata de impedir que se encuentre la carta.

—Eso parece sumamente interesante —dijo Dyer, con síntomas de reprimida diversión.

—¿No comprenden? Es muy sencillo —repuso Pond—. Si lo que se desea es impedir que un documento se caiga por la alcantarilla, o que lo arrojen al cubo de la basura, o que lo empleen para encender la chimenea o para construir un nido, o cualquier otro accidente del descuido, entonces es prudente llamar la atención sobre él, certificándolo o acorazándolo o protegiéndolo de alguna manera espectacular. Pero si lo que se desea es impedir que lo rastreen y lo localicen y nos lo arrebaten, por la violencia o la astucia, entonces lo menos prudente es destacarlo de algún modo especial. Mandar una carta por correo certificado, sin ir más lejos, no significa que el cartero no pueda ser asaltado y despojado.

Sólo significa que el cartero o el departamento correspondiente puede ser declarado responsable, y que tendrá que pedir disculpas o pagar indemnizaciones. Pero en este caso no queremos disculpas ni indemnizaciones; queremos la carta. Yo diría que el envío estará muchísimo más a salvo de un enemigo acechante si lo mandamos sin protección especial y junto con otros mil que tengan la misma apariencia.

Hace honor a la esencial perspicacia que había bajo la aparente cortedad de alcances de Wotton y Dyer el hecho de que prevaleciera la paradoja de Mr. Pond. No obstante, los documentos eran algo abultados para enviarlos como cartas convencionales; y, al cabo de alguna deliberación, se convino en meterlos todos juntos en una caja de madera blanca, liviana y no muy grande, entre una gran cantidad de otras cajas iguales que serían transportadas al mismo tiempo, de éstas que se empleaban para mandar chocolate y otras viandas al ejército o la marina u otras ramas del servicio público.

El único punto del plan primigenio de Dyer en que éste insistió obcecado fue el de colocar controles policiales en los puntos cruciales de la ruta.

—Supongo que se producirá alguna escandalizada polémica por ello —dijo—, y nos

reprobarán por haber coartado las libertades civiles. Estamos en desventaja en este desdichado país constitucional. En cambio, si viviéramos en...

Cerró la boca de improviso, al tiempo que alguien llamaba suavemente a la puerta; y entró con discreción el secretario de Sir Hubert, anunciando que ya había cumplido el recado. En un primer instante Sir Hubert no lo miró, pues su ceñuda mirada estaba embebida en un mapa ferroviario de la ruta que había que recorrer; y en ese momento Dyer se aplicó a inspeccionar muy detalladamente la blanca caja de madera de pino que ya había sido encargada y traída. Pero Mr. Pond sí miró al secretario; y no pudo menos que pensar que era digno de ser mirado. Era un joven apellidado Franks, de pelo rubio impecablemente liso, y bastante impoluto de figura y atuendo; pero su ancho rostro tenía ese inefable aspecto que a veces cabe encontrar y sobre el cual sólo cabe decir que recuerda una enorme cabeza en el pequeño cuerpo de un enano, o acaso una hundida cabeza entre los hombros de un jorobado: el rostro no resulta normal, ni aun en una figura normal. Pero los otros motivos que durante unos momentos le granjearon la atención de Mr. Pond fueron, en primer lugar, que el secretario estuviera perceptiblemente intranquilo mientras entregaba calladamente unos papeles a su superior; y, *last but not least*, que

recelara visiblemente mientras observaba al detective de Scotland Yard.

La segunda reunión, si cabe denominarla así, se celebró donde todos convenían en que estaba el centro neurálgico de la operación: cierto gran empalme ferroviario de las Midlands<sup>[10]</sup>. Resultaba que aquí la remesa de cajas, a la par que el cargamento de sacas postales y otras mercancías similares, tenía que ser transbordada de un tren a otro, que tardaría algún rato en presentarse. En este recinto era donde había mayores posibilidades de intervención enemiga; y es de temer que Dyer redujo bastante su desgana transigencia para con la Constitución Británica en lo tocante a intervención policial para apresar y registrar a toda persona que intentara entrar o salir de la estación.

—He dicho a nuestros agentes que no deben dejar siquiera que *nosotros* salgamos de la estación —dijo— sin un exhaustivo cacheo, no sea que alguien emplee la treta de disfrazarse de Mr. Pond.

—La frase parece muy festiva, tan cerca de la Nochebuena —dijo mohíno Mr. Pond—. Así, pues, creo que todo el rato deberemos permanecer dentro de la estación; y no se puede decir que eso parezca



muy festivo.

Desde luego, nada puede parecer más desolado que uno de los numerosos andenes de descarga de una estación vacía en un plomizo día invernal... a excepción de una vacía sala de espera para pasajeros de tercera clase, pretendido refugio humano contra el crudo aire invernal. Extrañamente la sala de espera parece aún menos humana que el andén del cual sirve de refugio; está adornada con unos cuantos avisos que nadie sabría leer, horarios de trenes o polvorientos planos de ferrocarriles, y equipada en un rincón con unas cuantas plumas rotas con las que nadie podría escribir y unos cuantos secos tinteros desprovistos de tinta; en letras de colores sombríos, cuelga el desvaído anuncio de una compañía de seguros. Ciertamente cualquiera lo consideraría, tratándose de pasar un día navideño, un lugar dejado de la mano de Dios; pero en semejantes circunstancias Mr. Pond hacía gala de una estoica jovialidad que sorprendía bastante a quienes sólo le conocían su gatuno amor por la acogedora rutina doméstica.

Penetró con paso vivo en la fea sala de espera vacía, parándose momentáneamente a examinar con atención los vacíos tinteros y las rotas plumas de la mesa del rincón.

—Caramba —dijo, volviéndose hacia sus

acompañantes—, salta a la vista que nuestros enemigos no podrían escribir mucho con esto... aunque, claro está, nada les costaría llevar encima lápices o estilográficas. Sea como fuere, antes estoy contento que descontento de haberlo ordenado.

—Pond —dijo Wotton con solemnidad—, esto cae dentro de la jurisdicción de su departamento; y estoy seguro de que Dyer asentirá en que hasta ahora hemos hecho bien siguiendo su consejo. Pero espero no molestarlo si expreso mi respetuosa curiosidad respecto de qué es lo que dice usted haber ordenado.

—Claro que no —contestó Pond—. Quizá debí participárselo antes. Seguramente debí participárselo antes. Pero no bien tuvieron ustedes la amabilidad de permitir que me saliera con la mía en punto a mandar los documentos con todas las demás mercancías de muchísimas otras cajas idénticas, me senté a reflexionar cuál sería la siguiente mejor precaución luego de adoptada ésa. Estoy convencidísimo de que si hubiéramos transportado los documentos en un furgón inexpugnable y con hombres armados, habría sido expugnado el furgón y desarmados los hombres, probablemente a mano armada; en todo caso, se habría corrido excesivo riesgo. Contra lo que nos enfrentamos es contra toda una organización de pistoleros mucho más compleja de lo que la gente cree; y multiplicar los gastos y los preparativos

equivale a multiplicar las pistas y las transacciones que pueden rastrear sus espías. Pero no creo que a los pistoleros les sea posible forzar su entrada aquí, máxime ahora que la policía defiende como una fortaleza todas las puertas de las instalaciones. Aun muchísimos hombres armados podrían hacer muy poco contra eso. Pero ¿qué podría hacer un hombre aislado?

—Y bien —dijo Wotton, con algo de exasperación—, ¿qué podría hacer un hombre aislado?

—Como digo —prosiguió calmamente Mr. Pond—, me senté a cavilar un rato sobre lo que podría hacer un espía o un intruso a solas, de forma discreta y sin ningún ruido de batalla, asesinato o muerte repentina, si de algún modo conseguía identificar la caja exacta. Así es que me comuniqué con las más altas instancias por el teléfono privado; y les ordené que cuidaran de que las autoridades postales y ferroviarias retengan toda caja o paquete en que parezca alterada la dirección del destinatario: en que haya algo tachado o sustituido. Es concebible que un hombre aislado halle oportunidad de corregir la dirección de la caja para enviársela a sus cómplices de Londres... aunque le sea imposible sacar de esta estación la caja sin ser detenido. Eso es lo que he ordenado; y estos penosos útiles de escribir

me lo han recordado. Y penosísimo lugar es éste para pasar un día navideño, como suele decirse; nos han encendido en la chimenea un pequeño fuego, que es más de lo que hay en muchas salas de espera, más parece que el lugar se muriera de abatimiento... y no me extraña.

Con su acostumbrado instinto por las comodidades de la vida, removi6 el desatendido fuego de la chimenea, produciendo unas llamas muy satisfactorias; después agregó:

—Espero que no se sentirá usted disconforme con esa segunda precaución mía.

—No: me parece que también es una precaución muy sensata... si bien creo que no hay ninguna posibilidad de que nadie consiga identificar la caja exacta, ni aun por casualidad. —Contemplando la avivada lumbre y las juguetonas chispas, Hubert Wotton frunció un instante el ceño, y luego dijo envidioso—: Ésta es aproximadamente la hora en que el público navideño va a una pantomima. O, cuando menos, al cine.

Mr. Pond asintió; de repente semejó atacado de un acceso de filosofía. Por último dijo:

—A veces me pregunto si no era mejor cuando nos dedicáramos a ver figuras en el fuego en vez de en una pantalla cinematográfica.

Ariscamente Sir Hubert Wotton insinuó, sin

inquina personal, que el cochambroso fuego de una sala de espera de tercera clase no era de los que prefería para ver figuras.

—Las figuras del fuego, al igual que las figuras de las nubes —insistió Mr. Pond— son lo bastante incompletas como para exigir que las complete nuestra imaginación. Aparte —agregó, atizando alegremente las llamas—, uno tiene la potestad de meter el atizador entre las brasas y hacerlas formar una figura diferente; en cambio, si uno metiera un gigantesco hierro en la pantalla porque no le gusta el rostro de la estrella de turno, acaecería toda suerte de incomodidades.

Dyer, que con su enérgico paso había salido a deambular durante este interludio imaginativo, regresó ahora con noticias sumamente realistas. Luego de explorar múltiples pasillos y recorrer múltiples andenes de aquella laberíntica estación, había descubierto que realmente existía una distante cantina donde era posible tomar algo; lo cual había sido un callado problema para los tres funcionarios.

—Yo me quedaré en este andén —dijo—; de hecho me quedaré en este andén toda la noche si hace falta. Es mi trabajo esencial. Pero ustedes vayan allí a tomar algo y luego vuelvan; ya veré si puedo yo hacer lo mismo más tarde. No se preocupen por el transbordo; ya he adoptado todas las medidas

necesarias; y, en cualquier caso, estaré presente durante el único posible momento de riesgo.

A decir verdad, sus últimas palabras casi quedaron ahogadas en la vibración y el estruendo de un tren que se acercaba: era el tren de los documentos. Los tres contemplaron descargar debidamente en el andén las sacas postales y las cajas y los paquetes; y luego Wotton, hombre de costumbres fijas, que empezaba a sufrir de apetito, fue fácilmente persuadido por Dyer de que aceptaran su sugerencia de irse a tomar algo. Con tolerable celeridad Wotton y Pond efectuaron una sobria merienda; pero aun así les fue dable acelerar el paso al avistar de nuevo su andén; pues un tren, que por lo visto era el que llevaría los documentos a Londres, ya comenzaba a resoplar y salir de la estación; y para cuando llegaron junto a su compañero, el andén volvía a estar desierto.

—Todo perfecto —dijo Dyer, con satisfacción—. He vigilado personalmente la colocación de todas las cajas y lo demás en el vagón; y nadie ha podido infiltrarse. Nuestro gran peligro ha pasado ya; conque no me sentaría mal irme a tomar algo.

Les sonreía, frotándose las manos como quien se congratula del buen éxito de una empresa; y cuando se encaminó hacia los pasillos subterráneos, ellos orientaron sus pasos hacia esa desnuda celda humosa

que era la sala de espera.

—No parece sino que aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo Wotton—. Eso viene a incrementar el gélido carácter fantasmagórico de estas instalaciones.

—Considero un gran triunfo navideño —dijo Mr. Pond, con incombustible jovialidad— haber logrado mantener encendido el fuego dentro de la estancia. Caramba, yo diría que comienza a nevar.

Desde hacía algún rato habían apreciado que la tarde, que ya se oscurecía dando paso al temprano anochecer invernal, estaba teñida de esa verdosa luz cárdena que a menudo surge bajo el tamiz de nubes nivosas; empezaron a caer algunos copos mientras ellos llegaban hasta el extremo de aquel andén de apariencia interminable; y cuando arribaron ante la deslucida sala de espera, ya el tejado y el umbral se veían espolvoreados de plata. Adentro el fuego ardía valerosamente: saltaba a la vista que Dyer se había molestado en alimentar aquella calefacción.

—Es rematadamente insólito —dijo Wotton—, pero de veras todo comienza a parecer una postal navideña.

Pronto nuestra lóbrega *salle d'attente* será una imitación de la casita de Papá Noel en una pantomima.

—Todo esto es como la imitación de una

pantomima —dijo Pond en tono más quedo y desasosegado— y, como bien dice usted, muy insólito.

Tras un silencio, Wotton preguntó de improviso:

—¿Qué lo preocupa, Pond?

—Me absorbe, más que preocupa —respondió Pond—, *qué* haría exactamente un hombre aislado para desviar hacia otro destinatario la caja, en un lugar como éste, sin plumas ni nada para escribir... Claro está que no tendría grandes obstáculos: nada le costaría llevar encima una estilográfica o un lápiz.

—Oh, ya solucionó usted todo eso; parece que lo obsesionan los lápices —dijo Wotton con exasperación—. Eso es de tanto corregir inacabables galeradas con su eterno lápiz azul.

—No se trataría de un lápiz azul —dijo Pond con un ademán negativo—. Más bien sería algo semejante a un lápiz rojo... que por cierto tendría que escribir muy negro. Lo que me fastidia es que siempre hay más modos de los que uno cree para hacer lo que fuere, incluso en un lugar como éste.

—Pero usted ya lo impidió —insistió el otro— cuando habló por el teléfono privado.

—Pues bien —dijo obstinado Pond—, ¿qué harían entonces nuestros enemigos... si averiguaran que hablé por el teléfono privado?

Wotton semejó confundido; y Pond guardó



silencio, atizando y mirando el fuego. Luego de una pausa dijo abruptamente:

—Me gustaría que Dyer estuviera aquí mismo.

—¿Para qué lo necesita ahora? —preguntó su amigo—. Yo diría que se ha ganado la merienda. A lo que se me alcanza, ha cumplido su misión; y ya no hay nada que hacer aquí.

—Me temo —dijo Pond, sin apartar la vista de la chimenea— que es sólo ahora cuando todo va a empezar.

Hubo otra pausa de desconcierto tan creciente como la progresiva oscuridad en el exterior. Y entonces Pond comentó imprevistamente:

—Espero que sigamos en el mismo andén.

El semblante de Wotton se limitó a traslucir el gran estupor que era lógico dadas las circunstancias; pero allá en lo hondo, mucho más hondo de lo que supondrían algunos, un frío ultraterreno lo estremeció por vez primera. En sus sueños despuntó una pesadilla: no la mera perplejidad práctica de un enigma, sino todas esas dudas extrañas a la razón que atañen al espacio y al tiempo. Antes de que él pudiera hablar, Pond completó:

—Este atizador tiene diferente forma.

—¿Qué diablos me dice? —estalló Wotton al fin—. Han acordonado la estación; y en ella no hay nadie más que nosotros, a excepción de esa camarera

de la cantina. ¿No irá ahora a imaginarse que ella ha estado cambiando la decoración y los atizadores de todas las salas de espera?

—No —dijo Mr. Pond—. No he dicho que sea un atizador diferente. He dicho que el atizador tiene diferente forma.

Aún no había terminado de hablar cuando de un salto se retiró de la chimenea, dejando el atizador en el fuego, y corrió hasta la puerta, donde se paró atentamente a escuchar. También su compañero escuchó... e identificó como realidad objetiva, que no pesadilla, un ruido semejante a pisadas que se arrastraran por el andén. Pero cuando salieron precipitadamente al exterior, el andén apareció completamente desierto: ahora era un blanco y compacto manto de nieve; y poco a poco se dieron cuenta de que el ruido procedía de un nivel inferior. Al mirar a través del enrejado observaron que toda la estructura elevada del andén era intersecada, en determinado punto, por una pendiente de césped grisáceo y descolorido por el humo; miraron a tiempo de divisar una misteriosa figura flaca que trepaba por dicha pendiente y se metía gateando bajo la estructura del andén para salir al instante siguiente por el lado de la vía. Después subió tranquilamente al andén y aquí se quedó cual pasajero que aguardara su tren correspondiente.

Aparte que a efectos prácticos el extraño se había introducido ilegalmente en la estación, sorteando pronunciadísimas dificultades, la mente de Wotton, ahora rebotante de susceptibilidad, decidió de un solo vistazo que aquél no era hombre fiable<sup>[11]</sup>. Y lo curioso es que realmente tenía cierta pinta caballuna, con una larga cara equina y una extraña curvatura en la espalda; se lo veía atezado y macilento y sus hundidos ojos resultaban tan densas oquedades de sombras que casi era una sorpresa advertir que en el fondo brillaban unas pupilas. Vestía en el último extremo de la indigencia, con una larga gabardina raída y casi hecha andrajos; y ambos pensaron que jamás habían visto un semblante y una figura tan expresivos de desolación y sombría tragedia. A Wotton le pareció tener por vez primera una auténtica visión de esas simas donde la desesperación fragua los muchos movimientos revolucionarios contra los cuales era su deber luchar; pero, inevitablemente, su deber prevaleció.

Se aproximó al hombre y le preguntó quién y qué era y para qué había burlado de aquella manera el cordón policial. De momento el hombre pareció desechar las otras preguntas, pero en respuesta a qué era, su trágico rostro demacrado se movió y articuló una harto sorprendente respuesta.

—Soy un payaso —dijo con voz tristísima.

Ante tamaña respuesta Mr. Pond pareció sobresaltarse invadido por una índole de sorpresa enteramente novedosa. Hasta entonces había analizado problemas como quien se dedica al estudio de cosas que otros pueden juzgar sorprendentes pero que a él ya no lo sorprenden demasiado. Pero ante esto se le abrió irremisiblemente la boca, como se hace ante un milagro... o más bien, en un caso como éste, ante una casualidad. Acto seguido se operó en él otro cambio, aún menos elegante que el anterior. Sólo cabe decir que, si había empezado por quedar boquiabierto, acabó por reírse descomedidamente.

—¡Oh, Dios mío, es un comparsa! —exclamó, y otra vez semejó doblarse en una carcajada casi senil—. No pinta nada en nuestra intriga; pero es una maravillosa contribución a la pantomima. Siempre he pensado que los aciertos fundamentales de una pantomima no tienen nada que ver con el argumento.

Mas por el momento Sir Hubert Wotton no quiso saber nada de las fantasiosas rarezas de Mr. Pond... y menos aún de la más reciente y rara: la rareza de su regocijo. Ya había comenzado a interrogar policialmente al desconocido; y el desconocido lo informó con claridad lúgubre pero imperturbable. Según explicó, se apellidaba Hankin y era amenizador de eventos tanto públicos como privados;

que, por cierto, se alegraba mucho cuando podía divertir a alguien, dada la menesterosa condición de su nivel de vida. Para aquella noche había conseguido un encargo de actuar como payaso en una fiesta infantil, y había juzgado inaplazable coger un determinado tren; no lo había alegrado la notificación de los policías de la entrada al efecto de que el acceso a los trenes de pasajeros se reanudaría al cabo de una hora, pues ya sería demasiado tarde para llegar puntualmente a su destino; y eso lo haría perder los pocos chelines que iba a poder ganar desde hacía muchos meses. Había hecho lo que probablemente muchos otros habrían querido hacer si hubiesen poseído igual agilidad y audacia: se había metido en la estación por un punto no custodiado. Estas declaraciones fueron hechas con energía y sinceridad, y patentemente Pond las creyó; pero en Wotton aún no se habían apagado los rescoldos de una cierta suspicacia.

—He de solicitarle que nos acompañe a la sala de espera —dijo—. ¿Tiene usted algún modo de demostrar lo que ha dicho?

—No tengo mi tarjeta de visita —contestó el sombrío Mr. Hankin—. La perdí junto con mi Rolls-Royce y mi castillo escocés. Pero, si ustedes lo desean, véanme en mi deslumbrante y espléndido traje de etiqueta. Creo que eso los convencerá.

El hombre portaba una maltrecha y estrafalaria maleta, que arrastró hasta la sala de espera; y aquí, ante los atónitos ojos de Wotton, se despojó de la gabardina y habríase dicho que se quedó en una especie de traje circense blanco a no ser porque conservaba puestos los harapiientos zapatos y pantalones. Luego extrajo de su maleta una grotesca máscara blanca, de monstruosos ojos y burlona sonrisa, realzada por adornos rojos, y se la colocó. Y ahí, inconfundible e increíble, estaba el genuino Payaso de la inmemorial pantomima de que habían hablado.

—Entró por una trampilla del escenario, supongo que deberíamos decir —musitó el sobrecogido Pond—. Pero mi impresión es que nos ha llegado caído del cielo, igual que la nieve. El destino o las hadas han agregado este toque definitivo: obsérvese cómo gradualmente han construido en esta soledad que nos rodea todo el palacio de la pantomima; primero la chimenea crepitante y después la blanca nevada y ahora el insustituible «¿Cómo Están Ustedes?». ¡Vaya Navidad más cálida y dichosa! Gritos de júbilo de todos los pequeñuelos... ¡Oh, Santo Dios, qué espantoso es todo esto!

Su amigo lo miró y se llevó una nueva sorpresa al advertir que su barbado rostro, aunque conservara la traviesa sonrisa de su alborozo primero ante aquella

casualidad, sin embargo se había puesto enormemente pálido.

—Y lo más espantoso de todo —dijo Mr. Pond— es que voy a completar la caracterización de usted, señor.

Súbitamente rescató del fuego el atizador, cuya punta ya estaba al rojo vivo. Con mucha educación se lo entregó al Payaso.

—Acaso yo me asemejo a Pantaleón —dijo—, pero claramente esto le será más útil al Payaso. Esto es el atizador al rojo vivo con el cual hay que dejar fuera de combate al Policía.

Wotton asistía a una escena cuyo sentido ya se le había extraviado por entero; y, durante la pausa que siguió, afuera resonaron en el largo andén unos pasos decididos y enérgicos que cada vez se aproximaban más. En la puerta apareció la fornida figura del detective Dyer; y allí permaneció como petrificado ante lo que veía.

Wotton no se asombró de su asombro. Presumió que, tal como lo había sido el suyo propio, era un asombro ante la improcedente intrusión de aquella figura de pantomima. Pero Pond estaba más atento que él; y para Pond este instante fue corroboración de la creciente sospecha que durante los últimos minutos se había abierto paso en su ánimo. Nadie habría podido extrañarse de que Dyer mirara asombrado al

Payaso. Pero es que Dyer no miraba al Payaso. Y además Dyer no estaba meramente asombrado; acaso lo más asombroso era que no estaba exactamente asombrado. Únicamente miraba el atizador; y en él patentemente no veía nada gracioso. Sus facciones se crisparon por un terror y una furia casi demoníacos; y contempló el candente atizador de la pantomima casi como si se tratara de la espada flamígera de algún ángel acusador.

—Sí, es el atizador al rojo vivo —dijo Pond en voz queda y casi impostada— que se utiliza para hacer saltar al Policía.

El policía saltó: saltó tres pasos atrás y, en tanto retrocedía, sacó su gran revólver oficial y una y otra vez disparó contra Mr. Pond, haciendo temblar con el impacto de la descarga la delgada estructura que los cobijaba. La primera bala se incrustó en la pared a escasos centímetros de la cupulina frente de Mr. Pond; los siguientes cuatro tiros salieron más desviados, pues Wotton y el desconocido cobraron conciencia de la situación y se lanzaron sobre el aspirante a asesino, aferrándole la mano. Al final, consiguió zafársela y encañonar la pistola hacia sí mismo; su cuerpo se atiesó en los brazos de los otros dos; y Dyer, el funcionario policía, quedó muerto sobre el piso junto a las juguetonas llamas.



La explicación de los hechos fue ofrecida por Mr. Pond algún rato más tarde; pues su primera reacción tras la desgracia no le dejó tiempo para explicaciones. Algunos minutos antes, había estado consultando repetidamente el reloj de la sala de espera, pareciendo tranquilizado; pero nunca dejaba nada confiado al descuido. Salió flechado por la puerta, corrió por el andén y se metió en una cabina telefónica que ya había observado antes. Al colgar el auricular se enjugó la frente, a pesar del frío, pero con una sonrisa de cierto contenta en mitad de toda la tragedia. Su amigo le preguntó qué acababa de hacer y él se limitó a responderle:

—He facilitado por teléfono una descripción del embalaje. Ahora podemos estar tranquilos: lo retendrán.

—¿Dice usted embalaje? —preguntó Wotton—. Yo que pensaba que en nada se diferenciaba de los demás.

—Enseguida se lo explicaré pormenorizadamente —contestó Pond—. Ahora vamos a despedirnos educadamente del amenizador, que tan estupendamente nos ha servido. Creo que bien podíamos darle unas buenas cinco libras como gratificación.

Wotton era un perfecto caballero, en el más

generoso sentido de la palabra, conque gustosamente convino en ello; y, aunque para el hombre afligido de cara de caballo era difícil proferir algo más parecido a una risa que a un relincho, manifiestamente se alegró mucho por dentro y su demacrado rostro esbozó un conato de sonrisa. Después, a fin de rematar su día navideño en este singular escenario festivo, los dos amigos fueron a la incomparable cantina y pidieron dos jarras de cerveza... porque no tenían demasiadas ganas de calentarse las manos con el fuego de color rojo excesivamente sanguíneo que continuaba ardiendo en aquella siniestra sala de espera.

—Es increíble que haya usted pillado a Dyer —dijo Wotton—. En ningún momento yo sospeché de él.

—Tampoco yo —dijo Pond—, y fue él mismo quien se pilló, igual que fue él mismo quien se mató. Me parece que muchos maquinadores se pillan solos igual que él. Observe usted que virtualmente se encerró en una prisión queriendo evacuar y cerrar toda la estación para impresionarnos con su celo. Por cierto, yo habría debido adivinar un doble significado en sus propensiones dictatoriales y su tendencia a saltarse la Constitución: en aquel momento habló exactamente como nuestros enemigos y sus simpatizantes. Pero el quid es el siguiente. Yo

no pensaba especialmente en él; en ningún momento llegué a pensar en él hasta haberlo visto debatirse dentro del recinto o encierro práctico, como un rectángulo en geometría. Todo el rato yo no hacía sino cavilar sobre una cosa: ¿qué podrían ingeniar nuestros enemigos para sustraer o interceptar la caja ahora que se veían en la imposibilidad de arrebatársela con un ataque frontal o algún otro método demasiado ostensible? Cada vez estaba más convencido de que intentarían desviarla haciendo que su traslado por correo ordinario sirviera a sus propósitos y no a los nuestros. Por consiguiente hice advertir a las autoridades que retuvieran toda caja con dirección alterada; y luego me pregunté: ¿qué hará entonces nuestro adversario?, ¿qué puede hacer, encerrado en este enorme recinto, privado de todos los lujos y adelantos? Pero ¿se da usted cuenta de que ese mismo pensamiento hubo de insinuarme la pujante sospecha de quién era nuestro adversario?

»Sólo estaban presentes usted y Dyer cuando confesé haber telefoneado solicitando que fueran retenidos todos los envíos de dirección alterada. Sé que en un cuento policiaco la estación estaría infestada de espías invisibles, ocultos en la chimenea o dentro de los equipajes; pero en la vida real eso no es así. Nosotros oímos al único intruso mientras trepaba desde la calle hasta la estación. Recuerde

que, inmediatamente después de que yo revelara mi segunda precaución, Dyer se fue de la sala de espera con el pretexto de buscar algún sitio donde pudiéramos tomar algo; pero en realidad lo que quería era pasear a solas para pensar qué diantres podía hacer, pues estoy seguro que su plan era alterar la dirección, como yo inferí. En este lugar desnudo y yermo, ¿había alguna cosa que él pudiera emplear con ese propósito u otro similar? La había. Pero a mí no se me ocurrió cuál era hasta que retornamos a la sala de espera y casualmente miré el atizador. Advertí que estaba combado en un ángulo levemente distinto; eso sólo podía significar que lo habían puesto al rojo vivo y lo habían presionado quedando deformado cual una herradura en un yunque. Y entonces, claro está, comprendí que un atizador al rojo vivo servía tan bien como un lápiz o una pluma, o incluso mejor, para alterar la dirección en una caja de madera. Una pluma sólo podría tacharla; más un atizador podía borrarla chamuscándola. Manejado diestramente, un atizador podía borrar todo rastro de que previamente hubiera habido allí alguna etiqueta o escritura. Pero podía hacer aún mucho más. Los payasos no son los únicos artistas que manejan un atizador; existe el honrado gremio de los grabadores a fuego. Es facilísimo transformar toda la pinta de una blanca caja de madera de pino para que ya no sea

clasificada junto a las otras cajas de ese tipo: creando en sus aristas un reborde negro, adornándola con fiorituras, acaso obscureciéndola completamente. Luego, en un espacio libre que hubiese dejado sin ahumar, Dyer estamparía a fuego la dirección que se le antojara, toda en letras mayúsculas, con lo cual evitaría de paso todo peligro de que identificaran su caligrafía. El envío habría ido por correo ordinario a la nueva dirección, como si hubiera sido un embalaje distinto; y nuestro plan de mandarlo por correo ordinario habría fracasado ante nuestras mismísimas narices. En realidad, apenas he llegado a tiempo para describir el grabado a fuego de la caja y así hacer retenerla. Un rato antes aludí chistosamente a un lápiz rojo que hiciera trazos negros; pero en ese momento no había siquiera empezado a sospechar de Dyer; me abochorna reconocer que la sola persona de quien inicialmente sospeché fue su pobre secretario Franks, que es extraordinariamente inocente».

—¿Franks?! —Exclamó Wotton—. ¿Por qué diantres sospechó de él?

—Porque fui un asno —dijo Pond— y mucho más semejante a Pantaleón de lo que cabría creer. Franks es un hombre extraño; mas debí reflexionar que esa pinta atribulada suele ser antes indicio de exceso de conciencia que de falta de conciencia. Pero por lo que fui un pollino redomado fue por prestar atención

al sospechoso en vez de al detective. En ese momento, Dyer tenía la caja y la inspeccionaba muy detalladamente; y Franks, desde el rincón opuesto, debió de ver que, con mucho disimulo, le hacía una diminuta muesca... para conseguir identificarla más tarde. Franks estaba enterado de nuestro plan de la caja; y, al apercibirse de aquel acto tan rápido y furtivo, se intranquilizó y quedó receloso... y no me extraña. De hecho, Franks fue el verdadero detective y anduvo mucho más despierto que yo, que no sospeché de Dyer en lo más mínimo. No hasta que, como quien dice, lo vi como un ladrón en el terreno. En el terreno de la lógica, podríamos decir. — Carraspeó ligeramente—. Excuse mi débil juego de palabras.

—Vaya —dijo el capitán Gahagan, en cuanto Wotton le hubo narrado la historia—. En ese drama de ustedes mi personaje favorito es el Payaso. Es tan intrusivo. Yo me parezco a él. Soy tan intrusivo.

—Lo es —dijo Sir Hubert Wotton, y quiso volver a dedicarse a sus documentos.

—Me recuerda el Payaso en Shakespeare — perseveró Gahagan, impenitente—. En Shakespeare todo Payaso semeja figurar por casualidad, extraño al argumento, y no obstante funciona como el coro de las tragedias griegas. El Gracioso es como una fantástica lumbre juguetona que iluminara los

contornos y recodos de la sombría casa de la muerte. Al fin y a la postre quizá sí podemos vincular a Pond con Polonio. —Y continuó desarrollando su teoría sobre los bufones en Shakespeare, dramaturgo de quien era fervoroso admirador, con recitados de largos fragmentos de las obras aludidas, a la vieja usanza oratoria de los irlandeses, aportando no pequeña colaboración y agilización a los asuntos del departamento, a la sazón urgido por acuciantes problemas espinosos de quejas norteamericanas respecto del comercio con Vancouver.

## EL HOMBRE INDECIBLE

Mr. Pond estaba comiendo ostras, espectáculo solemne y edificante. A su amigo Wotton lo disgustaban las ostras: decía que era incapaz de verle sentido a gustar de algo que apenas si se puede degustar. De muchas cosas acostumbraba decir que era incapaz de verles sentido... y hacía oídos sordos a las ávidas preguntas de su amigo Gahagan sobre si quizá era capaz de verles el sinsentido. En Sir Hubert Wotton no había ningún sinsentido; pero sí lo había, y grande, en el capitán Gahagan. A Gahagan le gustaban las ostras, y sin embargo no cabía decir que las degustara, porque era individuo loco; y las torres de conchas que tenía delante patentizaban que se las había tragado con precipitación y despreocupación, como un simple *hors d'oeuvre*. Pero Mr. Pond



degustaba realmente las ostras: las contaba como si fuesen ovejitas y las paladeaba con el mayor esmero.

—Son relativamente pocos los que saben — comentó Gahagan— que en realidad Pond es una ostra. Su inalterable estilo o imagen es un trasunto de las ostras. Algunos naturalistas precipitados (básteme citar al impulsivo Pilk) repiten el dictamen de que Pond parece un pez. ¡Vaya un pez de cuidado! Han sido precisas las investigaciones de Nibbles, en su antológica obra *Pondus Ostroanthropus* o *Descubrimiento de la ostra humana*, para situar a nuestro amigo en el alto rango que legítimamente le corresponde dentro de la escala biológica. No los abrumaré con sus teorías. Pond tiene barba. Sólo él y la ostra desafían con tal ornamento este mundo de modas modernas. Cuando no quiere soltar prenda, se encierra en sí mismo como una ostra. Cuando nos convence de que nos traguemos algo, es tan sólo posteriormente (según hemos acordado muchas veces) cuando comprendemos qué monstruo de las profundidades hemos tragado. Pero, sobre todo, dentro de esta ostra hay paradojas... que son perlas que no tienen precio. —Y alzó su copa en dirección a Pond, cual si concluyera un discurso y propusiera un brindis.

Solemnemente Mr. Pond hizo una inclinación de cabeza y se comió otra ostra. Luego dijo:

—Lo cierto es que al mirar estas ostras, o mejor dicho las conchas de estas ostras, he recordado algo pertinente a nuestra conversación. Eso de deportar personas peligrosas, o siquiera sospechosas, suscita dificultades insólitas y desconcertantes. Recuerdo un ejemplo bastante singular en el que cierto gobierno hubo de considerar la deportación de un extranjero deseable...

—Supongo que quiere significar un extranjero indeseable —dijo Wotton. Discretamente el gacznate de Mr. Pond engulló otra ostra, y prosiguió:

—... la deportación de un extranjero deseable, y halló que eran de todo punto insalvables las dificultades. Le aseguro que acabo de describir esta situación tan rara con términos absolutamente exactos. Si cabe poner algo en entredicho, no sería tanto la palabra «deseable» cuanto la palabra «extranjero». Hasta cierto punto, se habría podido denominarlo un nativo muy deseable.

—¡Ostras! —exclamó mohíno Gahagan—. El Cerebro no puede alejarse de las ostras. Ciertamente son nativas muy deseables.

—Si no era muy deseable, por lo menos sí era muy buscado —continuó impertérrito Pond—. No, mi querido Gahagan, si digo «buscado», no es en el sentido de «buscado por la policía». A lo que me refiero es a que su persona era muy apreciada y

prácticamente todos deseaban que se quedara, y por eso saltó a la vista que debía marcharse. Él representaba algo que, sin ánimo de faltar, puedo llamar el deseo de todas las naciones... o lo que los poetas han calificado como el deseo del orbe. Y sin embargo no fue deportado. Aunque deseaban que se quedara, no lo expulsaron. Ésta es la única paradoja verdadera.

—Ah —dijo Wotton, perplejo—, ¿así que es una paradoja verdadera?

—Wotton, usted debe de recordar algo del caso —insistió Mr. Pond—. Ocurrió en la época en que fuimos juntos a París con motivo de aquel espinosísimo...

—Pond en París —musitó Gahagan—. Pond en su Juventud Pagana, cuando (como tan bellamente diría Swinburne) «el Amor era la perla de su ostra y Venus emanaba roja del vino».

—París pilla de camino a muchas otras capitales —repuso Pond con diplomática discreción—. Sea como fuere, no es inevitable precisar el escenario exacto de este pequeño incidente internacional. Suficiente es decir que era uno de esos numerosos países contemporáneos en que desde hace tiempo la república basada en principios representativos y democráticos ha reemplazado a alguna monarquía que de una u otra forma desapareciera en la vorágine

de todas las guerras y revoluciones modernas. Tal Estado, como muchos similares, no había visto resueltas todas sus calamidades con el advenimiento de la igualdad política... en un mundo hondamente agitado por cuestiones de igualdad económica. Cuando yo estuve allí, una huelga de transportes tenía paralizada la vida de la capital: acusaban al Gobierno de ser un pelele en manos de un millonario llamado Kramp, dueño de los servicios en huelga; y la crisis era tanto más preocupante cuanto que se afirmaba (por parte del Gobierno) que la huelga era encubiertamente dirigida por el famoso y temible activista Tarnowski, a veces apodado el Tigre de Tartaria, de quien se creía que, exilado de su patria eslava, fraguaba desestabilizaciones en Europa Occidental desde su ignorado escondrijo. — Seguidamente Mr. Pond pasó a narrar su pequeña anécdota, la cual, expurgada de las interrupciones de Gahagan y las no imprescindibles respuestas de Pond, fue substancialmente como sigue.

Pond se sentía solo en aquella capital extranjera, pues Wotton había seguido viaje para aquel otro cometido tan espinosísimo; y, como no disponía de amigos, Pond hubo de industriárselas haciendo unos pocos conocidos. Pero al menos hizo tres conocidos

que se revelaron asaz interesantes por causas diversas. El primer caso fue bastante vulgar, en apariencia: simplemente consistió en conversar con un librero que en conjunto semejaba un muy adocenado comerciante pero que estaba considerablemente versado en libros científicos de principios del siglo XVIII, y para Pond este periodo histórico constituía una pasión. Por lo demás el señor Huss resultaba sumamente *bourgeois*; vestía una gruesa levita y ostentaba largas patillas anticuadas que por debajo del mentón se coaligaban en una patriarcal barba.

Cuando salía de su tienda, cosa nada habitual, se ponía un fúnebre sombrero de catite. Los estudios científicos parecían haberle inculcado esa especie de inerte ateísmo tan respetable como deprimente; pero, fuera de ello, no mostraba nada que lo diferenciara de incontables tenderos europeos. El siguiente hombre con quien Pond entabló conversación, en un cafetín, era mucho más enérgico y expresivo y pertenecía a un mundo más joven. Pero asimismo era muy serio: un moreno joven apasionado, funcionario del Gobierno pero que realmente creía en el Gobierno... o por lo menos en los principios del Gobierno; pues era de esa clase de hombres que principalmente piensan en los principios. Condenaba la huelga y aun al sindicato: no porque fuese un

lechuguino, pues vivía tan modestamente como un obrero, sino porque sinceramente creía en la vieja teoría individualista de lo que él denominaba contrato libre. Esta tipología es casi desconocida en Inglaterra; tal teoría es más común en Estados Unidos. Pero nadie que observara la frente entre calva y arrugada que asomaba entre sus mechones de negros cabellos, y sus ojos tímidos aunque vivaces, podía dudar de que era persona de fanática buena fe. Se apellidaba Marcus, y tenía un cargo oficial subalterno en el que podía velar con convicción por los principios de la República sin ser admitido a sus Consejos supremos. Fue mientras charlaba en la terraza de un cafetín con este segundo conocido cuando Mr. Pond reparó en el tercero, que fue sobradamente el más extraordinario de los tres.

Este hombre era una especie de imán para la mirada; pronto Pond se percató de que ello era así con las miradas de todos y no sólo con la suya. Por una u otra razón, parecía que constantemente fluyera una corriente de simpatía hacia la mesita donde tal sujeto estaba sentado fumando un pitillo y sorbiendo un café solo con anís. En el instante en que Pond lo miró por vez primera, un grupo de jóvenes se disolvía después de un rato de chachara y risas: parecían haberse parado ante la mesa del sujeto exclusivamente por mor de su conversación. Al

instante una pandilla de rapazuelos corrigió su soledad y recibió los terrones de azúcar que no había echado en el café; luego se le acercó un obrero tosco y de aspecto rudo y le hizo compañía mucho más rato que todos los demás. Y, lo que es más llamativo, una dama de esa encopetada especie aristocrática que en estos países tan rara vez pisa la calle, llegó al extremo de descender de su carruaje para dedicarse a contemplar al extraño señor y luego tornó a montarse en su carruaje. Por sí solas estas cosas habrían bastado para que Pond mirara atentamente al sujeto de marras; pero lo cierto es que, sin saber muy bien por qué, ya desde un primer instante lo había mirado con gran curiosidad.

Llevaba un amplio sombrero blanco y un algo gastado traje azul oscuro; tenía nariz aquilina y pálida barba rubia arreglada en punta. Sus manos eran grandes y huesudas pero elegantes, y en una lucía un anillo con una gema de color regio, único detalle suntuoso en una figura por lo demás tirando a raída; y bajo la oscura sombra del blanco sombrero brillaban unos ojos tan azules como la propia gema. En su ubicación no había nada que trasluciese notoriedad: no estaba sentado en primera línea sino al fondo de la terraza del cafetín, bajo una enredadera y una escalera de incendios. A despecho de los pequeños gentíos que se arracimaban en tomo

a él, durante los intervalos se le echaba de ver un extraño aspecto de preferir estar solo. Pond haría muchas indagaciones, entonces y después, respecto de su nombre; mas no alcanzaría a saber nada excepto que comúnmente lo llamaban señor Louis; pero jamás quedó demasiado claro si se trataba de su verdadero apellido o la adopción de algún apellido extranjero o si su extraña y llamativa popularidad movía a todo el mundo a llamarlo por su nombre de pila.

—Marcus —le dijo Mr. Pond a su joven acompañador—, ¿quién es ese hombre?

—Todos lo conocen pero nadie sabe quién es —respondió Marcus con voz algo crispada—. Pero que me aspen si no lo averiguo.

Al tiempo que hablaba, repartidores del periódico revolucionario, editado por los huelguistas y notorio por ir impreso en papel vividamente rojo, empezaron a distribuirlo entre un considerable número de clientes del cafetín: una masa negra que de esta traza quedó raudamente punteada de manchas de color rojo sanguíneo. Algunos, cierto es, hojearon el periódico sólo para mofarse de él; otros lo hojearon con una curiosidad más imparcial; acaso sólo unos pocos lo hicieron con el respeto de una solidaridad auténtica. Entre quienes lo leyeron con desapego, aunque al parecer no con resuelta desaprobación,



estuvo el barbado señor del anillo azul: el señor Louis.

—Bueno —dijo Marcus, fruncido el entrecejo—, hacen bien en repartirlo. Es la última oportunidad que tienen, creo.

—Caramba, ¿qué quiere usted decir? —inquirió Pond.

La frente de Marcus se tornó aún más arrugada y cejijunta; a la postre declaró en tono seco y un poco malgenioso:

—Me considero obligado a decir que no soy partidario de la medida. No entiendo cómo la República puede conciliar sus principios liberales con la represión de la libertad de prensa. Pero van a clausurar ese periódico. Han sido sumamente hostigados. No creo que al presidente del Gobierno le agrade del todo la decisión; pero el ministro de Interior es un pequeño energúmeno y por lo general se sale con la suya. Comoquiera que sea, mañana la policía allanará la redacción del periódico; conque probablemente éste sea el último número.

El señor Marcus se reveló todo un profeta, en lo atañadero a la situación general al día siguiente.

Por lo visto se imprimió otro número más, pero aunque llegó a la calle no fue distribuido con buen éxito: por doquier la policía incautaba todos los ejemplares; y la *bourgeoisie* de traje negro que se

sentaba en la terraza del cafetín no incurrió en la indisciplina de las manchas de tonalidades sanguíneas... salvo en un rincón, bajo la escalera de incendios y la enredadera, donde con completa indiferencia a los acontecimientos el señor Louis leía su ejemplar de la sangrante publicación. Algunos de quienes lo circundaban lo miraron con cierta censura; en especial Pond advirtió que desde una mesa próxima el señor Huss, el librero, con su negro sombrero de catite y sus blancas patillas, miraba con erizada suspicacia al lector del rojo periódico.

Marcus y Pond se instalaron en su mesa del día anterior; y, mientras tomaban asiento, apareció a paso muy ligero un contingente policial, que patrullaba las calles. En cabeza marchaba, con aún más furiosa celeridad, un hombre bajito, rechoncho, de arrogantes bigotes, que ostentaba una insignia oficial y blandía un paraguas como si de un sable se tratara. No era otro que el eminente y muy militante licenciado Koch, ministro de Interior; había supervisado el allanamiento policial, y al instante su activa mirada detectó la sola mancha roja en el rincón de la concurrida terraza. Se plantó ante el señor Louis; y vociferó al modo de un desfile:

—Está prohibido leer ese periódico. Contiene una clara incitación al delito.

—Y dígame —preguntó el señor Louis

educadamente—, ¿cómo podría darme cuenta de tan deplorable circunstancia si antes no lo leo?

Algo en ese tono cortés pareció, por alguna extraña razón, provocar que el ministro de Interior montara en cólera, como suele decirse. Apuntando el paraguas hacia el hombre del cafetín, gritó con sañuda claridad:

—Usted podría ser detenido, podría ser deportado; y muy bien sabe por qué. No por todas estas sanguinarias paparruchas. No necesita usted este periodicucho rojo para quedar expulsado de entre los ciudadanos decentes.

—Ya que mis pecados son tan rojos —dijo el otro, haciendo una gentil inclinación de cabeza—, el escándalo de mi presencia aquí se vuelve intolerablemente escandaloso. Así, pues, ¿por qué no me detienen ustedes?

—Ya verá si lo detenemos o no —dijo el ministro, rechinando los dientes—. En todo caso, usted no nos detendrá a nosotros: no frenará la evolución entera de la sociedad con tretas como ésa. ¿Usted cree que vamos a permitir que un sucio clavito rojo de herrumbre, interpuesto en el camino, reviente todas las ruedas del progreso?

—Y ¿usted cree —replicó severamente el otro— que alguna vez todas las ruedas de lo que usted entiende por progreso han hecho otra cosa que

aplastar a los pobres? Bien; no tengo el honor de ser uno de los ciudadanos de su Estado, uno de esos ciudadanos felices, joviales, ricos, rollizos, que se pueden ver a millones por la calle y que ustedes pretenden exterminar de hambre. Pero tampoco soy súbdito de ningún Estado extranjero; y hallaría usted dificultades especialísimas para deportarme a mi país de origen.

El ministro dio un rabioso paso adelante; pero se detuvo. Luego se alejó atusándose los bigotes, cual si de repente hubiera olvidado la existencia misma del otro; y reanudó la marcha policial.

—Aquí parece haber un par de misterios —le dijo Mr. Pond a su amigo—. Primero: ¿por qué podrían deportarlo? Segundo: ¿por qué no podrían deportarlo?

—No sé —dijo Marcus, y se levantó rígido y ceñudo.

—Así y todo —dijo Mr. Pond—, comienzo a hacerme una idea de quién puede ser ese hombre.

—Ya —dijo Marcus lóbregamente—; y yo comienzo a hacerme una idea de qué puede ser ese hombre. Una idea nada lisonjera. —Y bruscamente se fue de la mesa y se alejó solitario por la calle.

Mr. Pond permaneció sentado, en estado de profunda meditación. Pasados unos minutos se incorporó y se encaminó hacia la mesa donde estaba

sentado su amigo librero, el excelente Huss, todavía con algo recelosa majestuosidad.

Mientras atravesaba el atestado *trottoir*, se desató un clamor a sus espaldas, en la calle que se inundaba de crepúsculo; y observó que la gran multitud grisácea de los huelguistas marchaba por el mismo recorrido de la policía que acababa de clausurar su redacción. Pero la causa del griterío era más especial y aun personal. Los ojos socarrones de aquella famélica muchedumbre habían avizorado todo el negro y decoroso grupo de personas respetables en la terraza del cafetín y habían reparado en la general ausencia del periódico prohibido; de repente habían divisado la familiar llamarada roja de sus desplegadas páginas en manos del señor Louis, quien no había dejado de leerlas con imperturbable serenidad. Todos los huelguistas habían hecho un alto y vitoreaban cual un ejército; y un gran clamor, que pareció hacer vibrar las farolas y los árboles, se alzaba en loor del único hombre que permanecía fiel a las hojas rojas. El señor Louis se levantó e hizo una elegante reverencia a la multitud que lo aplaudía. Mr. Pond tomó asiento junto a su amigo el librero y escudriñó con atención su patilludo semblante.

—Vaya —dijo Mr. Pond—, da la sensación de que muy pronto ese sujeto podría ser líder del partido

revolucionario.

En el señor Huss este comentario produjo un efecto asaz extraño; se sobresaltó y dijo consternado:

—¡Ni hablar! —Controló sus facciones y luego espetó una serie de aseveraciones breves con exagerada escrupulosidad—: Como soy miembro de la *bourgeoisie*, siempre me he declarado apolítico. No he tomado partido en ninguna lucha de clases que se desarrolle en nuestro momento histórico. No tengo motivo para identificarme ni con las reivindicaciones del proletariado ni con la fase actual del capitalismo.

—Ah —dijo Mr. Pond; y en su mirada alboreó cierta percatación. Luego de un instante dijo—: Sinceramente le ruego que disculpe mi anterior comentario, amigo mío. No sabía que usted fuera comunista.

—Yo no he confesado nada semejante —se defendió Huss nerviosamente; después agregó de improviso—: Dígame quién me ha delatado.

—Lo ha delatado su propia forma de hablar, como al galileo —dijo Pond—. Cada agrupación tiene su jerga. Cabe descubrir que alguien es budista por su modo de negar ser budista. No es asunto mío; y no se lo contaré a nadie, si así lo prefiere usted. Únicamente me aventuraba a decir que nuestro amigo de ahí parece resultar muy popular entre los huelguistas y podría liderar el movimiento.

—No, no y no —se acaloró Huss, dando un puñetazo en la mesa—. ¡Jamás, jamás liderará nuestro movimiento! ¡Hágase cargo! Somos un movimiento cientificista, no moralista. Hemos roto con las ideas *bourgeoises* sobre lo bueno y lo malo. Somos *Realpolitik*. Sólo es bueno lo que ayude al programa de Marx. Sólo es malo lo que estorbe al programa de Marx. Pero todo tiene un límite. Hay nombres tan infames, personas tan infames, que nunca podrían ser admitidas en el Partido.

—Lo que usted me sugiere es que hay alguien tan inicuo que incluso ha conseguido reactivar la latente conciencia moral de un librero bolchevista —dijo Pond—. Caramba, ¿qué ha hecho ese sujeto?

—No es cuestión de lo que haga sino de quién sea —dijo el señor Huss.

—Es curioso que diga usted eso —dijo Pond—. Pues yo acabo de formarme cierta conjetura sobre quién es ese sujeto.

Sacó del bolsillo de la chaqueta un recorte de periódico y se lo enseñó al otro, comentando de improviso:

—Observe que se especula que últimamente el activista Tarnowski está no ya en este país sino en esta capital, organizando huelgas y revueltas. Pues bien, nuestro amigo del sombrero blanco se me antoja hombre experimentado en esas lides.

Huss siguió tamborileando sobre la mesa y masculló lóbregamente:

—Jamás, jamás será él el líder.

—Pero ¿y si ya es el líder? —dijo Pond—. Salta a la vista que en él hay una especie de hábito de autoridad, una especie de costumbre de mandar. ¿Acaso no está comportándose tal como seguramente lo haría Tarnowski el Tigre?

Tal vez Mr. Pond esperaba asombrar al librero; pero el asombrado resultó ser Mr. Pond. El efecto sobre el librero fue de una categoría para la cual la palabra asombro constituiría una denominación cómicamente impropia. El señor Huss se atiesó y quedó tan inmóvil como un ídolo pétreo; pero era terrorífico el cambio que se había operado en el rostro de la imagen tallada. Evocaba alguna historia pesadillesca de un hombre sentado a una mesa solitaria que descubriera estar cenando con el Diablo.

—¡Santo Dios —dijo el ateo finalmente, con voz sofocada, ronca, estridente casi—, conque usted cree que *él* es Tarnowski! —Y, tras esto, repentinamente el librero de sombrero de catite estalló en retumbantes carcajadas, semejantes a cavernosos aullidos de lechuza, agudas y monocordes y en descontrolada sucesión aparentemente inacabable.

—Pero bueno —intervino Pond, con algo de



exasperación—, ¿cómo puede estar usted tan seguro de que no es Tarnowski?

—Pues porque Tarnowski soy yo —dijo el librero, reportándose de súbito—. Usted niega ser un espía. Pero puede delatarme si lo desea.

—Le aseguro a vucencia —dijo Mr. Pond— que no soy un espía ni, lo que sería peor, un chismoso. Soy sólo un turista que no es hablador y un viajero que no propaga habladurías sobre compañeros de viaje. Además, estoy en deuda con vucencia por haber enriquecido mi espíritu con un principio fundamental. Jamás lo había visto con tal claridad. Los hombres siempre revelan exactamente sus propósitos... pero sobre todo cuando los ocultan.

—Eso —comentó el otro con gutural cachaza— es lo que creo que suele denominarse una paradoja.

—Oh, no diga usted tal cosa —refunfuñó Mr. Pond—. Lo mismo dicen todos en Inglaterra. Y no tengo ni la más remota idea de qué se proponen exactamente cuándo lo dicen.

«Pero, en tal caso —se decía Mr. Pond—, ¿quién diantre es el hombre del sombrero blanco? ¿Qué delito ha cometido? ¿Cuál será el delito por el que podrían detenerlo o deportarlo? O, si no, ¿cuál será el delito por el que no podrían detenerlo o

deportarlo?»).

Lucía un rato de espléndido sol, al día siguiente, cuando Mr. Pond se sentó en su mesita del cafetín rumiando las renovadas complicaciones del enigma. El sol infundía una especie de alegría dorada al escenario que últimamente había parecido algo sombrío, o aun negro, inyectado en sangre por las apariciones de la publicación bolchevista. Al menos desde una perspectiva social, semejaba haberse producido un claro en la tormenta, la de los huelguistas si no la de la huelga; la amenaza de disturbios había sido neutralizada por eficaces contramaniobras; y de trecho en trecho se veían policías vigilando la calle; pero bajo el apacible sol parecían tan inofensivos como árboles de juguete o farolas dibujadas. Mr. Pond experimentó un irracional resurgimiento de esa imprecisa euforia que a veces un inglés siente por el mero hecho de hallarse en el extranjero; el aroma del café francés lo influía como a otros lo influye la fragancia de los campos de heno o la del mar. De nuevo el señor Louis practicaba su amable afición a regalar terrones a los *gamins*; y la forma misma de estos oblongos bloques de azúcar de remolacha deleitaba también a Mr. Pond. Tuvo la nebulosa sensación de contemplar la escena con la mirada de uno de aquellos niños. Inclusive los *gendarmes* apostados a lo largo de la

acera lo divertían de un modo cabalmente infantil, cual muñecos o títeres en alguna deliciosa función de guiñol: sus sombreros tricornos le evocaban vagamente los alguaciles de una de tales funciones. En medio de toda esta comedia colorista apareció la envarada figura del señor Marcus, con un semblante que vividamente proclamaba que este puritano de la política no estaba para funciones de guiñol. Clavando la mirada en Pond con una especie de arrebató reprimido, tomó asiento diciéndole:

—Pues bien, creo que me había formado una acertadísima conjetura sobre *él*.

Pond lo interrogó educadamente; pero la respuesta fue una carcajada inesperadamente desagradable y sardónica.

—¿Qué índole de hombre es —planteó Marcus— el que en todas partes se ve recibido con reverencias y sonrisas? ¿Qué índole de hombre es aquél con quien todos se muestran siempre tan deferentes y corteses? ¿Qué generoso Amigo del Pueblo? ¿Qué santo Padre de los Pobres? ¡Deportarlo! A fulanos así deberían ahorcarlos.

—Mucho me temo que sigo sin comprender nada —repuso Pond suavemente— excepto que por alguna razón es imposible siquiera deportarlo.

—Parece muy patriarcal, ¿verdad?, ahí sentado al sol y jugando con los niños. Pero anoche había más

oscuridad y lo sorprendí en asuntos más oscuros. Escuche esto, antes que nada. Fue ayer al anoecer, tras completarse el crepúsculo; y, hecha salvedad de mí, él estaba solo en esta terraza; no creo que me viera; pero dudo que le hubiese importado. Llegó un carruaje negro con las cortinas echadas; y descendió aquella aristócrata a quien ya vimos en una ocasión: una dama muy encumbrada, estoy seguro, aunque imagino que no tan rica como antaño. Celebró una conversación con ese hombre, durante la cual llegó a ponerse de rodillas en la embarrada acera, como suplicándole; y él continuó sentado sonriendo. ¿Qué índole de hombre es el que ve a una mujer humillarse ante él y se limita a sonreír como un chacal sin siquiera quitarse el sombrero? ¿Qué índole de hombre es el que puede hacer de sultán en sociedad, con la certeza de que todos habrán de sonreírle cumplidamente? Sólo un delincuente de la más vil estofa.

—Hablando en plata —dijo Mr. Pond—, quiere usted decir que deberían detenerlo porque es un chantajista. Asimismo quiere usted decir que no pueden detenerlo porque es un chantajista.

Inesperadamente la rabia de Marcus pareció teñirse de una especie de turbación, que casi llegó a la vergüenza y lo hizo bajar la mirada ceñudamente.

—Sin duda acaba usted de caer en la cuenta —

siguió Pond benignamente— de que mi segunda inferencia trae consigo algunas implicaciones bastante desagradables... en especial, si me permite decirlo, para un hombre en su posición.

Marcus continuó sumido en un silencio mezclado de ira; luego espetó finalmente con violencia, como perdido el dominio de sí mismo:

—Le juro que el presidente del Gobierno es cabalmente honrado.

—Creo —dijo Mr. Pond— no haberlo agasajado con ninguna acusación contra el presidente del Gobierno.

—Y me es imposible creer que el licenciadito esté realmente corrompido —insistió Marcus exaltadamente—. Siempre he pensado que es precisamente su integridad lo que lo ha vuelto despiadado y prepotente. Es precisamente el empeño por seguir siendo recto en medio de toda esta...

—Toda esta ¿qué? —preguntó Mr. Pond.

Con un brusco ademán del brazo Marcus se revolvió en su asiento, diciendo:

—Oh, usted no podría entenderlo.

—Todo lo contrario —repuso Pond—. Creo entenderlo perfectamente.

Se produjo un silencio opresivo, y al fin Pond completó:

—Entiendo la penosa realidad de que usted sí

que es una persona cabalmente honrada e idealista y su propio dilema es extraordinariamente difícil de resolver. Le aseguro que soy del todo incapaz de reprochárselo. Fue a la República, a la idea de igualdad y justicia, a lo que juró lealtad; y a eso sí ha permanecido leal.

—Mejor será que diga claramente lo que piensa —dijo Marcus con lobreguez—. Usted pretende significar que en realidad soy servidor de una mera banda de pillos a quienes cualquier canalla puede extorsionar.

—No, por ahora no he de pedirle que admita tal cosa —replicó Pond—. Lo que ahora querría es hacerle una pregunta asaz distinta. ¿Es usted incapaz de imaginar un hombre que se solidarice con los huelguistas o inclusive sea un socialista sincero?

—Vaya —contestó Marcus, luego de un arranque de meditación—, supongo que cabe imaginarlo. Me figuro que semejante hombre no carecería totalmente de razón al propugnar que, como la República se basa en el Contrato Social, no le está vedado suprimir el contrato libre.

—Gracias —dijo Mr. Pond con agrado—, precisamente eso es lo que deseaba: una capital aportación a la Ley Pond de las Paradojas, si puede perdonármeme que me exprese con tamaño desenfado. Y ahora vamos a hablar con el señor Louis.

Se incorporó ante el pasmado funcionario, que manifiestamente no tuvo más remedio que seguir su veloz itinerario a través de la terraza. Unos vivaces jóvenes habladores se despedían del señor Louis, que cortésmente invitó a los recién llegados a ocupar los vacíos asientos, a la par que comentaba algo sobre «mis jóvenes amigos que con frecuencia amenizan mi soledad con sus opiniones algo socialistas».

—Yo no estaría muy de acuerdo con sus jóvenes amigos —dijo Marcus con sequedad—; soy tan antiguo que creo en el contrato libre.

—Yo, como soy aún más viejo, acaso creo aún más en él —repuso risueño el señor Louis—. Pero a buen seguro hay un viejísimo principio básico según el cual un contrato leonino no es un contrato libre. Y es hipocresía fingir que un contrato entre un hombre hambriento y un hombre dueño de toda la comida puede ser otra cosa que un contrato leonino. —Alzó la mirada hacia la escalera de incendios, que ascendía hasta el balcón de una buhardilla muy alta—. Yo vivo en esa buhardilla... o, mejor dicho, en ese balcón. Si me caigo de mi balcón y me agarro de un clavo, tan alejado de los peldaños que el propietario de una cuerda pudiera proponerme rescatarme a cambio de cien millones de francos, moralmente yo estaría autorizadísimo a servirme de

la cuerda y luego decirle que se fuera al Infierno a por sus cien millones. En rigor de verdad, el Infierno no es ajeno a la cuestión; pues es un pecado de injusticia sacar provecho del desesperado. Ahora bien, todos estos obreros están desesperados; se agarran a un clavo ardiendo. Como no negocien colectivamente, no pueden negociar nada. En realidad usted no apoya ningún contrato: se opone a todo contrato, porque lo que usted defiende no es un verdadero contrato.

Mientras el humo de su pitillo subía hacia el balcón, la mirada de Mr. Pond lo siguió y observó que el balcón estaba provisto de algo así como un camastro, un biombo y un espejo viejo, todo muy estropeado. El único otro objeto visible era una antigua espada polvorienta de empuñadura en cruz, digna de un anticuario. Con bastante curiosidad Mr. Pond se fijó en este último objeto.

—Por favor, permítanme que los convide —dijo el señor Louis afablemente—. Tal vez les apetezca un cóctel o cosa por el estilo; yo me acabaré mi anís.

Mientras interpelaba al camarero, sonó un tiro en el cafetín y el vasito que tenía delante quedó reducido a un reguero de esquirlas. La bala que desparramó la consumición pasó a menos de medio metro de su consumidor. Alarmado, Marcus miró en torno; el cafetín estaba desierto, pues ya era algo



tarde: a la vista no había más figura que la corpulenta espalda del *gendarme* que vigilaba afuera. Pero Marcus palideció de espanto... pues el señor Louis hizo un insólito gesto que, comoquiera que se mirase, sólo podía significar que era el propio policía quien por un instante se había dado media vuelta para disparar.

—Ha sido un pequeño recordativo, tal vez, de que ya es hora de irme a dormir —dijo jovialmente el señor Louis—. Subo por la escalera de incendios y duermo en el balcón. Los médicos creen mucho en las virtudes del aire libre. Además, desde siempre mi familia se ha acostado en público; tantos vagabundos lo hacen, ¿no es así? Buenas noches, caballeros.

Trepó ágilmente por la escalera de hierro y, una vez en el balcón, ante la atónita mirada de los otros dos, comenzó a vestirse un abrigado pijama y a prepararse para el sueño.

—Pond —dijo Marcus—, estamos en una pesadilla de sinsentidos.

—No —replicó Pond—, por primera vez esto empieza a adquirir sentido. He sido estúpido; pero por fin empiezo a discernir lo que hay por medio.

Luego de ponderar unos instantes, presentó una petición de excusas:

—Discúlpeme que nuevamente tome pie en esa chistosa alusión que un rato antes hice a la Ley de

Pond. Creo haber descubierto un útilísimo principio. Es el siguiente. Por diversas razones los hombres pueden disputar por ideas que no sean realmente suyas: como diversión en un concurso de carteles, o por obligación del deber profesional, como un abogado, o simplemente para exagerar algo que está desatendido y que precisa ser subrayado... y así hasta llegar a quienes lo hacen por hipocresía o por lucro. Un hombre puede disputar *por* ideas que no sean suyas. Mas no puede disputar *desde* ideas que no sean suyas: las ideas esenciales que asume, aunque sea para luego ejercer de sofista o abogado, probablemente seguirán siendo sus personales e intransferibles principios rectores. Lo delatará su forma misma de hablar. Sé de un librero bolchevista que decía ser un *bourgeois*; pero hablaba como un bolchevista acerca de los *bourgeois*. Utilizaba expresiones como proletariado y lucha de clases. Usted, por su parte, ha tratado de ponerse en el lugar de un socialista; pero en ese momento no habló como un socialista. Habló del Contrato Social, como el bueno de Rousseau. Y nuestro amigo el señor Louis ha expresado su solidaridad con los huelguistas y aun los socialistas. Pero ha utilizado la más vieja y tradicional de todas las argumentaciones, más vieja que el Derecho Romano. La idea del contrato leonino es tan antigua como el león y muchísimo más antigua

que León XIII [12]. Así, pues, ese hombre emblematiza algo más antiguo que Rousseau o la revolución. Me bastó oírle cinco palabras para saber que no es el típico canalla chantajista de las novelas románticas; bien que sí es romántico. Y podrían detenerlo legalmente... pero sólo por un delito singularísimo. Y, sin embargo, no podrían detenerlo. Sólo pueden asesinarlo.

»La sospecha de chantaje se basa en una escena en que una dama se le arrodilló en plena calle. Con fundamento pensó usted que las aristócratas de este país tienen siempre tan presente la formalidad y el decoro, que jamás harían tal cosa salvo movidas por un exceso de angustia y desesperación. Pero no se le ocurrió que, a lo mejor, tan sólo lo hacía movida por un exceso de formalidad y decoro».

Marcus balbució con lentitud:

—¿Qué diantres...?

Pero Mr. Pond lo interrumpió con celeridad:

—Y además está la espada. ¿Para qué es esa espada? Sería absurdo decir que le sirve para luchar: a ese hombre una espada medieval no le valdría de nada contra hombres que le disparan con pistolas. Si fuese para batirse en duelo tendría una espada de duelos... o más bien dos y en un estuche. ¿Qué otra cosa puede hacerse con una espada? Vaya, puede uno tragársela; y realmente llegué a tener la ocurrencia de

que ese hombre fuera un faquir circense. Pero es demasiado descomunal para tragársela, lo mismo la espada que la ocurrencia. *¿Qué puede* hacerse con una espada y que no pueda hacerse con lanza o fusil o hacha? ¿Ha oído usted hablar de la ceremonia de la Acolada? En un remoto pasado cualquier caballero podía armar caballero<sup>[13]</sup> a otro hombre; pero según los usos modernos eso sólo puede hacerlo...

—Sólo puede hacerlo... —Principió Marcus, cuyos ojos se le abrieron de pasmo.

—... Un rey —dijo Pond.

Y ante esta palabra el joven republicano se erizó sobresaltado.

—Sí —explicó Pond—, el Rey ha regresado subrepticamente. No tiene usted la culpa. Las repúblicas podrían ser excelentes si todos los republicanos fuesen tan honrados como usted; pero usted mismo me ha confesado que no todos lo son... y a eso aludía ese hombre cuando habló de acostarse en público. Sabrá usted que los antiguos reyes lo hacían literalmente. Pero tiene otro motivo. Sólo siente un temor verdadero: que puedan deportarlo clandestinamente. Técnicamente podrían deportarlo, claro está: en todas estas repúblicas hay leyes contra quienes publicitan activamente la monarquía y permanecen en el país. Pero si intentasen deportarlo públicamente, él revelaría su identidad y...

—¿Por qué no iban a deportar públicamente al Rey? —preguntó con explosividad el republicano.

—Los políticos no entienden de casi nada; pero los políticos sí entienden de política —dijo meditabundo Pond—. Quiero decir que sí entienden de los efectos *inmediatos* sobre los sentimientos de las multitudes. De uno u otro modo ese hombre ha conseguido entrar en el país y despertar una corriente de simpatía popular antes de que casi nadie sepa siquiera quién es. Como ya es popular, no hay alternativa para el Gobierno. ¿Cómo iba el Gobierno a anunciar: «Sí, es popular; está de parte del pueblo y de los pobres; los jóvenes aceptan su liderazgo; pero es el Rey y por lo tanto debe marcharse»? Muy bien saben cuan peligrosamente dispuesto estaría todo el pueblo a replicar: «No, es el Rey y por Dios que habrá de quedarse».

Mr. Pond narró esta historia con extensión algo más prolija pero con dicción mucho más clasicista; y casualmente la concluyó a la par que las ostras. Pensativamente contempló las conchas vacías y agregó:

—Seguramente recordarán ustedes el sentido del término ostracismo. Significaba, en la antigua Atenas, que a veces un hombre era desterrado sólo por ser

importante; y los votos se contabilizaban mediante conchas de ostras. En nuestro caso aquel hombre habría podido ser desterrado por ser importante; pero era tan importantísimo que a nadie podía revelársele su importancia.

## ANILLO DE ENAMORADOS

—Como ya he dicho alguna vez —observó Mr. Pond, hacia el final de una de sus lúcidas pero más bien prolijas parrafadas—, nuestro amigo Gahagan aquí presente es hombre veracísimo porque dice mentiras desmesuradas e imprudentes. Pero tamaña veracidad...

El capitán Gahagan meneó la enguantada mano como para dar a entender que de buen grado aceptaba cuanto los demás dijese sobre él; llevaba una flor especialmente fogosa en el ojal y parecía inusitadamente contento. Pero Sir Hubert Wotton, el tercer miembro de la íntima reunión, reaccionó. Pues él sí seguía el flujo oral con infatigable atención exhaustiva, en tanto Gahagan, aunque alegre, semejaba un tanto distraído; y aquellas abruptas

absurdidades siempre hacían reaccionar a Sir Hubert.

—Repita eso —dijo, no sin sarcasmo.

—Pues está bien claro —alegó Mr. Pond—. Un verdadero mentiroso no dice mentiras desmesuradas e imprudentes. Dice mentiras calculadas y prudentes. A Gahagan no le hacía ninguna falta contarnos, en cierta ocasión, que había visto no ya una serpiente marina sino nada menos que seis, cada una más gigantesca que la anterior; y menos aún participarnos que cada reptil fue comiéndose entero al que lo antecedía; y que el último de ellos ya parecía abrir las fauces para tragarse también el barco en que viajaba Gahagan, cuando éste comprendió que sólo se trataba de un bostezo tras una cena tan pesada, y súbitamente el monstruo se echó a dormir. No me extenderé sobre la matemática simetría con que acto seguido bostezó cada serpiente dentro de cada serpiente y con que se echó a dormir cada serpiente dentro de cada serpiente, excepto la menor, que, como no había podido tomar nada, hubo de escaparse en busca de algún alimento. A Gahagan no le hacía ninguna falta, digo, contar eso. Ni siquiera fue prudente por su parte. Era improbableísimo que con semejante cuento mejorasen sus expectativas mundanas o se hiciera acreedor a recompensas o galardones a la investigación científica. El mundo científico oficial, no sé muy bien por qué, alberga



prejuicios contra cualquier historia que incluya una sola serpiente marina, conque tanto menos probable era que hubiese aceptado la narración en la forma en que nos fue ofrecida.

»E, igualmente, hubo otra ocasión en que el capitán Gahagan nos contó que había sido misionero de la iglesia liberal y había predicado con entusiasmo en los púlpitos no conformistas, y luego en las mezquitas musulmanas, y también en los monasterios del Tíbet, pero que por quienes se vio más calurosamente acogido fue por una mística secta de teístas de aquellas regiones, gentes en estado de intensa exaltación espiritual que lo adoraron como a un dios hasta que se percató de que practicaban sacrificios humanos y él iba a ser la víctima. También este cuento fue del todo imprudente. Haber sido pastor latitudinario no puede hacerlo progresar mucho en su presente oficio, ni recomendarlo para sus futuras aspiraciones. Sospecho que en parte la narración fue una parábola o una alegoría. Pero de todos modos era asaz desmesurada, luego manifiestamente falsa. Y cuando algo es manifiestamente falso, manifiestamente no es una mentira».

—¿Y si yo les contara —dijo Gahagan inopinadamente— algo estrictamente cierto?

—Me inspiraría grandes dudas —dijo Wotton

austeramente.

—Lo que usted quiere decir es que seguiría pensando que novelo. Pero ¿por qué? —Porque su historia se parecería demasiado a una novela— contestó Wotton.

—Pero ¿no cree usted —preguntó meditabundo el capitán— que a veces la vida real se parece a una novela?

—Creo —repuso Wotton, con cierta perspicacia genuina que llevaba en lo más hondo— que siempre me sería posible señalar atinadamente la diferencia.

—Tiene usted razón —terció Pond—; y se me antoja que la diferencia es la siguiente. La vida es artística a trozos, pero no globalmente; es como si estuviese hecha a base de coser fragmentos separados de obras de arte distintas. Cuando todo está ensamblado, si todo armoniza perfectamente desconfiamos. Quizá yo podría llegar a creerme que Gahagan vio seis serpientes marinas... pero no que cada una fuera sucesivamente mayor que la anterior. Si hubiese dicho que apareció una serpiente grande y luego una más pequeña y luego una más grande, habría podido embaucarnos. Muchas veces decimos que determinada situación real es como una novela; pero jamás concluye como una novela o, al menos, no como una misma novela.

—Pond —dijo Gahagan—, a veces pienso que

secretamente es usted inspirado, o poseído, por algún diablo. Es gracioso que haya usted dicho eso, porque mi anécdota fue exactamente así. Con esta matización: cada melodrama familiar se interrumpió... para dar paso a un melodrama sucesivamente más sombrío o a toda una tragedia. Una y otra vez, mientras duró aquello, creí encontrarme en un relato literario... que una y otra vez se trocaba en otro relato distinto. Como un cuadro que se disuelve, o una pesadilla. Especialmente una pesadilla.

—¿Por qué especialmente? —preguntó Wotton.

—Porque fue una historia espeluznante —dijo Gahagan, con voz queda—. Aunque ahora ya no sea tan espeluznante.

—Está claro —convino Pond—. Se siente usted feliz y por eso quiere contarnos una anécdota horrible.

—Y ¿qué significa *eso*? —demandó Wotton.

—Significa —dijo Gahagan— que esta mañana me he prometido en matrimonio.

—¡Mecachis en la...! Perdone —dijo Wotton, poniéndose colorado—. Felicitaciones, por supuesto, y todo eso. Pero ¿qué tiene ello que ver con su pesadilla?

—Hay cierta relación —dijo Gahagan soñadoramente—. Pero ustedes querrán escuchar la

anécdota horrible y no la feliz. Pues bien, fue un poco enigmática, al menos para mí; pero al final conseguí descifrarla.

—Y, cuando hubiere acabado usted de desconcertarnos, ¿nos revelará la solución?

—No: la solución la revelará Pond —apostilló Gahagan traviesamente—. Ya está engolado porque ha adivinado la índole de la anécdota, antes de haberla escuchado siquiera. Como no sea capaz de rematar la narración después de haberse aplicado a escucharla un rato...

Hizo una pausa y luego continuó más seriamente:

—Todo ocurrió en una mansión campestre durante una cena, de ésas denominadas cenas sólo para hombres, dada por Lord Crome a continuación de una merienda mixta dada primordialmente por Lady Crome. Lady Crome es una alta y vivaz y grácil mujer de hermosa cabecita morena. Lord Crome es todo lo contrario: es en todos los sentidos, el físico y el psíquico, un hombre de «cabeza prominente». Alguna vez habrán oído ustedes describir los rasgos de una persona como afilados; los de Lord Crome son una cuchilla que le cercena la cabeza, o más bien el cuerpo: eclipsan su figura enclenque e imperceptible. Es economista y había dado la impresión de sentirse *distract* y bastante harto de todas las damas que siempre nadan en la estela de su

esplendente esposa, cisne en perpetuo movimiento; y nos figuramos que por eso anheló la algo más reposada compañía de los de su mismo sexo. Comoquiera que sea, convidó a algunos de sus invitados masculinos a una cena después de finalizada aquella recepción al aire libre. Yo resulté ser uno de ellos; mas, pese a esto, era un grupo selecto.

»Era un grupo selecto; pero apenas si parecía haber sido seleccionado. En su mayoría eran hombres de mucha prosapia, y no obstante daba la sensación de que Crome hubiera extraído sus nombres de un bombo de sorteos. El primero en quien me fijé fue el capitán Blande, presuntamente uno de los más grandes oficiales del Ejército Británico y para mí el más torpón para cualquier maniobra estratégica. Eso sí, es de un porte magnífico: se asemeja a una criselefantina estatua de Hércules, pero es tan útil como ella en una batalla. Una vez empleé la palabra “criselefantino” para significar oro y marfil; y él creyó que lo motejaba de elefante. La erudición clásica de un *pukka sahib*<sup>[14]</sup>. Luego, el hombre sentado junto a él era el conde Kranz, científico y reformista húngaro. Habla veintisiete idiomas, inclusive el idioma filosófico. Me pregunto en qué idioma se entendería con el capitán Blande. Al otro lado del conde se sentaba otro sujeto de la ralea de

Blande, aunque más moreno y más esbelto y más expresivo: un sujeto llamado Wooster, de algún regimiento bengalí. También es restringido su idioma; se limita al verbo latino *polo, polas, polat*: yo juego al polo, tú juegas al polo, él juega al polo o más bien (y esto es lo más desolador) no sabe jugar al polo. Pero así como el polo es un juego de origen asiático y cabe rastrear su nacimiento entre la jungla áurea de las revelaciones persas e hindúes, también hay algo tenuemente euroasiático en este Wooster: es como un tigre de rayas oscuras y cabe imaginarlo merodeando por la jungla. Al menos esta pareja parecía un poco mejor conjuntada; pues también Kranz es moreno y guapote, con arqueadas cejas negras asirias y larga barba oscura desplegada como un abanico o la cola de un pavo real. Yo estaba sentado al otro lado de Wooster, y me entendí aceptablemente con él; a mi otro lado tuve a Sir Osear Marvell, el conocido actor-empresario, muy apuesto y muy corpulento, de rizos olímpicos y nariz aquilina. Aquí también se produjo cierta ausencia de *rapport*. Sir Osear Marvell no quería hablar de otra cosa que de Sir Osear Marvell, y los demás no sentían la menor propensión a hablar de Sir Osear Marvell. Los tres invitados restantes fueron: el nuevo viceministro de Asuntos Exteriores, Pitt-Palmer, esculpidísimo joven parecido a la estatua de César Augusto, y verdad es

que era muy clásico y perfectamente habría sabido citar los clásicos; un tenor italiano, de cuyo nombre no puedo acordarme; y un diplomático polaco, de cuyo nombre nadie puede acordarse. Y yo no hacía más que repetirme: “¡Vaya surtido más variopinto!”».

—Ya me sé la historia —dijo Wotton resueltamente—. Un anfitrión con carácter humorista reúne a una serie de individuos incompatibles, por el placer de verlos discutir. La desarrolla muy bien uno de los cuentos policiacos de Anthony Berkeley.

—No —repuso Gahagan—. Creo que su incompatibilidad era del todo casual y me consta que Crome no se valió de ella para hacerlos discutir. Antes bien, fue un anfitrión con gran tacto, y sería más verídico decir que evitó que discutieran. Lo logró con mucho acierto, sin duda, introduciendo el tema de las reliquias de familia, las joyas hereditarias y cosas por el estilo. Por muy variopintos que fueran los invitados, casi todos eran hombres de fortuna y de lo que se da en llamar buena familia; y ese tema era lo más aproximado a un terreno común. El polaco, persona algo calva pero muy elegante, de modales seductores, y sobradamente el más chispeante de los sentados a aquella mesa, hizo un ameno relato de las peripecias del medallón Sobieski que primero fue a parar a manos de un judío, luego de un prusiano y por último de un

cosaco. En contraste con el polaco alopécico y hablador, el italiano, que estaba sentado junto a él, permaneció silencioso, y aun algo adusto, bajo su mata de negros cabellos.

»—Parece muy interesante el anillo que usted mismo lleva puesto, Lord Crome —dijo con cortesía el polaco—. Tan voluminosos anillos suelen ser históricos. Creo que me encantaría llevar un anillo episcopal o, mejor aún, papal. Pero es que están todos esos incómodos prolegómenos para llegar a ser papa; ello implica el celibato, y yo... —E hizo un gesto de incapacidad.

»—Es muy enojoso, no cabe duda —dijo Lord Crome, sonriéndole lóbregamente—. Por lo que respecta a este anillo... vaya, es asaz interesante por ciertas razones: razones familiares, desde luego. Ignoro los pormenores, pero patentemente es del siglo XVI. ¿Les gustaría examinarlo? —Y se sacó del dedo el macizo anillo de gema roja y se lo pasó al polaco, que estaba sentado junto a él. Al examinarlo se observaba que tenía engastado un círculo de rubíes extraordinariamente hermosos y que en el centro exhibía el grabado de un corazón y una rosa. También yo lo examiné, dado que se lo hizo circular por toda la mesa; y ostentaba una leyenda en francés antiguo que significaba más o menos: “Del enamorado sólo, y sólo para la enamorada”.



»—Un romance en la historia de su familia, supongo —aventuró el conde húngaro—. Y aproximadamente del siglo XVI. ¿De veras ignora usted los pormenores del romance?

»—Así es —dijo Crome—, pero sospecho que se trata, como bien dice usted, de un romance dentro de mi familia.

«Todos empezamos a conversar, con cierta extensión, sobre romances del siglo XVI; y por último Crome preguntó muy educadamente si ya todos habíamos examinado el anillo».

—¡Ah! —exclamó Wotton con una inhalación profunda, casi como un niño que hubiese descubierto el truco de un prestidigitador—. Por lo menos, ya me sé *esa* historia. ¡Es literatura de revista, si no le importa! El anillo no apareció por ninguna parte y todos fueron registrados, o alguien se negó a ser registrado; y tenía alguna razón rebuscadamente romántica para negarse a ser registrado.

—Atina usted —dijo Gahagan—. Pero sólo hasta cierto punto. El anillo no apareció. Todos fuimos registrados. Todos insistimos en ser registrados. Nadie se negó a ser registrado. Pero el anillo siguió sin aparecer.

Gahagan se revolvió algo inquieto y puso un brazo sobre el respaldo de su asiento; luego de un instante prosiguió:

—Por favor no crea que yo no experimenté lo que dice usted: que parecíamos estar en una novela, y una novela no muy original. Pero la diferencia radicó precisamente en lo que dice Pond: en que la novela no concluyó como es debido, sino que semejó trocarse en otra obra. Habíamos llegado ya al momento del café cuando se desencadenó todo aquel revuelo tocante a la desaparición del anillo. Pero la verdad es que el desarrollo de nuestro registro fue muy ágil y rápido; conque durante este intervalo nuestros cafés no tuvieron siquiera tiempo de enfriarse, si bien Crome propuso hacer traer otros. Naturalmente todos dijimos que no era necesario; pero Crome hizo venir al criado que nos los había servido; y cuchichearon unas palabras perceptiblemente muy excitadas. En ese momento Pitt-Palmer empezó a llevarse a los labios su taza de café, y Lord Crome se disparó cual un resorte y advirtió como con el restallar de un látigo:

«—Señores, no prueben el café. Está envenenado».

—¡Pero, maldita sea —interrumpió Wotton—, ésa es una historia diferente! Oiga, Gahagan, ¿está seguro de que todo eso no es un sueño? ¿O no será que ha estado leyendo una pila de revistas viejas y después ha mezclado todos los desenlaces? Desde luego ya nos sabemos la historia de un grupo entero

de invitados a punto de ser envenenados durante la cena...

—Esta vez el desenlace fue mucho más sorprendente —dijo Gahagan con calma—. Excusado es decir que casi todos nos quedamos de piedra ante el tronante anuncio de semejante peligro. Pero el joven Pitt-Palmer, con su semblante gélido, esculpido, clásico, se irguió con su taza en la mano y dijo con la más tranquila de las voces:

»—Lo siento horrores; pero odio que se me quede frío el café.

»Y apuró la taza; y, tan cierto como que Dios me ve, se le negreció el rostro o se le coloreó de espantosas tonalidades; y, tras unos estertores horrorosos e inhumanos, cayó mortalmente fulminado ante nuestros ojos.

«Claro que al principio no pudimos estar del todo ciertos. Pero el científico húngaro era, entre otras cosas, médico; y su diagnóstico fue corroborado por el médico del pueblo, a quien se mandó buscar al punto. No les cupo duda de que Pitt-Palmer estaba muerto».

—¿Quiere usted decir —preguntó Wotton— que los médicos estuvieron de acuerdo en que se había envenenado?

Con la cabeza Gahagan hizo un ademán negativo, y reiteró:

—Lo que he dicho es que estuvieron de acuerdo en que estaba muerto.

—Pero ¿por qué habría de estar muerto a menos que se hubiese envenenado?

—Se había asfixiado —dijo Gahagan; y durante un instante un escalofrío recorrió todo su fornido cuerpo.

Tras un silencio que pareció súbitamente impuesto por semejante repeluzno, Wotton dijo por fin:

—No entiendo ni jota. ¿Quién había envenenado el café?

—Nadie había envenenado el café; porque no estaba envenenado —contestó Gahagan—. El único motivo por el cual el anfitrión dijo eso fue para que los cafés permanecieran intactos en sus tazas, a fin de poder examinarlos. Un rato antes el pobre Pitt-Palmer había semejado echar un grueso terrón en el suyo; pero el azúcar se disuelve. Otras cosas no.

Durante unos segundos Sir Hubert Wotton quedó profundamente abstraído; pero seguidamente la mirada le centelleó con su inteligencia muy auténtica aunque no muy veloz.

—¿Quiere usted decir —preguntó— que, antes de ser registrado, Pitt-Palmer había escondido el anillo en su café solo, donde nadie podría verlo? Hablando en plata, ¿Pitt-Palmer había sido el ladrón?

—Pitt-Palmer está muerto —dijo Gahagan con suma gravedad—, y por ello me veo en el deber de vindicar su memoria. Indudablemente lo que hizo estuvo mal, tal como he llegado a sentirlo más claramente que entonces; pero no fue peor que los pecados de ciertos otros hombres. Opine usted lo que quiera sobre esa clase tan extendida de fechoría. Pero no era un ladrón.

—¿Va usted a aclarar todo eso o no?! —exclamó Wotton con brusca impaciencia.

—No —contestó Gahagan, con un súbito aire de retorno a la poltronería y la indolencia—. Mr. Pond se servirá hacerlo.

—Pond no estaba presente, ¿verdad? —preguntó Wotton con belicosidad.

—Oh, no —contestó Gahagan, casi con la pinta de quien está al borde de caer dormido—. Pero en su ceño percibo que ya lo ha adivinado todo. Además, es hora de que hable otro.

Cerró los ojos con tan inabordable placidez que el desconcertado Wotton no tuvo más remedio que volverse hacia el tercero de la reunión, cual si fuera un toro mareado.

—¿De veras ha adivinado usted algo en todo eso? —demandó—. ¿Qué ha querido significar Gahagan al aseverar que el hombre que se apoderó del anillo no era un ladrón?

—Vaya, tal vez me sea dable conjeturar un poco —dijo humildemente Mr. Pond—. Y ello gracias a que no he cesado de tener presente lo que al inicio dije sobre... la forma engañosa en que las situaciones reales nos recuerdan situaciones ficticias aunque sin jamás evolucionar como en la ficción. Mire usted, lo malo es que, cuando un hecho real nos recuerda una novela, inconscientemente creemos que ya nos lo sabemos entero, porque nos sabemos entera la novela. Hemos entrado en un meandro o surco que nos resulta familiar; y nos cuesta pensar que el surco no discurrirá exactamente igual que en la ficción. En lo más hondo evocamos toda la trama de la novela; y no acabamos de creer que en realidad se trate de otra historia. Siempre damos por supuesto lo que se da por supuesto en la ficción; y no debería ser así. Cáigase en esta equivocación de partida, y no sólo se dará la respuesta equivocada sino que incluso se hará la pregunta equivocada. En nuestro caso, usted se enfrenta a un misterio; pero se enfrenta al misterio equivocado.

—Gahagan ha dicho que usted se serviría aclararlo todo —dijo Wotton, en tono de civilizada sátira—. ¿Me permite preguntarle si eso es la aclaración? ¿Eso es una solución o un misterio?

—El verdadero misterio del anillo —dijo Pond con seriedad— no es a dónde había ido, sino de

dónde había venido.

Por unos instantes Wotton lo miró pasmado, y luego dijo en tono algo diferente:

—Continúe.

Mr. Pond continuó:

—Muy verazmente Gahagan ha dicho que el pobre Pitt-Palmer no había sido el ladrón. Pitt-Palmer no había robado el anillo.

—Entonces —estalló Wotton—, ¿quién diantre había robado el anillo?

—Lo había robado Lord Crome —dijo Mr. Pond.

Durante un breve lapso se impuso el silencio; y entonces el amodorrado Gahagan se desperezó y dijo:

—Ya sabía yo que usted descubriría el busilis.

A título de mayor aclaración, Mr. Pond agregó casi como pidiendo excusas:

—Pero, lógicamente, Lord Crome tenía que hacer que el anillo circulara por todos los invitados para averiguar a cuál de ellos se lo había robado.

Tras un instante peroró en su acostumbrado estilo racional pero enrevesado:

—¿No advierte usted que, como he dicho, desde el principio se da por supuesta alguna cosa simplemente porque es la que suele acontecer en las ficciones? Se da por supuesto que cuando un anfitrión exhibe un objeto durante una cena, es algo que le

pertenece a él o a su hogar, probablemente una antigua reliquia hereditaria; porque es lo que suele acontecer en las ficciones. Pero cuando Lord Crome dijo, con terrible ironía, que el anillo emblematicaba un romance dentro de su familia, aludía a algo mucho más sombrío y amargo.

»Lord Crome había robado el anillo mediante interceptación de correspondencia; o, dicho de otro modo, había abierto un paquetito dirigido a su esposa y que contenía nada más que el anillo. La dirección iba escrita a máquina; y por lo demás él no conocía la caligrafía de todo el mundo. Pero sí conocía la antiquísima leyenda inscrita en aquel anillo: vale decir, sólo había podido ser regalado por un motivo. Reunió a aquellos invitados para descubrir quién había sido el remitente... o, dicho de otro modo, quién era el propietario. Sabía que de alguna forma el propietario intentaría recuperar su posesión, si veía oportunidad, a fin de impedir todo escándalo y borrar toda prueba. Y desde luego el hombre que tal hiciere, aunque pueda ser un canalla, ciertamente no es un ladrón. A decir verdad, en cierto sentido pagano fue un héroe. Quizá no en balde tenía ese glacial semblante enérgico de la pétreo estatua de Augusto. Puso en práctica, primeramente, la sencilla pero eficaz treta de esconder el anillo en su café solo, so capa de servirse azúcar. Allí nadie lo vería,



al menos de momento; y sin ningún riesgo podría aceptar ser registrado. Aquel momento delirante, que de veras pareció convertirlo todo en una aterradora pesadilla, cuando Crome chilló que el café estaba envenenado, tan sólo fue la desesperada contratreta de Crome cuando adivinó la treta, a fin de que nadie tocara los cafés y así poder encontrar el anillo. Pero el joven de glacial semblante prefirió morir de aquella manera horrible: tragándose el macizo anillo y atragantándose; y todo para que su secreto, o más bien el secreto de Lady Crome, pudiese continuar ignorado. Fue un ardid desesperado, por supuesto; pero entre todas las opciones que tenía delante, con vistas a ese objetivo, probablemente ésta fue la mejor que pudo tomar. En todo caso, entiendo que nuestro deber es secundar a Gahagan cuando asevera, muy atinadamente, que hay que resguardar de toda imputación de delito la memoria de ese pobre individuo y que ciertamente no es un ladrón el caballero que opta por asfixiarse con un anillo de su propiedad».

Mr. Pond carraspeó decorosamente porque había dado término a su peroración; pero Sir Hubert Wotton permaneció mirándolo con fijeza, bastante más perplejo ante la solución que ante el misterio. Cuando se irguió lentamente, lo hizo con la pinta de quien intentara desprenderse de algo que siguiera

siendo una pesadilla, aunque supiera que era real.

—Bueno, no tengo más remedio que marcharme —dijo, con muestras de enorme alivio—. He de pasarme por Whitehall<sup>[15]</sup> y creo que se me hace tarde. Por cierto, si es verdad lo que han narrado ustedes, ha debido ocurrir hace poquísimo. Que yo sepa, aún no se ha notificado el suicidio de Pitt-Palmer; al menos no se había notificado esta mañana.

—Ocurrió anoche —dijo Gahagan, y para despedir a su amigo se levantó del asiento donde había estado apoltronado.

Cuando se hubo ido Wotton, cayó un largo silencio sobre los otros dos amigos, que permanecieron mirándose con seriedad.

—Ocurrió anoche —repitió Gahagan—. Por eso dije que tenía cierta relación con lo que ha ocurrido esta mañana. Esta mañana me he prometido en matrimonio con Joan Varney.

—Ya —dijo dulcemente Mr. Pond—. Creo que lo entiendo.

—Sí, creo que lo entiende —dijo Gahagan—, mas, pese a ello, voy a procurar explicárselo. ¿Sabe usted que hubo algo casi más horrendo que la muerte de ese pobre individuo? Y sólo caí en la cuenta

cuando ya me había alejado un kilómetro de aquella dichosa mansión. Entonces fue cuando comprendí por qué yo había sido uno de los invitados a esa cena.

Se había puesto en pie y miraba por la ventana, vueltas las anchas espaldas hacia Pond; y tras esta última frase quedó silencioso y siguió contemplando el borrascoso panorama exterior. Acaso algo en este panorama suscitó un nuevo recuerdo, pues cuando tornó a hablar fue como si abordara un nuevo tema, aunque simplemente se trató de un nuevo aspecto del mismo tema.

—Casi nada le he contado de la merienda al aire libre que aquella tarde hubo antes de la cena, porque me parecía que hasta haber comprendido el desenlace no se podría comprender nada: habría sonado a mera cháchara sobre el estado del tiempo. Por cierto que ayer hacía un tiempo bastante enrarecido, como continúa haciéndolo hoy; sólo que ayer era más tormentoso, y creo que hoy ya ha pasado la tormenta. Y había un ambiente bastante enrarecido, asimismo; aun cuando naturalmente el estado del tiempo fue sólo una coincidencia, a veces resulta que las condiciones meteorológicas hacen que cobremos mayor conciencia de las condiciones espirituales. Sobre el jardín había un fantástico cielo cárdeno, aunque a ratos salía un espasmódico sol casi tan caprichoso como si de relámpagos se tratara. Contra

una inmensa montaña de nubes de color añil, se recortaba la pálida fachada adornada de columnas, que recibía una luz semidesmayada; y recuerdo que ya entonces me sobrecogió la pueril fantasía de que Pitt-Palmer fuera una pálida estatua marmórea y formara parte de la casa. Pero nada había que brindara indicio alguno de su secreto: nadie habría dicho que Lady Crome se asemejara a una estatua, pues revoloteaba y presumía como un ave del paraíso. Pero, lo crea usted o no, desde un principio sentí cierta opresión física y psíquica: psíquica en especial. Aumentó cuando pasamos adentro y las cortinas del comedor nos ocultaron la visión de la tormenta. Era un cortinaje antiguo de color rojo oscuro y pesadas borlas doradas; y no pareció sino que todo se tiñera de idéntico color. A veces se dice que alguien lo ve todo rojo; pues bien, yo lo vi todo rojo oscuro. Esto es lo más que puedo aproximarme a describir mi sensación; pues una sensación es lo que fue desde el principio, aunque yo no hubiese adivinado nada.

»Y entonces aquel suceso siniestro y revulsivo ocurrió ante mis narices durante la cena; aún puedo ver el oporto rojo oscuro de las licoreras y el oscuro resplandor de las lámparas tamizadas. Y sin embargo tuve la impresión de ser invisible e impersonal; apenas si tenía conciencia de mí mismo. Claro que

todos hubimos de contestar algunas preguntas personales; pero es innecesario que le relate los interrogatorios de la encuesta judicial que salió al paso de la tragedia. No duraron mucho rato, dado que hartamente era un caso de suicidio; y al poco los invitados se dispersaron en la noche tormentosa tras atravesar la verja. Según salían, todos semejaron haber adquirido nuevas formas, nuevos perfiles. Entre la noche sofocante y la muerte horrible y la envenenada niebla de odio asfixiante en que habíamos tenido que respirar, comencé a verles algo nuevo a todos ellos... quizá a verlos tal como eran. Ya no eran incompatibles sino sorprendentemente compatibles... como una horrenda *camaraderie*. Claro que esto no fue más que una impresión, y bastante morbosa; es lo cierto que eran asaz disímiles; pero una cosa sí tenían en común.

»El polaco era quien mejor me caía: tenía sentido del humor y admirables maneras; pero entendí qué había querido significar cuando tan finamente rehusó el empleo de papa porque implicaba celibato. También Crome lo entendió, y le sonrió lleno de odio. Otro que me cayó bien fue el comandante Wooster, el anglohindú; pero algo me insinuó que en verdad pertenecía a la jungla: un *shikaree*<sup>[16]</sup> que no sólo persigue tigres, un tigre que no sólo persigue

venados. Luego estaba el polifacético doctor de cejas y barba de asirio; apostarí a que es más semita que magiar. Pero, sea como fuere, mostraba espesos labios por entre la espesa barba, y en sus ojos almendrados centelleaba una mirada estremecedora. Uno de los menos recomendables de todos ellos, diría yo. De Blande lo peor que puedo decir es que probablemente es demasiado estúpido para ser consciente de algo que no sea su cuerpo. No tiene suficiente alma para saber que tiene alma. Ya todos conocemos a Sir Osear Marvell; recuerdo que, en tanto se marchaba, su lujosa capa aleteaba como si arrastrara innumerables ecos del alocado aplauso de esas muchachitas modernas... pero también de mujeres aún más alocadas. En cuanto al tenor italiano, es inusitadamente semejante al actor inglés. De él eso es lo peor que se puede decir.

»Sí: eran, al fin y a la postre, un grupo selectísimo. Habían sido seleccionados por un hombre sagaz aunque medio loco, en calidad de los seis residentes en Londres más capaces de haber seducido a su esposa. Entonces, con gran estupor, literalmente recobré conciencia de mí mismo. Me di cuenta de mi propia presencia. También yo había figurado allí. Crome había juntado un escogido grupo de libertinos y los había elegido cuidadosamente. Y me había honrado *a mí* con una invitación a formar

parte.

»Eso era yo. Eso, al menos, era lo que me suponían. Un pérfido seductor y un rijoso canalla, siempre detrás de esposas ajenas... Usted sabe, Pond, que en realidad no soy tan sumamente perverso; pero es que, acaso, tampoco lo fueran los demás invitados. En este caso todos éramos inocentes; y sin embargo el nubarrón que pesó sobre el jardín se cernió sobre nosotros cual una sentencia. Yo era también inocente en aquel caso que recordará usted, en que estuve a punto de ser ajusticiado por frecuentar a una esposa con quien en realidad no tenía amoríos. Pero a todos nos ha estado bien empleado; lo culpable era nuestra idiosincrasia: lo que los rebuscados escritores de antaño denominaban la propensión de nuestras almas, lo que los inefables disparateadores periodísticos denominan el *sex-appeal*. Por ese motivo estuve a punto de ser ajusticiado; y por ese motivo yacía un cadáver en aquella mansión. Así que por mi cabeza cruzaron, cual el desfile de un ejército, unos hermosos versos escritos ha muchísimo tiempo, referidos al que legendariamente fue el más noble de todos los amores ilícitos, cuando Ginebra, rechazando finalmente a Lancelot, dice con palabras que para mí tuvieron la resonancia del hierro:

*For well ye wot that of this life There comes but*

*lewd and bitter strife And death of men and great travail.*

(Pues bien sabéis vos que de tamaña vida No surge sino obscena y sufrida discordia

Y muerte de hombres y grande angustia).

»Yo había rondado semejantes cosas, pero sin quedar enredado en ellas... hasta que sobre mí cayeron del cielo dos juicios como aquella tormenta. Estuve a punto de ser sentenciado al patíbulo por un juez de birrete negro y toga roja como la sangre. Y, lo que es aún peor, fui obsequiado con una invitación de Lord Crome».

Continuaba mirando por la ventana; pero Pond alcanzó a oírlo volver a musitar como si fuera el indistinto fragor del trueno lejano:

— Y muerte de hombres y grande angustia.

Rompiendo el vasto silencio que siguió, Mr. Pond dijo con voz muy queda:

—A usted en realidad le gustaba ser difamado.

Gahagan se dio la vuelta, con un gesto de alzar las manos, por lo cual casi tapó el marco de la ventana con su gigantesco porte; pero estaba visiblemente pálido.

—*Kamerad*, sí —dijo—. Yo era así de mezquino.

Le sonrió a su amigo, pero con sonrisa vidriosa y casi espantosa, y después prosiguió:

—Sí, esa sucia vanidad, peor que cualquier



vicio, me interesaba más que cualquier vicio. ¿Cuántos hombres no habrán vendido su alma para ser admirados por los incautos? Yo he estado a punto de vender la mía, pero para que los incautos recelaran de mí. Ser un hombre peligroso, ser un supuesto sinvergüenza, alguien a quien deben temer los maridos y los padres: tal es la abyecta ambición a la que he sacrificado tanto de mi vida y por la que casi malogré la culminación de mi amor. He andado zascandileando, fanfarronamente, porque me costaba renunciar a una mala reputación. Y por Dios que a punto he estado de renunciar a la vida.

—Es lo que me figuraba —dijo Mr. Pond con su tono más educado y considerado.

Después Gahagan irrumpió de nuevo: —Yo era mejor de lo que parecía. Pero ¿qué significa eso sino la aberración espiritual de que quería parecer peor de lo que era? ¿Qué puede significar sino que yo, peor aún que darme al vicio, me dedicaba a admirarlo? Sí, lo admiraba en mi fuero interno aunque no lo tuviera en mi fuero interno. Yo era el hipócrita moderno: lo mío era el homenaje que la virtud rinde al vicio.

—Observo, no obstante —dijo Mr. Pond, con ese curioso tono frío y distante que sin embargo tenía un efecto tan cálido e inmediato sobre todo el mundo—, que ahora está usted definitivamente curado.

—Estoy curado —dijo Gahagan lúgubremente—. Pero para curarme han hecho falta dos muertes y un patíbulo. Pero el quid es: ¿de qué estoy curado? Su diagnóstico es exactísimo, mi querido doctor, si me permite llamarlo así. Yo no sabía renunciar al oculto placer de ser calumniado.

—En el momento presente, no obstante —dijo Mr. Pond—, han intervenido ciertas consideraciones para inducirlo a soportar la insoportable acusación de virtud.

De improviso Gahagan se rió, desabridamente pero, por extraño que parezca, de buen grado. Algunos habrían estimado su comentario inmediato como una curiosa prolongación de aquella risa.

—Esta mañana fui a confesarme y todo lo debido —dijo—, igual que de una forma más imprecisa estoy confesándome ahora a usted. Fui a confesar que yo no maté a aquel hombre. Fui a confesar que jamás cortejé a la esposa de aquel hombre. En suma, fui a confesar que era un embaucador. Fui a confesar que no soy un sinvergüenza. Y bien, después de haber confesado todo esto, salí silbando más contento que unas pascuas y me dirigí a... vaya, creo que ya sabe usted adonde. Hay una muchacha con quien hace ya tiempo que debí arreglar ciertos asuntos; y el caso es que siempre deseé hacerlo, ésa es la paradoja. Una paradoja terriblemente más absurda que cualquiera

de sus paradojas, Pond.

Mr. Pond se rió afablemente, tal como solía hacer cuando alguien le contaba, con gran lujo de detalles, algo que él ya sabía. Y es que no era tan viejo ni tan frío, a despecho de las apariencias, como para no haber adivinado el desenlace definitivo de aquella algo incoherente novela del capitán Gahagan.

Este relato se ha abierto con ciertas reflexiones sobre el modo en que los sucesos tienden a entremezclarse y una historia se embarulla con otra historia distinta, máxime cuando se trata de historias reales. Asimismo este relato se ha abierto, y presumiblemente debería cerrarse, con el insólito escándalo y tragedia ocurridos en la mansión de Lord Crome cuando Mr. Pitt-Palmer, aquel joven político tan prometedor, cayó inexplicablemente muerto. Ciertamente este relato debería cerrarse con una crónica fiel de su impresionante funeral público, el coro de rendidas alabanzas que le tributó la prensa, y los majestuosos elogios depositados como flores sobre su tumba por los presidentes de todos los partidos parlamentarios: desde las elocuentes palabras del líder de la oposición, que comenzaron con un «Por mucho que difiriéramos en nuestras ideas», hasta los (si cabe) aún más elocuentes comentarios del primer ministro, que comenzaron con un «Sin embargo de que nuestro partido sea

independiente de cualquier culto a la personalidad, aun a la más noble, no podemos menos que dolemos, etc.».

Sea como fuere, ciertamente resultaría muy digresivo respecto de la trama central si este relato abandonara el funeral de Pitt-Palmer para desviarse hacia la boda de Gahagan. Baste con dejar constancia de que, como se ha afirmado ya, el efecto primordial que esa impresionante tragedia tuvo sobre Gahagan fue hacerlo volver a un viejo amor: un viejo amor que permanecía oportunamente joven. A la sazón cierta Miss Violet Varney era figura acaparadora del mundo del teatro; el término «acaparadora» ha sido cuidadosamente elegido entre otros adjetivos posibles. En opinión general de la buena sociedad, Miss Joan Varney no era más que la hermana de Miss Violet Varney. En montaraz opinión personal del capitán Gahagan, Miss Violet Varney no era más que la hermana de Miss Joan Varney; y además él no albergaba vehementes deseos de cultivar aquel parentesco. Amaba a Joan, pero Violet ni siquiera le agradaba; mas aquí no es pertinente adentrarnos en los meandros de esta distinta historia. ¿Acaso tales cosas no están ya escritas en las Crónicas de los reyes de Israel?

Suficiente sea decir que, aquella precisa mañana luminosa y despejada tras la tormenta, el capitán

Gahagan salió de una iglesia sita en una pequeña callejuela y muy animadamente se encaminó hacia la residencia de la familia Varney, donde halló a Miss Joan Varney laborando en el jardín con una escarda y le participó varias cosas de cierta trascendencia para ambos. Cuando Miss Violet Varney se enteró de que su hermana menor se había prometido en matrimonio con el capitán Gahagan, se dirigió con increíble prontitud a su tertulia teatral y se prometió en matrimonio con uno de los numerosísimos mentecatos de más o menos rancio abolengo que podían servirle para semejante menester. Harto juiciosamente canceló este noviazgo cosa de un mes más tarde; pero había logrado que *su* compromiso matrimonial fuera el primero en aparecer en las revistas del corazón.

## EL TERRIBLE TROVADOR

«En la naturaleza hay que buscar en un nivel muy inferior para encontrar cosas que lleguen a un nivel tan superior». Comúnmente esto era clasificado por los especialistas como una paradoja de Mr. Pond, pues hizo súbita aparición hacia el final de una parrafada algo pesada y eminentemente sensata y carecía de sentido. Y tales eran los estigmas reconocidos como estilemas característicos de Mr. Pond. Pero en este caso, la verdad sea dicha, lo que hizo fue plagiar a su viejo amigo el Dr. Paul Green, autor de *El perro o el mono, Estudios sobre la domesticación de antropoides, Notas sobre el evolucionismo en tiempos del Neandertal*, etc., etc.

El Dr. Green era nombre menudo, pálido, enclenque y ligeramente cojo; pero su actividad, aun

en lo atañadero a movimientos corporales, era comparativamente notable y su cerebro se movía con el dinamismo de una metralleta.

Este viejo amigo fue quien, una tarde inundada de sol, surgió del pasado de Mr. Pond para traerle noticias sorprendentes y aun preocupantes: noticias tan alarmantes como la descarga de una metralleta.

Pero cuando tan solidísima autoridad hizo saber a Mr. Pond que, sin vuelta de hoja, su amigo el capitán Gahagan era un asesino huido, Mr. Pond dijo: «Qué va, qué va». Era aficionado a lo que se denomina *understatement*: concepto éste cuyo nombre griego sabía, pero no lo utilizaba si no era imprescindible<sup>[17]</sup>. En realidad, la conversación se había iniciado bastante despreocupadamente, pasando de la salud del doctor al hábito del doctor de estudiar los hábitos de los animales: un poco de charla ociosa sobre el Eohippus<sup>[18]</sup>, algunas displicentes ironías sobre el Homo Kanensis, un agudo intercambio de réplicas sobre las *Études sur les réflexes des animaux témpodes* de Vialleton; todo lo cual terminó por infundirle una leve aspereza a la conversación, pues en punto a Darwin y la Selección Natural los dos amigos jamás habían estado de acuerdo.

—Nunca he alcanzado a entender —dijo Mr. Pond— cómo un desarrollo, que habría podido

beneficiar a un animal si ocurría velozmente, podía beneficiarlo ocurriendo lentamente... máxime si culminaba en su tataranieto, mucho después de que el tal animal muriera sin dejar rastro de nietos. Para mí sería ventajoso tener tres piernas a fin de, sin ir más lejos, sostenerme firmemente sobre dos de ellas y dar un puntapié a un compañero de oficina en salva sea la parte. Me sería ventajoso tener tres piernas... pero no me sería ventajoso si una de ellas fuese una pierna tosca.

—A mí me sería ventajoso tener dos piernas —dijo contristado el doctor— en vez de una pierna tullida que casi ni es pierna. Pero aun así me resulta de franca utilidad.

Mr. Pond, que por lo general tenía mucho tacto, se reprendió calladamente por su falta de tacto al haberse olvidado de que su viejo amigo era cojo. Pero, con todo y eso, sí tuvo el suficiente tacto para no disculparse ni siquiera cambiar demasiado evidentemente de tema.

En su estilo afable y armonioso completó:

—Quiero decir que hasta que la tercera pierna tuviera desarrollo bastante para correr o trepar, no sería más que un estorbo con que habría de cargar el corredor o trepador.

—Es harto gracioso —dijo el doctor— que empecemos a hablar de correr y trepar. Yo no venía a



discutir sobre darwinismo ni ninguna otra cosa tan razonable y sensata. Pero si cree usted que mi testimonio es sospechoso, en mi calidad de ateo empedernido, le aclararé que esta vez no quiero que me atienda a mí, sino que atienda a mi amigo el vicario de Hanging Burgess, el reverendo Cyprian Whiteways, cuyas miras probablemente sean tan poco científicas como las suyas. No creo que sea darwinista; pero, aun así, le prometí presentarle a usted, porque desea hablarle de cosas acontecidas bastante más recientemente que la Edad de Piedra.

—En tal caso, ¿a qué se refería usted —preguntó Pond— con lo de correr y trepar?

—Me refería, lamentándolo mucho —contestó el Dr. Green—, a que el vicario sabe una historia bastante fea sobre ese amigo suyo, el capitán Gahagan, cuyas piernas parecen muy buenas para trepar y aún mejores para huir corriendo.

—Es cosa seria —dijo Pond con gravedad— acusar a un soldado de darse a la fuga.

—Es cosa mucho más seria aquélla de que lo acusa el vicario —dijo Green—. Lo acusa de haber trepado a un balcón, y de matar a un rival y después huir. Pero esa historia no es mía: yo no soy el nudo, sino sólo la presentación.

—Trepas a un balcón —ponderó Mr. Pond—; tratándose de un vicario, parece una historia muy

veleidosa.

—Me consta —dijo el doctor—. Es de esas historias que comienzan con una cuerda de escalar y concluyen con una cuerda de ahorcar.

Mientras escuchaba el eco de los pasos desiguales de su amigo cojo alejarse por el pavimentado caminito del jardín, Mr. Pond quedó sumido en un humor melancólico. Nada le importaba ver a su científico amigo como una mera carta de presentación. Pero era una carta ribeteada de negro y muy sombría. Comoquiera que fuere la historia que deseaba narrar el reverendo Cyprian, se trataba de una nueva historia en contra de su infortunado amigo Peter Gahagan. Y Gahagan era tan infortunadísimo como para instilarles a algunos una curiosa duda respecto de si verdaderamente era infortunado. Había quien tenía la peregrina idea espeluznante de que, si acaso, era muy afortunado. Por dos veces, con anterioridad, se había visto mezclado en asuntos de muertes misteriosas y violentas: con sabor, cuando menos, a asesinato. Y en ambos casos había sido declarado inocente. Pero a la tercera va la vencida.

Al final, el reverendo Cyprian Whiteways resultó una sorpresa: una sorpresa por su sinceridad e imparcialidad.

Jamás, en momento alguno, había cedido Mr. Pond a la idea estúpida de que todos los clérigos

anglicanos fueran estúpidos. Sus ideas sobre la vida real no las extraía de sainetes como *El eclesiástico menor*. De todas formas el reverendo Cyprian era cabalmente lo contrario de estúpido: un hombre de rostro arrugado como una vieja roca arenisca... y verdad es que parecía una de esas rocas de rico colorido en que resplandece el pasado; dentro de sí llevaba la campiña inglesa con una inefable reverberación de profundidad y oriundez; no era capaz de hablar de cosas indiferentes sin que, extrañamente, uno sintiera el clima o los matices de la noche o del día; era un innato escritor descriptivo que se restringía a hablar. Pero nadie podía poner en tela de juicio que era un hombre todo verdad o, cuando menos, todo honradez.

Tan recto testigo presencial fue el que con gran lujo de detalles se aplicó a relatarle a Mr. Pond la negra y sangrienta historia del oculto pecado de Gahagan. Mas el singular efecto de ello sobre Mr. Pond fue que con celeridad surgiera una ancha sonrisa de alivio en su barbado rostro semejante al de un buho, y que aseverara con insólito alborozo que todo estaba en orden y que bastaría interrogar personalmente a Gahagan para que él lo aclarara todo. Tal método se denominaba un careo.

Por lo que respecta al Dr. Green, su misión había quedado cumplida con la carta de presentación, pero tanta irritación sintió ante los legalismos de Pond que acudió con enérgico paso a aconsejar al vicario que le convendría contratar un abogado si había de carearse con aquel astuto bribón irlandés.

Así, pues, cuando el hombre de ciencia volvió a desaparecer en lontananza, renovadamente enfrascado en el estudio del pitecántropo en cuanto animal doméstico, lo que quedó de su intervención fue un abogado llamado Luke Little, el hombre indicado en el lugar indicado.

Un amigo de Mr. Pond, Sir Hubert Wotton, el conocido diplomático, presidía el tribunal; pero igual le daba a Mr. Little quién asumiera la presidencia con tal que él asumiera la acusación.

—Es éste un proceso muy poco convencional, señores —dijo—. En vista de ello, sólo una absoluta certidumbre habría podido inducirme a presentar los cargos de mi cliente. Sir Hubert y Mr. Pond afirman, según entiendo, que se exigirá un esclarecimiento completo en este mismo momento y lugar. Después agregó:

—Se trata de un asunto muy penoso, como creo convendrá Mr. Pond.

—Muy penoso asunto es, sin duda —contestó Pond con gravedad—, que un buen amigo sea capaz de un acto horrible.

Por un momento su amigo Wotton le dedicó una mirada de abierta sorpresa; pero aún se le abrieron más los ojos porque el propio Gahagan lo dejó perplejo rompiendo a hablar, sorprendentemente, por primera y última vez en todas las fases preliminares de la vista oral:

—Sí —dijo, con semblante adusto e inescrutable—, vaya si fue un acto horrible.

—Comoquiera que sea, en definitiva —concluyó el abogado—, ahora debo pedir a mi cliente que, sin reticencia alguna, repita su historia.

—Es una historia bastante fea —dijo el clérigo con su franca voz—, y la relataré con la máxima concisión posible.

Pond ya había podido oír la historia, relatada de una manera a un tiempo más deslavazada y más pormenorizada, con mayor número de detalles e inferencias de lo que permite una declaración prestada ante una comisión tan oficialísima. Pero, aun al escucharla ahora en una versión más sucinta, no llegó a librarse de la impresión de que la acción narrada era extraordinariamente vivida, pero vivida como una pesadilla.

No había motivo especial, en este momento, para

equiparar la historia a una pesadilla... excepto que sus dos incidentes fundamentales habían acontecido de noche.

Habían acontecido en el jardín del vicario, bajo el balcón de la casa del vicario; y tal vez aquella impresión, que más bien era una opresión, estaba relacionada de algún modo con otra noche oscurecedora de la noche: una viva noche de vegetación; pues había que tener presente, de principio a final, que el balcón rebosaba de macetas y palmeras y lo ceñían plantas trepadoras de hojas voluminosas y colgantes.

Quizá, pensándolo bien, el motivo de la impresión pesadillesca fuera sólo la vaga insinuación verbal del topónimo de Hanging Burgess... como si extrañamente el problema se vinculara a los jardines colgantes de Babilonia<sup>[19]</sup>. Quizá, por otro lado, fuera en parte una irracional influencia de aquella conversación con el Dr. Green, de su credo de un desarrollo ingobernado y una fuerza vital ciega en una oscuridad sin Dios; pues Green apuntalaba sus teorías sobre la evolución con toda la fantasía de la botánica no menos que de la biología.

En conjunto, sin embargo, Mr. Pond decidió que su pesadillesca impresión era fruto de un detalle que ya había sido ineludible precisar

circunstanciadamente. Pues, en ambas ocasiones, por mor de una inteligencia adecuada del relato, el vicario se vio necesitado de explicar que su balcón era alcanzado desde el jardín por una titánica enredadera tropical de nervudas y entrelazadas ramas y fantásticas hojas gigantescas. No sería demasiado exagerado afirmar que la enredadera era el personaje principal de la historia.

—La historia tuvo lugar en tiempos de la Gran Guerra<sup>[20]</sup> —explicó el clérigo—, cuando mi hija vivía conmigo en mi casa de Hanging Burgess. Pero las dos casas a los lados de la nuestra estaban deshabitadas, debido a que por aquel entonces constantemente se requería carne de cañón. Cuando menos, ambas estuvieron deshabitadas durante un transcurso considerable, aunque eran casas hermosas, con grandes jardines que bajaban hasta el río. Entonces mi amigo el Dr. Green llegó a ser mi vecino para proseguir sus investigaciones científicas en un lugar tranquilo.

A la sazón estaba escribiendo un libro, ya saben, sobre la domesticación de animales: perros y gatos y títies y otros simios y así; y mi hija, amante de las mascotas, lo ayudaba un poco en su labor.

»Es una época feliz que recordar para quienes fuimos buenos amigos, acaso porque fue una época

tranquila.

»Pero entonces nuestra soledad se quebró, al parecer por casualidad, y ahí principiaron todas las tribulaciones y la tragedia.

»En primer término, un joven artista llamado Albert Ayres alquiló la otra casa vecina, aunque mayormente parecía necesitarla a modo de base de operaciones, pues apenas si hacía otra cosa que recorrer la campiña pintando; y no es sino justicia, como lo comprobarán enseguida, reconocer que dijo, en cierto momento, que a la mañana siguiente se mudaría definitivamente para otro de sus viajes de pintor. Quiero decir que, cuando menos, es imposible probar qué fue realmente de él. Por desdicha, de sobra sé yo qué fue realmente de él.

»Era un sujeto interesante, acaso demasiado cortado por el viejo patrón de cómo debe ser un artista: de ésos a quienes no cabría denominar ni descuidada ni cuidadosamente pintorescos; ostentaba una larga melena rubia que quienes le tenían simpatía podían vincular con Sir Galahad, y quienes no, con Struwwelpeter<sup>[21]</sup>. Eso sí, nada afeminado había en él, y nada ilegal en su situación frente al reclutamiento. Había sido declarado no apto, y lo que realizaba era una labor seria y no un fraude; y, a la sazón, estaba disfrutando un merecidísimo breve descanso.



»No sería limpio no decir que el capitán Gahagan, aun en la disputa consiguiente, aun en los últimos días sombríos de odio y, así lo espero, de enajenación, que culminaron en un asesinato, jamás se mofó de su rival por ese motivo, ni incurrió en nada parecido a la arrogancia del uniforme. Es que, por entonces, el capitán Gahagan aún vestía uniforme; disfrutaba un brevísimo permiso, que habría debido pasar en una hostería del pueblo, pero que casi todo el tiempo pasó en nuestra casa.

»Ahora podrán comprender ustedes mi renuencia a hablar del asunto: el hecho de que disfrutara un permiso brevísimo debió ser lo que imprimió cierta insistencia al asaz abrumador cortejo a que sometió a mi hija, pues no cabría denominarlo de otra forma. Hay quien opina que a las mujeres ello no deja de seducirlas; pero yo preferiría sobremanera no entrar en cábalas sobre este respecto, sino ceñirme estrictamente a los hechos. Fueron los siguientes.

»Una velada, muy poco después de la puesta de sol, durante el crepúsculo, yo paseaba por mi jardín en compañía del doctor, y enseguida se nos unió Albert Ayres. Yo acababa de proponer a mi amigo Green que viniera a cenar algo a mi casa; pero él estaba bastante agotado tras un duro día de científico trabajo; se lo veía pálido y exhausto, y rehusó con modales un poco distantes y abstraídos. A decir

verdad, me pareció que estuviese enfermo».

—No tiene mucha salud —intervino Mr. Pond, súbitamente—. No sale demasiado.

No hay que olvidar que es cojo.

Los demás tornaron a mirarlo con pasmo, cual si no hallaran nada relevante en esa interrupción; pero aún más extrañados quedaron ante su inmediato comentario, pues agregó con mucha tranquilidad:

—La clave del asunto es que el Dr. Green es cojo.

—No tengo ni la más remota idea de qué quiere usted significar —repuso con vivacidad el vicario de Hanging Burgess—. Pero, en cualquier caso, lo mejor será que prosiga contándoles lo que de veras ocurrió; y ustedes comprobarán que ciertamente ello no tuvo nada que ver con cojeras o con el Dr. Green.

«Mientras paseábamos por el jardín hicimos un alto junto a la gigantesca enredadera que nace del parterre y asciende hasta el balcón; y precisamente Ayres estaba comentando algo sobre lo muy exuberante y lujuriente que era la planta, cuando todos nos llevamos un buen susto. Pues vimos que toda la enredadera se movió y contorsionó como una monstruosa serpiente en aquel jardín tan inmóvil; todas sus ramas se agitaron y retorcieron y toda la estructura del follaje fue sacudida como por algún terremoto inverosímilmente focalizado. Entonces

vimos que unas largas piernas de gigante pendieron y patalearon sobre nuestras cabezas; y el capitán Gahagan, que perdió pie en el último asidero, aterrizó sobre el sendero de grava y se levantó ante nosotros con una pícaro sonrisa.

»—Les ruego que me disculpen —dijo—. Vengo de una visita vespertina. Me dejé caer para merendar, o tal vez debería decir que me encaramé para merendar; y ahora me he dejado caer de regreso.

»Yo le dije, de un modo algo austero, que siempre nos complacía recibir visitas, pero que normalmente las visitas entran por la puerta. Él me preguntó, de un modo algo florido, si yo no sentía una poética simpatía hacia Romeo y el romanticismo de trepar a un balcón. Preferí no contestarle; pero mi amigo el doctor, que, quizá llevado de una curiosidad puramente botánica, examinaba atentamente la enredadera, dijo con elegante mordacidad:

»—¿No es una corrosiva parodia de Romeo que hasta un hierbajo como éste sepa trepar a un balcón? En cambio, es muy infrecuente que una planta tropical sepa tocar la campanilla y entrar por la puerta. Trepar no acaba de ser una actividad que exija grandes dotes intelectuales. En la naturaleza hay que buscar en un nivel muy inferior para encontrar cosas que lleguen a un nivel tan superior».

Bruscamente Mr. Pond reaccionó dejando

escapar lo que pareció un suspiro de alivio; pero todo cuanto dijo fue:

—Ya me parecía a mí.

—El artista Ayres —prosiguió el vicario— pareció aún más molesto que nosotros dos por aquel enfadoso incidente; y de veras su observación fue mucho más retadora, aun cuando se limitara a decir con tranquilidad:

«—Caramba, fácil cosa es trepar aquí; tan fácil como si fuera por una cómoda escala de lianas. Se me antoja que, en este sitio, hasta yo sabría trepar.

»Entonces fue cuando me apercibí, pues algo tardo soy en estas cosas, de que Gahagan lo miraba con intensidad al tiempo que le replicaba fieramente:

»—¿Conque ésas tenemos?

»Y caí en la cuenta de que ambos se contemplaban con saña; y entonces comprendí, súbitamente, por qué se odiaban y cuáles eran las implicaciones de esta escena en mi apacible jardín.

»Pues bien, pasaré con toda rapidez al desenlace de estos bravucones alardes, o desafíos, entre los dos trágicos rivales. Pues, en realidad, no sé cuál de ellos se llevó la peor parte en la tragedia. Ya había caído la noche y salido la luna, aunque no había transcurrido mucho rato desde el incidente antedicho, y su luz cuarteaba el umbrío jardín con una nueva pauta de sombras, cuando acerté a mirar por la

ventana de mi estudio, que está un piso más alto que el balcón.

»Yo estaba fumando y leyendo y fue un sonido como los ladridos, o mejor dicho los aullidos, de un perro lo que me hizo asomarme, más o menos al desgaire, por la ventana; inferí que se trataría de uno de los perros del Dr. Green y no presté una gran atención; en mi inconsciente, acaso, algo de espectral en el jardín lunecido y la sensación que ello infundía, o alguna más enigmática premonición de lo que se avecinaba, había hecho que el aullido sonara más cavernoso y aun estremecedor de cómo era en realidad.

»Sobre mi cabeza brillaba la luna llena; casi todo el sombrío jardín estaba sumido en frondosísima oscuridad; pero en los caminitos y la tapia había grandes claros y pálidas franjas de luz lunar, recortados con tan precisos contornos como las cartulinas que se usan para montar el teatrillo de una pantomima de sombras chinescas. Si este paralelismo se adueñó de mi ánimo, quizá fue parcialmente porque de tal guisa luces y sombras se torcían o doblaban en direcciones verticales y horizontales, que recordaban el papel blanco y negro del que los niños recortan las figuras de esas funciones. Sea como fuere, se me ocurrió pensar, inevitable y vívidamente, en una pantomima de sombras; y, en ese

mismo instante, vi el movimiento de la negra silueta de una figura de pantomima proyectada sobre la tapia.

»Al punto adiviné a quién pertenecía esa sombra. Cierto es que se veía alargada y deforme; bien saben ustedes cuan engañosas son las sombras; pero reparé en las alborotadas greñas que hacían recordar a Struwwelpeter; y creo que ya les he dicho que el artista Ayres se asemejaba un poco al típico artista que nunca se hace cortar el pelo. Asimismo, ostentaba esa especie de lánguido recargamiento de espaldas que ostentan semejantes artistas; y allí se veía exagerado el recargamiento de las espaldas, tal como exageran las sombras.

»Pasado un instante, se proyectó sobre la tapia otra negra caricatura; y ésta era aún menos equívoca. También era más activa; aquello no fue sólo una pantomima de sombras, sino además (en un sentido bastante escalofriante) una pantomima de garrotazo y tentetieso».

—Las sombras son engañosísimas —dijo Mr. Pond; y otra vez sus amigos lo miraron no porque les hubiese parecido relevante su intervención, sino más bien desatinada amén de enteramente innecesaria. Pero, antes de quedar nuevamente callado, todavía hubo de agregar:

—Lo más engañoso de una sombra es que puede

ser muy fidedigna.

—¡Ya es suficiente! —estalló Wotton; mas su moderado estallido se vio eclipsado por uno de esos bruscos impulsos que alguna vez llevaban al gigantesco Gahagan a acciones incontenibles pero insólitas, a intervenciones relajantes aunque impertinentes. Se orientó hacia su acusador con reverencia de gran cortesía, casi de gran cortesano, y le dijo:

—No se alarme, caballero. Es una de las paradojas de Mr. Pond. Todos estamos orgullosísimos de nuestro Pond y sus paradojas. Úselas en el baño. Las paradojas de Mr. Pond no faltan en ningún hogar. Qué haría una madre sin las paradojas de...

—¡No haga el payaso, Gahagan! —dijo Hubert Wotton; y su voz tuvo un acerado timbre que siempre respetaban sus amigos. Se produjo un silencio, al cabo del cual Mr. Pond dijo taxativamente:

—Jamás en la vida he formulado una paradoja. Lo que hace un instante he dicho ha sido una perogrullada.

El vicario de Hanging Burgess pareció enormemente desorientado, pero conservó la compostura y prosiguió la narración:

—Mucho me temo que todo eso no venga al caso... en especial porque yo mismo aún no he

llegado al caso. En rigor de verdad, importa poco que las sombras sean engañosas o no; porque uno o dos minutos después vi claramente a quienes las habían proyectado. Cierto es que a uno lo vi sólo un instante, podríamos decir que en un destello; pero vi largamente al otro.

»La primera figura, la figura de pelo largo que yo había reconocido como el artista, corrió con suma celeridad por una franja de luz lunar y se perdió en la densísima sombra de la enredadera que trepaba al balcón; mas no hay duda de que empezó a trepar por la enredadera.

»Durante unos momentos la segunda figura se quedó mirándola, bajo la luna insistente; y de su identidad no cabía ni sombra de duda. Era el capitán Gahagan, vestido de uniforme, y ya empuñaba su gran pistola marcial. Con voz fuerte, algo alterada, gritó e insultó al otro infortunado trovador, que trepaba la romántica escala vegetal tal como antes había hecho él.

»En aquel instante toda la situación se hizo definitivamente clara; pues entre la maraña de hojas tropicales vi destacar la peluda cabeza del malogrado artista, envuelta en sombras, pero tanto más inequívoca cuanto que la luna se la aureoló. Mas esa misma luz lunar caía de lleno sobre el rostro del capitán, tan relumbrante como un retrato



fotográfico... si bien relumbraba con un horrible visaje o mueca de odio».

Una vez más Mr. Pond interrumpió suavemente, pero produciendo un efecto de general sobresalto:

—Dice usted que era de odio. ¿Seguro que no era de horror?

El vicario era muy inteligente, y siempre meditaba antes de responder, aunque no comprendiera nada. Por último dijo:

—Creo que no. Además, ¿por qué iba a ser horror lo que sintiera el capitán Gahagan al ver a Mr. Ayres?

—Tal vez —dijo Pond, luego de un silencio— porque nunca se había hecho cortar el pelo.

—¡Pond! —dijo Wotton con gran acrimonia—. ¿Le parece que es momento de bromas? Parece olvidar que usted mismo ha dicho que es un asunto muy penoso.

—He dicho que es muy penoso —dijo Pond— que un buen amigo sea capaz de un acto horrible. —Tras una de sus súbitas pausas, agregó—: Pero no pensaba en Gahagan.

El estupefacto vicario semejó renunciar a todo excepto a la perseverante prosecución de su relato:

—Tal como acabo de decir, desde abajo el capitán Gahagan insultó a su rival y le gritó que bajara; pero no intentó trepar por la enredadera,

aunque ya había demostrado cuan ágilmente sabía hacerlo. Por desdicha, hizo algo distinto: algo que sabía hacer con mucho mayor agilidad. A la luz de la luna vi el destello azul del cañón de su pistola mientras la apuntaba; y después el destello rojo; y seguidamente una nubecilla de humo ascendió al cielo; y aparatosamente el hombre de la escala vegetal cayó entre las grandes hojas y se estrelló contra el oscuro espacio de abajo.

»No pude ver igual de claramente lo que ocurrió en aquel espacio oscuro; pero comprendí, a todos los efectos, que aquel hombre había muerto; pues el homicida asió una pierna del cadáver y lo arrastró por los sombríos caminitos descendentes del jardín. Y, cuando oí un distante chapuzón, comprendí que lo había arrojado al río.

»Pues bien, como digo, éste es mi asaz grave testimonio de lo que vi y comprendí; pero sólo lo aporto movido por un humanitario sentimiento del deber hacia quienes puedan verse afectados; admito que las circunstancias fueron de tal índole que actualmente resultaría arduo presentar pruebas legales.

»A la mañana siguiente Albert Ayres había desaparecido sin dejar huella; bien que es verdad, como ya he dicho, que nos había hablado de marcharse muy temprano para un viaje de pintor.

«También el capitán Gahagan desapareció pasada la mañana siguiente; pero creo que es lo cierto que prácticamente su permiso había expirado y por fuerza debía regresar al frente; y no había ninguna posibilidad de presentar una denuncia (que habría sido, ya entonces, considerada una denuncia insuficientemente fundada) en una época en que se precisaba a todo hombre y hasta los presos comunes redimían sus condenas en el campo de batalla... y en que había que censurar toda información y correr un tupido velo entre nuestro país y todo ese vasto laberinto denominado “en algún lugar de Francia”. Pero al enterarme recientemente de que, por razones matrimoniales, es esencial solicitar del capitán Gahagan una aclaración o expiación de su pasado, determiné sacar a la luz el episodio. Y no he testimoniado nada que yo no presenciara». —Lo ha testimoniado usted asaz claramente— dijo Mr. Pond —. Más claramente de lo que se figura. Pero es que aun en la más clara de las noches de luna llena, según hemos convenido, las sombras pueden ser engañosísimas.

—Ya le hemos escuchado eso —dijo Sir Hubert, con indicios de irritabilidad.

—Y, tal como ya me han escuchado también —observó Mr. Pond, sin inmutarse—, cuando es más engañosa una sombra es precisamente cuando es

fidedigna.

Tras esto cayó el silencio sobre el tribunal; y el silencio se tornó cada vez más tenso, pues, luego de estos tiros a ciegas, o que parecían a ciegas, disparados por Mr. Pond después de concluir la acusación, todos fueron conscientes de que ya nada podía demorar la acción principal. Durante unos instantes pareció que consistiría en inacción; pues Gahagan, que había ido poniéndose cada vez más sombrío, no hizo sino seguir meneando los talones, como si nada tuviera que decir. Y verdad es que, cuando enérgicamente Sir Hubert lo instó a hablar, casi todos creyeron entender, al pronto, que declaraba gravemente, por no decir tristemente, que nada tenía que decir:

—¿Qué puedo decir salvo que hago lo que se denomina una confesión de culpa? ¿Qué puedo decir salvo que hice algo abominable, que cometí una odiosa maldad y que siempre llevaré encima ese pecado?

De improviso el abogado semejó erizarse como por una descarga eléctrica, pleno de frío apasionamiento.

—¡Disculpen, disculpen! —exclamó—. Antes de que prosiga usted, antes de que pronuncie una sola palabra más, es menester dejar establecido que sería preciso recogerlo todo por escrito en forma legal.

Cuando se trata de delitos de poca monta, es permisible la confidencialidad; pero si lo que vamos a escuchar es toda una confesión de asesinato...

Gahagan gritó: gritó tan fuerte que los demás se sintieron casi demasiado sorprendidos para advertir que se trataba de una carcajada, aunque una carcajada no muy jovial.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Se figura que voy a confesar un asesinato? ¡Oh, qué enfadoso es esto! Por supuesto que jamás he cometido un asesinato. He dicho que cometí una maldad; pero no es a un picapleitos a quien voy a pedirle perdón por haberla cometido.

Se orientó hasta quedar frente por frente del clérigo; y toda su disposición corporal y espiritual pareció transmutarse; de manera que, cuando por fin volvió a hablar, fue como si hablara un hombre distinto:

—Es a usted a quien debo pedir perdón. ¿Qué puedo decirle? Para usted es un asunto personal; vale decir, un asunto real. Inútil me sería hablar teóricamente de tales cosas. Inútil me sería escudarme en la multitud o argüir que aquella clase de pecado era cometida por unos pobres diablos liberados de los infiernos merced a un permiso, para quienes cualesquiera vacaciones eran un paraíso... sólo que un paraíso muy terrenal: algo así como el

paraíso musulmán. Cortejé, sí, a su hija sin tener propósitos sinceros, pues realmente no estaba en posesión de mi alma.

—Ninguno teníamos alma en tales vacaciones entre dos estancias en los infiernos. Y es verdad que tuve un rival. Es verdad que me enfurecí contra mi rival; y sigo enfureciéndome cuando recuerdo lo que hizo. Sólo que... —Se interrumpió, como en una tesitura embarazosa.

—Continúe —dijo Mr. Pond, afablemente.

—Sólo que mi rival no fue el artista de pelo largo —dijo Gahagan.

Una vez más Hubert Wotton alzó bruscamente la mirada, fruncido el entrecejo; pero fue con serenidad como aconsejó a Gahagan que relatara su versión empezando por el principio, como Dios mandaba.

—Mejor será que empiece —dijo Gahagan— por el principio del segundo incidente: aproximadamente en el instante en que se oyó un aullido perruno en el ensombrecido jardín. He de matizar que yo estaba pasando la velada en casa de Ayres, el artista; la verdad es que éramos muy amigos... aunque un rato antes hubiera habido algo de fanfarronada bromista en punto a la ocupación de trovador.

»Yo tenía que ir revisando ya mi equipaje y estaba adecentando algunas de mis pertenencias más ligeras; por eso me había puesto a limpiar mi pistola

marcial. Ayres repasaba algunos de sus porfolios; y en eso estábamos cuando salí afuera, en el mismo momento en que Mr. Whiteways se asomaba a la ventana, por una natural curiosidad al oír aquel extraño sonido en la noche. Sólo que él no oyó lo mismo que oí yo. Yo oí no sólo algo semejante al aullido de un perro, sino además un silbido como los que se emplean para mandar a los perros.

«Aparte, vi algo que él no vio. Durante unos momentos, entre la tracería de una espaldera para vides, vi, muy blanco a la luz de la luna, el rostro de Paul Green, ese distinguido hombre de ciencia. Era distinguido tanto en personalidad como en aspecto; recuerdo que pensé, en aquel instante, que tenía un semblante muy apuesto y que la plateada luz lunar volvía aún más bello el modelado de sus facciones. Hubo cierto motivo para que mi atención se demorara en esa máscara plateada, pues, en aquel preciso instante, se le veía una especie de sonrisa de odio que helaba la sangre.

»Entonces se esfumó el rostro; y mi experiencia volvió a coincidir casi punto por punto con la del vicario, exceptuando que yo no había visto lo que ocurría a mis espaldas. Pero me di la vuelta a tiempo de apercibirme de que algo había recorrido el caminito y empezaba a trepar por la enredadera. Treparaba muy ágilmente, mucho más ágilmente que yo,

pero no era fácil verlo o identificarlo bajo la oscura sombra de las hojas.

»Me dio la impresión de que tenía largas extremidades y esa especie de recargamiento de espaldas que ya hemos oído aludir; enseguida vi, igual que la vio el vicario, una cabeza que sobresalió entre el follaje, resaltada por la luna con una especie de aureola en el pelo largo. Sólo que entonces, por segunda vez aquella noche, vi algo que él no vio. El Romeo, el trovador trepador, giró la cabeza, conque, por un instante, se la vi de perfil: una negra silueta recortada contra la luna. Y me dije: “¡Santo Dios! Sí que es un perro”».

El vicario se hizo consternado eco de la invocación divina; el abogado hizo un impetuoso ademán como de pedir la palabra; pero Wotton instigó a su amigo, casi con brusquedad, a continuar; lo cual tuvo la consecuencia de infundirle una especie de súbita desgana, que alarmó por su semejanza a una tentación de dejar de hablar.

—Interesantísimo personaje es Marco Polo — prosiguió el capitán Gahagan con ameno desapego—. Creo que fue el veneciano Marco Polo; cuando menos, fue uno de esos audaces viajeros medievales. Sabrán ustedes que la gente decía que no contaban más que engañifas sobre mandrágoras y sirenas; pero posteriormente se ha verificado que, en muchos



casos, sus engañosas eran exactas. De cualquier modo, quienquiera que fuese relataba que había visto hombres de cabeza de perro. Ahora bien, si examinamos alguno de los monos mayores, como el babuino, veremos que realmente su cabeza es muy similar a la de los perros: que no se asemeja a la del hombre tanto como la de los monos medianos.

Mr. Little, el abogado, revolvió agitadamente algunos de sus documentos, con agudo ceño y raudos modales alertas.

—Un momento, capitán Gahagan —intervino—. Tengo entendido que también usted ha viajado mucho; en sus viajes ha llegado hasta China, y de ahí le vendrá su afición por los cuentos chinos. Me da la impresión de que éste lo ha sacado de *Los crímenes de la calle Morgue*.

—Ojalá fuera así —repuso el capitán.

—En esa historia —insistió el abogado— creo que había un simio antropeide que se fugaba y desobedecía a su amo y no le daba la gana de regresar.

—Sí —dijo Mr. Pond con voz queda, casi dolida—. Pero en este caso no desobedecía a su amo.

—Mejor será que narre usted el resto, Pond —dijo el capitán, en uno de sus singulares ataques de irresponsable poltronería—. Salta a la vista que, no sé muy bien cómo, usted ya había adivinado la

verdad antes de que yo empezara a relatarla.

Mr. Little pareció un poco amostazado, y reclamó:

—Estimo que el capitán ha narrado este curioso cuento, o lo que sea, de forma muy efectista y capciosa. En mis apuntes consta que, literalmente, ha dicho:

«*Algo* había recorrido el caminito y empezaba a trepar por la enredadera».

—Mi forma de decir eso ha sido, antes bien, de una pedante exactitud —dijo Gahagan, meneando la mano con intención condescendiente—. Procuraba no adentrarme en controversias teológicas o metafísicas sobre si los monos tienen alma.

—¡Pero todo eso es horripilante! —exclamó el clérigo, hondamente turbado—. ¿Está usted seguro de que lo que vi era un mono?

—Me hallaba cerquísima —dijo el capitán—. Y vi su figura, en tanto que usted sólo vio su sombra.

—No —dijo Pond educadamente—. El vicario vio su figura pero no le dio crédito porque estaba en su sombra. A eso me refería al aseverar que una sombra puede ser engañosamente fidedigna. Nueve de cada diez veces, una sombra sale alargada y deforme. Pero, en determinadas circunstancias, cabe que sea una silueta exacta. Sólo que siempre pensamos que estará algo distorsionada; y por eso

nos engaña cuando no lo está. Al vicario no le parecía ilógico que Mr. Ayres, con su abundante pelambreira y su original recargamiento de espaldas, proyectara una sombra que recordara a un jorobado maltrecho o un ser peludo y corcorvado. Pero *realmente* era un ser peludo y corcorvado. Lo adiviné cuando dijo, ya en nuestra primera entrevista, que la sombra de Gahagan era aún menos equívoca. ¿Cómo podía serlo a menos que la otra sombra fuese algo equívoca?

—Desde donde yo miraba, no había equivocación posible —dijo Gahagan—. Vi que era un simio, y comprendí que procedía de las jaulas y casetas zoológicas del eminente biólogo vecino. Tuve la intensa esperanza de que sólo se tratara de una broma de pésimo gusto; pero no estaba dispuesto a correr ningún riesgo; me consta que antropoides así no son ninguna broma. Cuando menos, tal vez pegara algún mordisco, y entonces... vaya, a servidor le bulleron toda suerte de ideas de pesadilla.

»Había otra vertiente del interés del amigo biólogo hacia los animales: vivisecciones, inoculaciones, infecciones, vacunas... Sabe Dios qué había podido experimentar en aquella bestia. Por lo mismo la maté de un tiro, y mucho me temo que soy incapaz de pedir perdón por eso. Arrojé su cadáver al río; como bien saben, es un río embravecido y

correntoso, y, que yo sepa, jamás se volvió a oír hablar del animal. Ciertamente, el Dr. Paul Green no se atrevió a poner en los periódicos un anuncio reclamándolo».

Inopinadamente el clérigo rural, pese a su robustez y su ancho tórax, se estremeció de pies a cabeza. Pasado el repeluzno dijo, pastosamente, que aquello era algo aberrante.

—Pues *eso* quería yo significar —dijo Mr. Pond— con lo de que era muy penoso que un buen amigo fuera capaz de un acto horrible. En ello pensaba, asimismo, al aseverar que la clave de todo el asunto estaba en la cojera del Dr. Green.

—Ni siquiera ahora —masculló el vicario— alcanzo a entender el significado de esta última frase suya.

—Es bastante doloroso —aclaró Pond— pero creo que no resulta descabellado afirmar que el doctor es, en el más literal de los sentidos, un sabio algo loco. Lo fundamental es que creo saber qué exacerbó su locura. Tenía una personalidad atrayente; estaba enamorado de la señorita de la vicaría y allí gozaba de gran influencia; como muy verazmente dice Gahagan, en realidad es hombre bien parecido y, por naturaleza, muy activo; sólo que estaba condicionado por la desgracia de su cojera.

»Lo que dio definitivo impulso a su locura, en

aquella terrible noche estival de luna llena, fue algo que creo que, con un poco de imaginación, puede entenderse hasta cierto grado: algo no del todo ilógico, si es que algo que desemboca en tal delirio puede no ser ilógico. Escuchó que sus rivales se ensoberbecían de lo único que él no podía hacer. Primeramente, uno de los jóvenes presumió de haberlo hecho; sí, es usted presumido, Gahagan, y de nada le valdrá negarlo. Y luego lo del otro joven fue aún peor; pues llegó al extremo de mofarse de la hazaña por estimarla facilísima, cuando para Green era imposible.

»Naturalmente, un cerebro como el suyo se indignó, como ya hemos visto, aun durante aquella conversación, determinándose a alegar que trepar no es un gran indicio de superioridad, que hasta una enredadera sin cerebro sabe trepar, que un simio trepa mejor que un hombre. “Hay que buscar en un nivel muy inferior para encontrar cosas que lleguen a un nivel tan superior”. Mirado como réplica aguda, es muy bueno. Pero su ánimo no aspiraba sólo a la agudeza y a la réplica: estaba ciego de celos y hervía de rabia, y ya deliraba un poco. Confiemos en que únicamente trató de hacer una especie de demostración; pero, sea como fuere, aquello era lo que quería demostrar».

Mr. Little, el abogado, seguía exhibiendo un

semblante pedernalino; a todas luces le había cobrado ojeriza a Gahagan, que tenía el don de irritar a las personas formales y legalistas.

—Ignoro si se nos pide que aceptemos esa increíble historia sólo por mor de las ingeniosas hipótesis de Mr. Pond —dijo con cierta acritud—; mas hay una nueva pregunta que deseo formular.

Hojeó sus documentos, cual si los consultara, y luego alzó la mirada para plantear, con aún mayor acritud, en un estilo perfeccionado a fuerza de incontables interrogatorios:

—¿No es cierto, capitán Gahagan, que es usted harto conocido por su afición a narrar historias peregrinas? En mis informes consta que en cierta ocasión usted deleitó a sus oyentes contando que había visto seis tremebundas serpientes marinas, cada una de las cuales se tragó a la que la antecedía. Asimismo contó un pintoresco incidente sobre un gigante enterrado bajo Muswell Hill; y se dice que una vez ofreció una vividísima descripción de un tornado de hielo que se elevaba hasta el firmamento. Su interesante relación del descubrimiento de las ruinas de la Torre de Babel...

Sir Hubert Wotton, pese a toda su aparente cortedad de alcances, poseía una esencial perspicacia que a veces golpeaba como un mazo. Durante todo este rato había estado guardando un

silencio de rigurosa imparcialidad; pero súbitamente interrumpió la última andanada de mala fe del abogado como si lo dejara mudo de un golpe.

—Denegado —dijo—. Todos conocemos a Gahagan, y sus historietas son desatinos; pero peor desatino es que trate usted de esgrimir las en su contra. En tanto usted ha tenido acusaciones serias que hacer, le hemos dado perfecta oportunidad de presentarlas. Pero si piensa hablar de cosas que nadie se ha tomado jamás en serio, y Gahagan menos que nadie, no lo toleraré.

—Muy bien —espetó airadamente Mr. Little—, mi pregunta final será sumamente seria. Si el capitán Gahagan se limitó a hacer lo que ha contado, ¿por qué diantres no lo reveló nunca anteriormente? ¿Por qué desapareció? ¿Por qué huyó pasada la mañana siguiente?

Lentamente Peter Gahagan levantó del asiento su gigantesca figura; al abogado ni siquiera lo miró, sino que con honda expresión de remordimiento fijó la vista en el viejo clérigo.

—Hay una respuesta —dijo—. Pero preferiría dársela a cualquiera menos a Mr. Whiteways.

Y, por muy sorprendente que parezca, así que Mr. Whiteways oyó esta negativa, se levantó también y le

ofreció la mano a Gahagan.

—Le creo —dijo—. Precisamente esta última frase suya es lo que me ha convencido.

El desdeñoso abogado, desertado así por su mismísimo cliente, guardó sus documentos en su maletín negro; y se clausuró el poco convencional proceso.

Más tarde Gahagan dio la respuesta a aquella pregunta final: se la dio a la persona a quien ahora le decía todo, Joan Varney, con quien estaba prometido en matrimonio. Y, aunque parezca mentira, ella la aceptó.

—Si quieres expresarlo así —dijo él—, no hui de la policía: hui de la señorita. Y sé que suena a canallada; pero en ese momento realmente pensé que sería lo mejor para ella, en una situación brutal y entre alternativas brutales. A la mañana siguiente me enteré de que el vicario andaba diciendo que yo había perpetrado un asesinato. Y si yo lo desmentía... vaya, para empezar, ella habría de saber que su buen amigo, el amigo de sus mascotas, era un maldito lunático que, cuando menos, habría podido inferirle una repugnante ofensa.

»Pero eso no lo era todo. Yo me había comportado tan indecorosamente como el que más;



estaba en una posición bochornosamente falsa; y, como permaneciese allí, ella y yo no tendríamos más remedio que sumergirnos en el barrizal de las explicaciones personales y los remordimientos estériles, en el que es difícil determinar si lo pasa peor el hombre o la mujer. Entonces me invadió un extraño pensamiento: un pensamiento secreto, casi inconsciente; mas no logré reprimirlo. Imagínate que ella seguía reflexionando y en el futuro, en momentos más serenos, recordaba que un hombre mató a otro por ella. Se sentiría horrorizada; pero no se sentiría engañada. Algo no hacía más que susurrarme incontinentemente que en el fondo se sentiría... un tanto halagada».

—Creo que atinas en lo que respecta a ella —dijo Joan, tan sincera como siempre—. Pero, así y todo, debiste confesarle la verdad.

—Joan —dijo él—, sencillamente me faltó valor.

—Lo sé —dijo ella—. También sé muy bien que has recibido la D. S. O.<sup>[22]</sup>; y yo misma te he visto saltar un precipicio que me mareaba de sólo mirarlo. Pero es lo que os pasa a todos los bravos caballeros gallardos. —Irguió la cabeza levísimamente—. Os falta valor.

## UN ASUNTO DE ALTURA

Estaban charlando sobre las recientes convulsiones políticas en Alemania los tres viejos amigos: Sir Hubert Wotton, el conocido burócrata; Mr. Pond, el burócrata desconocido; y el capitán Gahagan, que bajo ningún concepto había aplicado jamás la pluma al papel pero que gustaba de improvisar los más fantasiosos relatos orales. En esta ocasión, no obstante, la íntima reunión contaba con un cuarto miembro; pues se hallaba presente la esposa de Gahagan, muchacha de aspecto sincero, cabello castaño claro y ojos castaños oscuros. Prácticamente eran recién casados; y la presencia de Joan Gahagan espoleaba al capitán a aún más exagerados alardes de fantaseo.

El capitán Gahagan se asemejaba a un dandi de la

época de la Regencia; Mr. Pond se asemejaba a un pez de redondos ojos que tuviera la barba y la frente de Sócrates; Sir Hubert Wotton se asemejaba a Sir Hubert Wotton, lo cual compendia una personalidad muy firme y varonil, por la cual sentían gran respeto sus amigos.

—Es una infame vergüenza —aseveraba Wotton— el trato que esa nación ha dispensado a los judíos: judíos cabalmente honrados e inofensivos, tan comunistas como pueda serlo yo, hombres humildes que habían prosperado a fuerza de méritos e industriosidad y a quienes se ha echado a patadas de sus empleos sin la más mínima indemnización. Supongo que estará usted de acuerdo conmigo, ¿eh, Gahagan?

—Desde luego —respondió Gahagan—. Yo jamás le he dado una patada a un judío. Es más, recuerdo tres ocasiones y media en que enérgicamente tuve que contenerme de hacerlo. En cuanto a todos esos cientos y miles de pobrecillos violinistas, actores y ajedrecistas, opino que es una ruin vergüenza que los hayan despedido a patadas o siquiera les hayan dado patadas. Pero me figuro que estarán dándose de patadas ellos mismos por haber sido tan leales a Alemania e incluso, en cualesquiera otros países, tan acérrimamente germanófilos.

—Aun eso puede ser una impresión inexacta —

dijo Mr. Pond—. ¿Recuerdan el caso Cari Schiller, acontecido durante la Gran Guerra? Todo quedó muy en privado, lo sé de buena tinta; pues ocurrió, literalmente, dentro de mi departamento. Siempre he comprobado que las historias de espionaje constituyen la rama más tediosa del género policiaco; en mi modesta frecuentación de la amena literatura de misterio, las eludo invariablemente. Pero lo cierto es que esta historia de espionaje sí que tuvo un desenlace inesperado y harto asombroso. Sabrán ustedes que en tiempos de guerra el trabajo gubernamental en tales asuntos es entorpecido por los aficionados, tal como el duque de Wellington era entorpecido por los profesionales. Nosotros acosábamos a los espías... y los espíomanos nos acosaban a nosotros. No cesaban de acudir a denunciar haber visto a tal o cual persona que parecía un espía. En vano les asegurábamos que los espías nunca parecen espías. En rigor de verdad, el enemigo se mostraba ingeniosísimo manteniendo incógnitas a las personas realmente implicadas: a veces mediante su normalidad, a veces mediante su mismísima anormalidad; éste era demasiado pequeño para ser notado; ése era demasiado alto para ser visto; aquél estaba pretendidamente paralítico en el hospital y de noche salía por la ventana...

Con sus sinceros ojos castaños Joan lo miró

intrigada:

—Disculpe, Mr. Pond; le ruego que nos aclare qué quiere significar con eso de alguien demasiado alto para ser visto.

La animación de Gahagan, excitable de suyo, estalló en carcajadas y una jocosa improvisación.

—A veces puede darse el caso, cariño —dijo—. Podría citarte miles de ejemplos pertinentes. Tomemos, sin ir más lejos, lo acaecido a mis malhadados amigos los Balham-Brown, que residían en Muswell Hill. Mr. Balham-Brown acababa de volver de su trabajo (en la Compañía Imperial e Internacional de Tuberías de Plomo) y según tenía costumbre estaba ejercitándose en el manejo de la cortadora de césped, cuando advirtió entre la hierba unos brotes de color no verde sino castaño cobrizo y que parecían pelo animal... o, más aún, pelo humano. Mi amigo Mr. Pond, cuya colección particular de Barbas Gigantescas no tiene rival (salvo, cierto es, en la sin par colección de Sir Samuel Snodd), lo identificó como el cabello largo típico de los enaquim<sup>[23]</sup>; y, a juzgar por el vigor de la muestra, este hijo de Enac estaba enterrado pero seguía con vida. Con la característica mala fe de la comunidad científica, el Dr. Pooter contraatacó con la teoría de que Júpiter enterró vivos a tres titanes: uno bajo el Etna, otro bajo el Ossa, y el tercero bajo Muswell

Hill. Sea como fuere, la villa de mis desventurados amigos los Balham-Brown quedó arrasada, y revuelto como por un terremoto todo el barrio, a fin de desenterrar al monstruo. Cuando hubo quedado al descubierto la totalidad de su cabeza, era como una colosal esfinge; y Mrs. Balham-Brown se lamentó ante las autoridades porque aquel rostro le infundía pavor, de tan excesivamente grande como era. Sin pérdida de tiempo Mr. Pond, que casualmente pasaba por allí, asestó una de sus paradojas (de las que siempre va bien surtido) afirmando que, por el contrario, bien pronto se vería que aquel rostro era excesivamente pequeño. Para abreviar una historia larga...

—O sofrenar una historia peregrina —añadió Joan con algo de mordacidad.

—... Lo cierto es que cuando desenterraron completamente al titán, era tan alto que, conforme a las leyes de la perspectiva, su cabeza en el firmamento apenas si se veía como un pequeño punto. Costaba discernir o identificar un solo rasgo de aquel rostro celeberrimo. Pero el titán se marchó a grandes zancadas; y afortunadamente resolvió cruzar a pie el Atlántico, donde, por lo visto, aun un ser como él se ahogó. Se rumorea que la infeliz criaturita se dirigía a dar conferencias en Estados Unidos, movida por ese impulso misterioso que conduce a cualquier

persona mínimamente notoria a tomar tal rumbo.

—Muy bien, ¿has terminado ya? —demandó Joan—. Ya todos te conocemos a ti y tus historietas; y son puros sinsentidos. Pero si Mr. Pond asevera que alguien era demasiado alto para ser visto, quiere significar algo. Mas ¿qué puede ser ello?

—Bueno —dijo Mr. Pond, carraspeando ligeramente—, en realidad ello forma parte de la historia que yo había empezado a referir. En la expresión no había notado nada insólito al emplearla; pero reconozco que, bien mirada, tal vez sí sea una expresión que requiera desarrollo. —Y pasó, en su estilo levemente pedante, a narrar la anécdota que se detalla a renglón seguido.

Todo aconteció en una localidad dotada de un elegante balneario, y también de un importantísimo puerto marítimo; por consiguiente, era lógico lugar de concentración de toda vigilancia, profesional o aficionada, contra espías. Teóricamente Sir Hubert Wotton estaba a cargo del contraespionaje de todo el distrito, pero Mr. Pond se encargaba del contraespionaje de la localidad en términos más prácticos aunque también más discretos, investigando toda irregularidad desde una casa alta de una calle solitaria, una de cuyas habitaciones superiores había

sido funcionalmente reconvertida en oficina; y tenía dos ayudantes a sus órdenes: un callado joven robusto apellidado Butt, de cuello de toro y fornidas espaldas aunque corta estatura; y un funcionario mucho más alto y locuaz y elegante, apellidado Travers, pero a quien casi todos llamaban por su nombre de pila: Arthur. En la planta baja el fornido Butt se sentaba a un escritorio, desde donde controlaba la puerta y a cualquiera que la cruzase; en tanto que Arthur Travers laboraba en la oficina de la planta alta, donde se guardaban algunos valiosísimos documentos oficiales, incluyendo los únicos planos de las minas en la rada.

Mr. Pond siempre pasaba varias horas diarias en esas oficinas, pero disfrutaba más oportunidades que los otros de hacer gestiones por toda la ciudad, conque tenía un copioso conocimiento del vecindario. Era un barrio muy alicaído: consistía, de hecho, en unas pocas casonas nobles venidas a menos, casi todas deshabitadas y cerradas, lindando con varias manzanas de casitas obreras, asaeteadas entonces por algo denominado Inquietud y que cobra una intensidad especialmente desestabilizadora en tiempos de guerra. En cuanto salía por la puerta, Mr. Pond hallaba poquísimas cosas calificables de rasgos en aquella calle sin rasgos; pero en la acera de enfrente había una antigua tienda de antigüedades,



con un amplio repertorio de viejas armas asiáticas en el escaparate; y en la opulenta casa de al lado vivía Mrs. Hartog-Haggard, más alarmante que todas las armas del mundo.

Mrs. Hartog-Haggard era una de esas personas, presentes en todo lugar, que parecen una caricatura convencional de la típica solterona aunque en realidad son ejemplares madres de familia. Semejantemente, parecía una de esas señoras que son insoportablemente adeptas a los mítines pacifistas; pero, en realidad, era pasionalmente patriótica, por no decir belicista. Y el hecho es que a menudo sendos extremismos opuestos se prestan a idéntica clase de férvido fanatismo. El pobre Mr. Pond tiene sobradas razones para recordar aquel aciago día en que por primera vez vio la agitada y angulosa figura de Mrs. Hartog-Haggard ensombrecer el umbral mientras pasaba desde la calle mirando suspicazmente a través de sus singulares lentes cuadrados. Por lo visto se había producido alguna dilación en su entrada: estaban llevándose a cabo unas obras en el porche, y algún poste tendido o tabla suelta no fue apartado de su paso con la debida prontitud por los obreros encargados de aquellas reparaciones; a decir verdad, según declaró ella misma, el estorbo fue retirado de mala gana y con emisión de gruñidos; y para cuando ella logró llegar

hasta el funcionario ya había brotado y cuajado en su fuero interno toda una teoría de peso.

—Ese capataz es *socialista*, Mr. Pond —declaró al oído del desdichado funcionario—. Con mis propios oídos acabo de escucharlo mascullar algo sobre lo que iba a replicar su sindicato. ¿Qué pinta merodeando tan cerca de estas oficinas?

—Hay que saber distinguir —dijo Mr. Pond—. Un miembro de un sindicato, aunque sea un militante, no es necesariamente un socialista; y un socialista no es necesariamente un pacifista, y menos aún un germanófilo. En mi opinión, los principales dirigentes de la S. D. F.<sup>[24]</sup> son los marxistas más radicales de Inglaterra; y todos ellos apoyan activamente a los Aliados. Uno de los líderes de la huelga portuaria está en vena de hacer discursos de alistamiento por todo el Imperio Británico.

—Estoy segura de que no es inglés; no tiene ninguna pinta de inglés —dijo la señora, todavía ocupada en el malvado proletario de afuera.

—Gracias, Mrs. Hartog-Haggard —dijo Pond, flemáticamente—. No dejaré de tomar nota de su advertencia y hacer que se indague el caso.

Y así lo hizo, con la meticulosa precisión de quien no puede dejar ningún cabo suelto. Ciertamente el capataz no parecía muy inglés... aunque parecía antes escandinavo que germano. Se apellidaba

Peterson; era posible que en realidad fuera Petersen. Pero eso no era todo. Mr. Pond tenía aprendida la definitiva lección del sabio: que a veces el tonto tiene razón.

Pronto desapareció de su vista el incidente en medio del marasmo de su trabajo; pero al día siguiente se llevó un sobresalto al alzar la mirada de su escritorio, o mejor dicho el escritorio de Mr. Butt, que en ese momento utilizaba, y ver nuevamente a la patriótica señora cernirse como una sombra vengadora en el umbral. Esta vez entró raudamente, sin obstáculos en la barricada socialista, y lo advirtió de que le traía la más terrible de las informaciones. Parecía haberse olvidado de todo lo relativo a sus anteriores sospechas; y, en verdad, las nuevas le eran lógicamente más desasosegantes. Ahora había descubierto al enemigo en su propia casa. De improviso había reparado en su propia institutriz alemana, a quien hasta entonces no prestara una gran atención. Pond sí que ya se había fijado con cierto interés en la extranjera de marras: una mujer regordeta de cabellera rubia pajiza, a quien había observado volver de llevar a las tres niñas y el niño de Mrs. Hartog-Haggard a la pantomima de *El gato con botas* que se representaba en el paseo marítimo. Incluso la había escuchado instruir a aquellos pupilos con nociones educativas sobre los cuentos populares;

y se había sonreído levemente ante la pedantería teutónica que insiste en denominar cuento popular a lo que debería denominarse cuento fantástico. Pero había adivinado bastantes cosas de esta mujer; y no veía motivo para llevar a cabo ulteriores pesquisas.

—Se encierra durante horas en su habitación y rehusa salir —le susurró contundentemente al oído Mrs. Hartog-Haggard—. ¿Cree usted que estará enviando señales o que saldrá por la escalera de incendios? ¿A usted qué le parece que significa eso, Mr. Pond?

—Accesos histéricos —dijo Mr. Pond—. ¡Cómo! ¿Se figura que la pobre no puede ser histérica porque no hace retumbar toda la casa a fuerza de chillidos? Pues cualquier médico le explicará que en general la histeria es una afección reservada y silenciosa. Y lo cierto es que hay una veta de histerismo en la mayoría de los teutones; se trata de la exacta contrapartida de la aparatosa gestualidad de los latinos. No, señora, no creo que esta mujer salga por la escalera de incendios. Lo que creo es que se encierra para decirse que sus pupilos no la quieren y pensar en el *weltschmerz*<sup>[25]</sup> y el suicidio. Y es lo cierto que la pobre vive una situación terriblemente ardua.

—Se niega a unirse a las plegarias familiares — insistió la patriótica matrona, nada dispuesta a

dejarse desconvencer— porque rezamos por la victoria británica.

—Deberían ustedes rezar —dijo Mr. Pond— por todas las infortunadas inglesas forzadas a residir en estos momentos en Alemania por razones de indigencia o de trabajo o de familia. Si esta mujer ama su terruño, lo único que hace es probar que es humana. Si lo expresa brillando por su ausencia, o mediante mutismos o portazos, lo único que hace es probar que es muy alemana. Además prueba que jamás serviría para espía alemana.

También en esta ocasión, sin embargo, Mr. Pond adoptó la precaución de no pasar por alto ni desdeñar por entero la advertencia: siguió a la institutriz alemana y logró entablar conversación con ella so capa de un pretexto trivial... si es que podía conservar la trivialidad algo que tan docta dama abordase.

—Alguna vez sus visitas a nuestro teatro nacional —dijo Mr. Pond con seriedad— han de recordarle la más grande y noble obra literaria que Alemania ha producido nunca.

—Se refiere al *Fausto* de Goethe, presumo —repuso ella.

—Me refiero a los *Cuentos* de los hermanos Grimm —dijo Mr. Pond—. En este instante temo haber olvidado si la narración *El gato con botas*

figura en la recopilación de los Grimm en la versión que todos conocemos; pero estoy segurísimo de que por lo menos incluye alguna variación sobre ella. Siempre he estimado que es tal vez el mejor cuento que existe.

La institutriz alemana lo obsequió con una breve conferencia sobre paralelismos en la tradición oral; y Pond no pudo evitar sentirse divertido ante el tratamiento etnológico y científico de un cuento popular representado en el paseo marítimo por Miss Patsy Pickles, con mallas y demás aderezos, secundada por el afamado comediante que se hacía llamar Alberto Tizzi, nacido en Blackfriars Road.

Al regresar aquella tarde a las oficinas, cuando contempló la figura de Mrs. Hartog-Haggard que de nuevo se cernía afuera, Mr. Pond empezó a creer estar en una pesadilla. Desafortunadamente se preguntó si esta señora habría sacado alguna tenebrosa conclusión de la entrevista que él mismo acababa de celebrar con la teutónica instructora de la infancia. Acaso también él, Mr. Pond, fuese un espía alemán. Mas habría debido conocer mejor a su vecina; pues cuando Mrs. Hartog-Haggard habló, otra vez había echado al olvido sus anteriores sospechas. Pero se sentía más desasosegada que nunca; se agachó para

pasar bajo la armazón de los andamios y entró flechada en la sala, clamando nada más penetrar:

—Mr. Pond, ¿sabe lo que tienen ustedes justo en la acera de enfrente?

—Vaya, creo que sí —dijo Mr. Pond, dubitativo—, más o menos.

—¡Hasta ahora nunca había leído el rótulo de esa tienda! —exclamó la señora—. Ya sabe usted que está muy sucio y oscuro y medio borrado; aludo a la tienda de antigüedades, con todos esos puñales y lanzas. ¡Hay que ver qué descaro el del dueño! Aun ahí tiene grabado su apellido: «C. Schiller».

—Tiene grabado C. Schiller; yo no estaría tan seguro de que tenga grabado su apellido —dijo Mr. Pond.

—¿Quiere decir —exclamó ella— que para colmo utiliza dos distintos apellidos?! ¡Pues eso es aún más preocupantísimo!

—Muy bien —dijo Mr. Pond, irguiéndose súbitamente y con una sequedad que anuló toda su deferencia—, veré qué se puede hacer.

Y por vez tercera Mr. Pond dio algunos pasos movido por los expedientes Hartog-Haggard: dio los diez o doce necesarios para cruzar la calle y visitar la tienda de C. Schiller, en medio de todos sus relucientes sables y yataganes. Quien estaba al otro lado de este escaparate de armas bárbaras era

persona de muy pacífico aspecto, por no decir hombre muy cortés y refinado; y Pond, apoyándose en el mostrador, le habló en voz ponderada y confidencial:

—¿Por qué demontres obra usted así? Tendrá usted más de la mitad de la culpa si se produce alguna índole de disturbio y una chusma patriotera acude a destrozarle el escaparate a causa de ese inverosímil apellido germano. Ya sé que esta guerra no es responsabilidad suya. Me doy perfecta cuenta —recalcó Mr. Pond, con mirada grave— de que no es usted quien ha invadido Bélgica. Me consta sobremanera que sus inclinaciones nacionales no se orientan en esa dirección. Conozco a punto fijo que nada ha tenido que ver con la quema de la Biblioteca de Lovaina ni con el hundimiento del *Lusitania*. Entonces, ¿por qué diantres no lo deja claro? ¿Por qué no quiere apellidarse Levy<sup>[26]</sup>, tal como realmente se apellidaban su padre y su abuelo, cuyos antepasados se remontan al más antiguo sacerdocio del mundo? Y aún se verá en conflictos también con los alemanes, cualquier día, si va por ahí haciéndose apellidar Schiller. Es como irse a vivir a Stratford-on-Avon y hacerse apellidar Shakespeare.

—Lo hago podque cidculan muchísimos pdejuicios contda mi daza —dijo el custodio de la



armería.

—Pues todavía circularán muchísimos más como no siga mi consejo —dijo Mr. Pond con inusual laconismo; y abandonó la tienda para retornar a sus oficinas.

La cuadrada figura de Mr. Butt, sentado al escritorio frente a la puerta, se irguió nada más verlo entrar; pero Pond le indicó que retomara asiento y, luego de encender un pitillo, taciturnamente se puso a dar vueltas por la sala. No creía que hubiese mucho que indagar en ninguno de los tres rumbos de sospecha que le habían sido abiertos; bien que admitía que en el último había riesgos indirectos. Ciertamente Mr. Levy no era alemán; y harto improbable era que fuese un verdadero devoto de Alemania; mas no era de todo punto descabellado suponer que, bajo el enredo y confusión de todo aquel revuelo internacional, pudiese ser utilizado como una especie de instrumento, voluntario o involuntario, de un verdadero complot alemán. En tanto ello fuese posible convendría vigilarlo. Mr. Pond celebró que la tienda de Mr. Levy estuviera justo en la acera de enfrente.

Entonces se puso a mirar al otro lado de la calle, en la oscuridad creciente, con sentimientos difíciles de analizar. Aún podía ver la tienda, con las formas de sus extrañas armas antiguas, por entre la armazón

de los varios postes que aún quedaban del andamio levantado contra la parte baja del porche; la labor de los obreros se había limitado estrictamente al porche y ya la mayoría de sus demás utensilios había desaparecido, pues las obras estaban casi concluidas; pero persistía la suficiente insinuación de un grupo o red de líneas como para confundir las perspectivas en aquel momento tan penumbroso del crepúsculo. En determinado instante le pareció ver moverse repentinamente algo entre los postes, como si se desplazara una sombra; y en su fuero interno se suscitaron los mismos terrores de Mrs. Hartog-Haggard, que son terrores engendrados por la inacción y una especie de excitación inmovilizada, una de las peores entre todas las calamidades de la existencia.

Seguidamente coligió que aquel desplazamiento de sombras había debido de producirse porque acababan de encenderse las luces de la tienda de enfrente; y de nuevo vio, ahora con mucha más claridad, las insólitas líneas de todas aquellas extrañas armas asiáticas: los sinuosos dardos y monstruosas piezas arrojadizas, las espadas con un horripilante parecido a anzuelos o las cuchillas que se contorsionaban cual serpientes de hierro... En una especie de ensoñación tuvo conciencia del abismo que mediaba entre la cristiandad y la otra gran mitad

de la civilización humana: tan ensoñadoramente que le costaba distinguir entre un instrumento de tortura y una herramienta de trabajo. Apenas supo si aquel pensamiento emanaba de su propia convicción de que luchaba contra una barbarie intrínsecamente igual de dañina, o es que le había llegado una ráfaga del extraño perfume del Oriente desde aquel seguramente inocente híbrido de varias naciones que regentaba la tienda; mas experimentó la peculiar opresión de su cargo como no la había experimentado jamás.

Enseguida se obligó a despertar, diciéndose imperiosamente que su misión era trabajar y no meditar sobre la atmósfera que rodeaba su trabajo... y que debería abochornarse de permanecer ocioso mientras seguían ajetreados sus dos subalternos: Butt a sus espaldas y Travers en la oficina de arriba. Por lo mismo quedó sorprendidísimo, cuando bruscamente se dio la vuelta, al ver que en realidad Butt no estaba trabajando sino que, a semejanza de él, contemplaba absorto, por no decir embobado, como en una congestión de perplejidad, el crepúsculo. Habitualmente Butt era el más cumplidor y prosaico de los subordinados; así, pues, en este momento su expresión ocular bastaba a sugerir que ocurría algo grave.

—¿Lo preocupa algo? —preguntó Pond, con esa voz suave que muchos sentían tan persuasiva.

—Sí, señor —dijo Mr. Butt—. Me preocupa resolver si he de ser un malnacido o no. Es cosa de malnacidos revelar, o insinuar, algo en contra de un compañero o de alguien relacionado con un compañero. Pero, en fin de cuentas... vaya, señor, hay que pensar en la seguridad nacional, ¿no es cierto?

—Hay que pensar en la seguridad nacional, es cierto —dijo Mr. Pond, con gran seriedad.

—Pues bien —explicó por fin Butt—, lo que hace Arthur me ha puesto muy desasosegado.

Y, luego de tragar saliva, prosiguió:

—En realidad no se trata tanto de lo que Arthur hace cuanto de... lo que deja hacer. Expresarlo así suena aún más feo. Pero ya sabe usted que la semana pasada se prometió en matrimonio. ¿Conoce usted a su novia, señor?

—Aún no he tenido ese honor —respondió Pond, siempre tan ceremonioso.

—Pues bien, señor, hoy Arthur la trajo aquí de visita, mientras usted había salido; acababa de llevarla a ver la pantomima de *El gato con botas* en el paseo marítimo, y venían riendo a mandíbula batiente. Claro está que en ello no había habido nada irregular; era su rato de asueto; pero se me hace que sí fue irregular que ella subiera a la planta alta, sin pedir permiso o haber sido invitada a hacerlo, ni

siquiera por Arthur, y entrara en la oficina privada donde nunca permitimos el paso a ajenos. Naturalmente éste era el único caso en que yo no podía impedirlo. En líneas generales, estamos perfectamente protegidos; quiero decir, los documentos están perfectamente protegidos. Sólo hay una puerta para penetrar en esta casa, y perpetuamente usted o yo estamos sentados aquí controlándola; y sólo hay una escalera, y no la sube nadie más que nosotros tres. Claro está que a lo mejor ella lo hizo con toda inocencia; por eso parecía más bien impropio amonestarla. Y sin embargo... Mire usted, es una joven muy bonita y seguramente majísima; pero extrañamente hay una precisa palabra que no me parece que le cuadre en absoluto: inocencia.

—Caramba, ¿qué índole de muchacha es? — preguntó Pond.

—Pues... —dijo Mr. Butt, buscando lóbregamente las palabras— todos sabemos que maquillarse y teñirse el pelo no significa ya lo mismo que antiguamente; hoy lo hacen multitud de mujeres decentísimas... pero no las que son, digámoslo así, absolutamente inexpertas. Se me antojó que, aunque pudiera ser cabalmente honesta, *tendría* que saber con toda exactitud si algo debe hacerse o no.

—Si está prometida en matrimonio con él —dijo

Pond, con severidad asaz inusitada—, tendría que saber que él trabaja aquí en una tarea sumamente delicada y sentirse tan deseosa como nosotros de preservar su intachabilidad profesional. Mucho me temo que he de solicitarle a usted una descripción personal de ella.

—Veamos —dijo Butt—, es muy alta y elegante, o... sí, elegante es la palabra. Tiene un hermoso cabello dorado, un hermosísimo cabello dorado, y también hermosísimos ojos grandes tan negros que hacen que su cabello recuerde a una peluca dorada. Tiene pómulos elevados, pero no a la manera de las jóvenes escocesas, sino como si extrañamente fueran parte de la estructura craneal; y aunque no tiene dientes muy grandes, en ningún sentido<sup>[27]</sup>, sí parecen una pizquita saltones.

—¿Él la conoció cuando estuvo destinado en Besanzón, cerca de Belfort<sup>[28]</sup>?

—Es curioso que pregunte usted eso —dijo Butt, con abatimiento—; porque así fue.

Mr. Pond acogió en silencio la noticia.

—Confío, señor, en que no iré a sospechar nada contra el propio Arthur —dijo Butt crispadamente—. Le aseguro que estoy dispuesto a tomarme cualquier molestia para eximirlo de toda...

Aún no había terminado de hablar cuando el techo de la sala tembló con un ruido como un trueno;

luego se oyó un sonido de pies en polvorosa, rematado por un silencio absoluto. Nadie que conociera el acostumbrado ritmo caminero de Mr. Pond habría podido creer que fuera capaz de subir la escalera como lo hizo en ese instante.

Derribarón violentamente la puerta de la oficina, y vieron todo lo que había para ver. Todo lo que había para ver era a Arthur Travers tendido boca abajo; entre sus omóplatos sobresalía la larguísima empuñadura de una espada de extrañísima forma. Butt la aferró impulsivamente, pero se asombró al comprobar que estaba tan obstinadamente clavada en el cuerpo y en el suelo alfombrado, que no cabría arrancarla sin el más intenso de los esfuerzos. Pond pulsó la muñeca del otro y notó la rigidez de los músculos, y con un ademán hizo apartarse a su subordinado:

—Lamento mucho decir que nuestro amigo está bien muerto —dijo irremediamente—. Así, pues, mejor será que no toque nada hasta que todo sea oficialmente examinado.

Mirando a Butt con gran solemnidad, agregó:

—Decía usted que estaba dispuesto a tomarse cualquier molestia para eximirlo de toda sospecha. Algo es indudable: ya está exento de toda sospecha.

Acto seguido Pond se dirigió calladamente hacia la mesa, que incluía el cajón confidencial de los planos secretos de la rada. Se limitó a contraer las comisuras de los labios cuando comprobó que el cajón estaba vacío.

Pond cogió el teléfono e impartió órdenes a media docena de personas diferentes. Hizo una veintena de cosas, y luego no volvió a hablar durante tres cuartos de hora. Fue sólo entonces cuando el atónito y desconcertado Butt recobró el habla.

—Esto no tiene pies ni cabeza. Hacía rato que ya se había marchado esa joven; y, aparte, ninguna mujer habría podido clavarlo al suelo de esa manera.

—Y con un clavo tan extraordinario —dijo Pond, y otra vez quedó silencioso.

Y desde luego el enigma se centraba cada vez más en lo único que el ladrón asesino había dejado tras de sí: el arma enorme, deforme. No era difícil conjeturar por qué se la había dejado: tanto costaba arrancarla del suelo que, al oír que Mr. Pond ascendía la escalera con tal agilidad, seguramente no tuvo tiempo de probar a hacerlo; estimó más oportuno escapar comoquiera que fuese, probablemente por la ventana. Pero sí era difícil conjeturar algo a partir de la índole de la espada



misma, pues era muy inusual. Era larga cual una tradicional espada escocesa; mas no seguía la pauta de ninguna espada conocida. No tenía guarnición ni pomo de clase alguna. La empuñadura era tan larga como la hoja; la hoja era el doble de ancha que la empuñadura, por lo menos en la base, desde donde se estrechaba hasta la punta en una especie de triángulo rectángulo, en que sólo el borde transversal o hipotenusa estaba afilado. Pond contempló caviloso aquella arma burda, que estaba muy toscamente fabricada de hierro y madera pintados con colores chillones; y paulatinamente sus pensamientos lo retrotrajeron a la tienda de la acera de enfrente, repleta de armas extrañas y salvajes. Sin embargo ésta parecía de una confección más torpe y casera. Naturalmente Mr. Schiller/Levy negó toda relación con ella, lo cual habría podido presumirse que haría de todas maneras; pero, lo que viene más al caso, todos los reputados expertos en armas bárbaras u orientales convinieron en que nunca se había visto arma semejante.

En más de un sentido, la oscuridad comenzó a diluirse en una aurora más bien tristoná. Se confirmó que de veras había huido la equívoca novia del pobre Arthur... muy posiblemente en compañía de los planos sustraídos. A estas alturas ya se la había identificado como una mujer muy capaz de robar unos

documentos y aun de apuñalar a un hombre. Pero era dudoso que mujer alguna fuera capaz de apuñalar a un hombre con un instrumento tan descomunal y pesado y tosco, dejándolo clavado en el suelo; e imposible adivinar por qué escogería tamaña arma para semejante menester.

—Todo estaría tan claro como la muerte —dijo lúgubrementemente Butt— si no fuera por ese pesado cachivache de tan larga empuñadura o tan corta hoja. No proviene de la tienda de Levy. No proviene de Asia ni de África ni de ninguna de esas tribus de que nos hablan los entendidos. Eso es el único misterio que hay aquí.

Mr. Pond semejó despertar de un trance de muchas horas o días.

—Huy, *eso* —dijo—, eso es lo único que empiezo a discernir.

Ya se ha insinuado, es de esperar que con toda delicadeza, que la actitud de Mr.

Pond ante las visitas de Mrs. Hartog-Haggard era, tal vez, más pasiva que entusiasta; no las anhelaba como el ciervo que a la fuente de agua fresca va veloz; antes bien, las temía como a un chorro de agua hirviendo. Por ello es tanto más digno de reseñarse que, la siguiente vez que esta señora le trajo informes ominosos, Mr. Pond brincó de regocijo y aun de triunfo. Él había tenido razón al pensar en la

sabiduría del tonto; y en realidad el triunfo fue el triunfo del tonto. Al fin y a la postre fue Mrs. Hartog-Haggard quien le proporcionó la pista definitiva.

Esta señora penetró flechada bajo los andamios de la entrada, con su eterna figura sombría y casi grotesca. Impelida por la Causa, no paró mientes en una nimiedad como el asesinato de un amigo. Ahora había vuelto a sus anteriores recelos contra su propia institutriz. En nada había modificado tales recelos, salvo en el fundamento de los mismos. La vez anterior había parecido creer que los cuentos representados en pantomimas eran costumbre netamente inglesa y parte de la saludable inocencia de los hogares decentes de Inglaterra. Ahora reprochaba a la alemana por haber llevado a los niños a la pantomima; lo veía como una artimaña para trastornarlos con las macabras historias de los Grimm y los terrores de los bosques bávaros.

—Para eso exportan *adrede* semejantes cuentos —insistió, con la furibunda voz confidencial a que siempre recurría en estos casos—. Nos los exportan para trastornar los nervios y las mentes de todos nuestros hijos. ¿Hay otra nación que sea tan pérfida, Mr. Pond? Ésta mujer ha emponzoñado las cabezas de los pobrecitos con horrores de magos y gatos mágicos; y ahora ha sobrevenido lo peor, como yo preveía. Sépalo: *usted* no ha hecho nada para

impedirlo, y mi vida está destrozada. Mis tres niñitas están estremecidas de terror; y mi niño se ha vuelto loco.

Los síntomas de Mr. Pond siguieron siendo primordialmente de hastío; conque la señora reiteró exaltadamente:

—Mi hijo está *loco*, se lo digo yo, Mr. Pond; de hecho ve cosas sacadas de esos horribles cuentos alemanes; dice haber visto pasear nocturnamente a un gigante con un cuchillo enorme... un *gigante*, Mr. Pond.

De un salto Mr. Pond se puso en pie, y por unos instantes la miró con ojos de besugo y comenzó a dar boqueadas como un pez. Mrs. Hartog-Haggard lo miró con ojos de furia y repitió machaconamente:

—¿Es que no tiene palabras de consuelo para una madre?

Inopinadamente Mr. Pond se reportó y logró exteriorizar, cuando menos, un asomo de deferencia:

—Sí, señora —dijo—. Tengo el mejor de los consuelos para una madre: garantizarle que su hijo no está loco.

Pareció más punitivo, y aun inmisericorde, cuando algunas horas después se sentó a una reunión con Mr. Butt, Sir Hubert Wotton y el inspector Grote, detective en jefe del distrito.

—La culpa de todo —dijo Mr. Pond, harto

severamente— es que en realidad aquí nadie se sabe la historia de *El gato con botas*. Y luego dirán que vivimos en la era de la Cultura.

—Eh, yo sí que me la sé: es ésa que trata de un gato muy hábil y tal —dijo Butt, con imprecisión—. Un gato que ayuda a su amo a conseguir cosas...

El inspector se dio una palmada en la rodilla que resonó en toda la oficina.

—¡Un ladrón con aptitudes felinas! —exclamó—. Entiendo lo que quiere usted significar. Ya desde el principio barrunté que había algo sospechoso en esos andamios junto a la puerta; pero enseguida advertí que eran demasiado bajos para que alguien trepara por ellos hasta la ventana. Pero claro está que si pensamos en un habilísimo escalador, siempre cabe que...

—Discúlpeme —dijo Mr. Pond—, pero ¿acaso puede algún escalador, habilísimo o torpísimo, no digamos ya un felino, escalar mientras blande un gigantesco cuchillo casi más voluminoso que una azada? Sólo los gigantes usan cuchillos gigantes. El crimen lo cometió un gigante.

Todos se quedaron mirándolo pasmados; mas él conservó su riguroso aire de echar una reprimenda:

—Lo que recalco, lo que deploro y considero sintomático de una grave decadencia intelectual, es que manifiestamente ninguno de ustedes sabe que la

narración *El gato con botas* incluye un gigante. Asimismo es mago; pero siempre se lo representa, en estampas y pantomimas, como un ogro que blande un enorme cuchillo ensangrentado. En el paseo marítimo el Signor Alberto Tizzi, ese un tanto dudoso artista foráneo, interpreta el papel mediante el procedimiento habitual de andar sobre zancos larguísimos, cubiertos por pantalones larguísimos. Pero alguna vez anda sobre los zancos con pantalones normales: da un paseo nocturno... por las desiertas calles. Especialmente en este barrio, era mínimo su riesgo de ser visto; todas las casas grandes están deshabitadas, salvo la de nuestras oficinas y la de Mrs. Hartog-Haggard, en la que sólo una ventana del descansillo da a la calle; por ella miró su hijito (probablemente en pijama) y vio un auténtico ogro, con un gigantesco cuchillo asesino y quizá una enorme máscara burlona, que mayestáticamente caminaba bajo la luz de la luna: todo un precioso espectáculo para conservarlo entre los recuerdos de su niñez. Cuanto al resto, todas las casitas obreras son de un único piso; y la gente no le vería nada más que las piernas, o mejor dicho los zancos, en caso de mirar afuera, lo cual seguramente nadie hizo. Los pobres de nacimiento, en estas ciudades portuarias, tienen costumbres campesinas; y por lo común se van temprano a la cama. Pero, aunque lo hubieran visto,

en realidad ello no habría sido fatal para su plan. Era un amenizador consabido, ensayando su papel consabido; y pasear con zancos no tiene nada de ilegal. Lo realmente hábil de esta añagaza era que le permitía dejar plantados los zancos si quería pasar a cualquier cornisa o tejado o segundo piso. Así, pues, los dejó plantados ante nuestra puerta, entre los postes del andamio, mientras entraba por la ventana superior y mataba al pobre Travers.

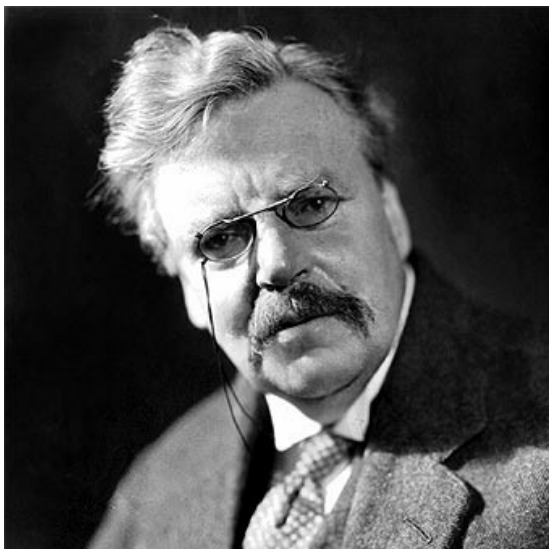
—¡Si está seguro de ello —exclamó Sir Hubert Wotton, poniéndose raudamente en pie—, debe usted proceder sin tardanza!

—Ya procedí sin tardanza —repuso Pond, con un leve suspiro—. Esta mañana dos o tres payasos con la cara pintada de blanco recorrían sobre zancos la playa, repartiendo propaganda de la pantomima. Uno fue arrestado, y se verificó que era el Signor Tizzi. También se verificó, celebros decirlo, que aún tenía consigo los planos. —Pero tornó a suspirar.

—Pues al fin y a la postre —observó Mr. Pond al concluir de narrar la historia—, aunque conseguimos rescatar los planos secretos, la peripecia tuvo bastante más de tragedia que de triunfo. Y lo que más profundamente me desazonó de aquella tragedia fue su ironía: algo que tengo entendido que se denomina ironía trágica o, por así decirlo, ironía griega. Estábamos absolutamente ciertos de que

custodiábamos toda entrada a las oficinas porque vigilábamos la calle entre dos racimos de palos que temporalmente considerábamos parte del edificio. No habíamos contado los palos; no nos percatamos de que en un momento dado hubo dos palos adicionales, plantados entre los otros. Ciertamente no sospechábamos lo que podía haber sobre esos dos palos; y nuestras inteligencias no habrían alumbrado fácilmente la idea de que pudiera haber un gigante de pantomima. Habríamos debido verlo... sólo que — dijo Mr. Pond, rematando su anécdota, al igual que la había iniciado, con una tosecilla de disculpa— era demasiado alto para ser visto.





G. K. CHESTERTON (Campden Hill, 1874 - Londres, 1936). Crítico, novelista y poeta inglés, cuya obra de ficción lo califica entre los narradores más brillantes e ingeniosos de la literatura de su lengua. El padre de Chesterton era un agente inmobiliario que envió a su hijo a la prestigiosa St. Paul School y luego a la Slade School of Art; poco después de graduarse se dedicó por completo al periodismo y llegó incluso a editar su propio semanario, *G. Ks Weekly*.

Desde joven se sintió atraído por el catolicismo, como su amigo el poeta Hilaire Belloc, y en 1922 abandonó el protestantismo en una ceremonia

oficiada por su amigo el padre O'Connor, modelo de su detective Brown, un cura católico inventado años antes.

Además de poesía (*El caballero salvaje*, 1900) y excelentes y agudos estudios literarios (*Robert Browning, Dickens o Bernard Shaw*, entre 1903 y 1909), este conservador estetizante, similar al mismo Belloc o al gran novelista F. M. Ford, se dedicó a la narrativa detectivesca, con *El hombre que fue Jueves*, una de sus obras maestras, aparecida en 1908.

A partir de 1911 empezaron las series del padre Brown, inauguradas por *El candor del padre Brown*, novelas protagonizadas por ese brillante sacerdote-detective que, muy tempranamente traducidas al castellano por A. Reyes, consolidaron su fama. De hecho, Chesterton inventó, como lo haría un poco más tarde T. S. Eliot o E. Waugh, una suerte de nostalgia católica anglosajona que celebraba la jocundia medieval y la vida feudal, por ejemplo, en Chaucer (a quien dedicó un ensayo), mientras que abominaba de la Reforma protestante y, sobre todo, del puritanismo.

Maestro de la ironía y del juego de la paradoja lógica como motor de la narración, polígrafo,

excéntrico, orfebre de sentencias de deslumbrante precisión, en su abundantísima obra (más de cien volúmenes) aparecen todos los géneros de la prosa, incluido el tratado de teología divulgativo y de gran poder de persuasión.

Los ya citados relatos del padre Brown siguen la línea de Arthur Conan Doyle, mientras que los dedicados a un investigador sedente, el gordo y plácido Mr. Pond (literalmente «estanque»), inauguraron la tradición de detectives que especulan sobre la conducta humana a través de fuentes indirectas, desde Nero Wolf hasta Bustos Domecq, el policía encarcelado que forjaron Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, dos de los lectores más devotos que Chesterton ha tenido en el siglo xx.

# Notas

[1] En inglés, *pond* significa estanque. (N. de los T.)

<<

[2] En Inglaterra, título honorífico que se aplica a mujeres que, aunque no pertenecen directamente a la aristocracia, son hijas de algún miembro de la misma. (*N. de los T.*) <<

[3] Patentemente, se trata del apellido de soltera de Mrs. Feversham. (*N. de los T.*) <<

[4]*Personajes de Al otro lado del espejo de Lewis Carroll.* (N. de los T.) <<



[5] Iglesia oficial de Escocia, fundada en 1560 por John Knox, protestante calvinista. En moral es rígidamente puritana. (*N. de los T.*) <<

[6] En el siglo XVII, los supralapsarianos eran calvinistas que defendían la idea de que, en los designios divinos, la predestinación de unos a la salvación y otros a la condenación era anterior a la Creación y al pecado original; sus adversarios, los sublapsarianos, afirmaban que la selección de algunos para la vida eterna era consecuencia de haber contemplado Dios la Caída del hombre, y por lo tanto resultaría una medida suavizadora. (*N. de los T.*) <<

[7] Esta cadena de humoradas es ininteligible fuera de su idioma original. Como un gato (*cat*) maulla asustado, alguien hace un chiste sobre catástrofes (*catastrophes*) y «cosas así», por lo cual Gahagan terminaría hablando de la cuestión catalana (*Cataloniati*). En inglés todas estas palabras comienzan por «cat—». (*N. de los T.*) <<

[8] En inglés, *Pantaloon*: personaje clásico de las pantomimas navideñas inglesas. Este nombre propio también se usa como calificativo, de un modo más cotidiano, en el sentido de «viejo estúpido» o «viejo chocho». (*N. de los T.*) <<

[9] Recuérdese que, en inglés, estanque se dice *pond*.  
(N. de los T.) <<

[10] Nombre global de los condados situados en la región central de Inglaterra. (*N. de los T.*) <<

[11] En inglés, *he was very much of a dark horse*. Expresión popular que literalmente se traduciría como «se parecía demasiado a un caballo imprevisible», lo cual explica el humorismo de la frase inmediatamente siguiente. (*N. de los T.*) <<

[12] Papa de la iglesia católica entre 1878 y 1903, conocido por su promulgación de numerosas encíclicas sobre el socialismo, el Estado, el derecho de propiedad privada y la justa retribución del trabajo. En particular, su encíclica *Rerum Novarum* (1891) condena la insensibilidad del capitalismo frente a la condición obrera y propugna la necesidad y legitimidad de las organizaciones obreras. Asimismo este papa alertó del peligro que suponía la intransigente actitud de muchos católicos franceses ante la Tercera República. (*N. de los T.*) <<



[13] En inglés, el verbo *to knight* significa tanto «armar caballero» como «otorgar un título nobiliario». Tal ambigüedad permite las frases con que acto seguido va a rematarse este razonamiento de Mr. Pond. (*N. de los T.*) <<

[14] En lengua indostánica, un excelentísimo señor. (*N. de los T.*) <<

[15] Zona londinense donde están ubicados gran número de edificios gubernamentales. En sentido lato, esta palabra designa al propio Gobierno británico, como cuando en España hablamos de «la Moncloa». (*N. de los T.*) <<

[16] En lengua indostánica, un cazador. (*N. de los T.*)

<<

[17] En este contexto el significado de la internacionalizada palabra inglesa *understatement* sería algo así como «desdramatización». En general su nombre griego, o derivado del griego, sería *euphemism* o «eufemismo», que resulta mucho más culterano y pedantesco en inglés que en español. (*N. de los T.*) <<

[18] En griego, el caballo prehistórico. (*N. de los T.*)

<<

[19] En inglés, Hanging Burgess viene a significar «burgo colgante». (*N. de los T.*) <<

[20] Así era como, antes de la II Guerra Mundial (y recuérdese que este libro fue escrito en 1936), se denominaba la I Guerra Mundial. (*N. de los T.*) <<



[21] Casi literalmente este nombre podría traducirse como «Pedro el desgredado». Se trata de un personaje creado por el escritor alemán Heinrich Hoffmann (1809-1894). (*N. de los T.*) <<

[22] *Distinguished Service Order*= Condecoración por Méritos Extraordinarios. (*N. de los T.*) <<

[23] En hebreo, los hijos de Enac. Según la Biblia, se trataba de una raza de gigantes que en tiempos de Moisés habitaba las montañas de Hebrón. (*N. de los T.*) <<

[24] *SocialDemocratic Federation*= Federación  
Socialdemócrata. (N. de los T.) <<

[25] En alemán, el pesimismo melancólico. (*N. de los T.*) <<

[26] Levy es la germanización del nombre hebreo Leví. Leví fue uno de los doce hijos de Jacob y, por consiguiente, patriarca de una de las doce tribus de Israel (*N. de los T.*) <<

[27] En inglés, la expresión *to be long in the tooth* puede traducirse como «ser entrado en años». Asimismo, en este contexto, y unida a las referencias anteriores a una posible peluca y los ojos tan grandes y los pómulos elevados, constituye una irónica referencia al cuento de Caperucita Roja, también de los hermanos Grimm. (*N. de los T.*) <<

[28] Ciudades francesas con importantes nudos de comunicaciones, que constituían centros estratégicos por estar sumamente próximas a la frontera con Alemania. (*N. de los T.*) <<